

THE TREASURY OF

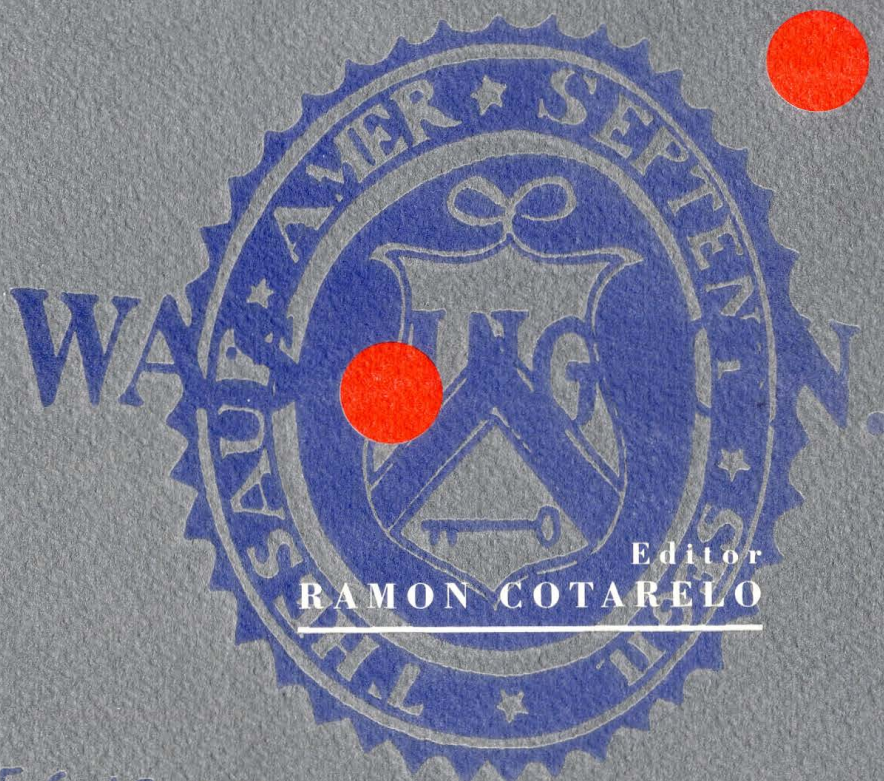
NAVARRE

ALDABA n.º 20

El mundo
después
de la guerra

★ 82501061

ONE DO



Editor
RAMON COTARELO

SERIES 1957



***El mundo
después
de la guerra***

Dirección
JOSE MEGIAS AZNAR

Editor de este número
RAMON COTARELO

Consejo de Redacción
VICENTE MOGA ROMERO, ANTONIO BRAVO
NIETO, PALOMA MORATINOS BERNARDI,
MOISES SALAMA BENARROCH, TERESA RIZO
GUTIERREZ, CELIA GARCIA MARFIL, TERESA
SERRANO DARDER.

Edita y distribuye
SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL CENTRO
UNED - MELILLA.
c/ Lope de Vega, 1. Apdo. 121.
Teléfonos 68 10 80 y 68 34 47. Fax 68 14 68.

Diseño y producción editorial
MANIGUA s.l.

Imprime
LA GRAFICA. S.C. AND. Granada

Depósito legal: 526/1983
I.S.S.N.: 0213 - 7925
Granada

A L D A B A n°20

***El mundo
después
de la guerra***

**Editor
RAMON COTARELO**

I N D I C E

PRESENTACION 9

CONSIDERACIONES SOBRE EL FIN DE LA BIPOLARIDAD 13

por Ramón Cotarelo

DEL FINALISMO COMUNISTA AL FIN DEL COMUNISMO 35

por Manuel Pastor

DEMOCRACIA Y NACIONALISMO:

UNAS DIFICILES RELACIONES 45

por Andrés de Blas Guerrero

LA POLITICA Y EL ISLAM EN EL MUNDO ARABE

TRAS LA GUERRA DEL GOLFO 59

por Juan Montabes Pereira

SOBRE LA POLITICA EXTERIOR DE ESPAÑA 77

por Ramón Cotarelo

En la semana del 24 al 28 de junio de 1991 y en respuesta a una amable invitación de las entidades organizadoras de los cursos de verano de la UNED en Melilla, me encargué de uno sobre El mundo después de la guerra.

La verdad es que, cuando me llamó Pepe Megías, gran amigo y alma viva del centro unedeo, cinco meses antes del evento, la guerra de la que habla el título no había acabado. Todo lo contrario, los cohetes de Sadam renqueaban por el cielo del Oriente próximo a la busca del israelí escurridizo, mientras la parafernalia tecnológica estadounidense arrasaba Bagdad. En la televisión se daba una batalla sin cuartel por las primicias informativas que sólo supo ganar un reportero de la CNN. Los hay que labran su fortuna en medio de las peores desgracias. En las cancillerías no dejaban de sonar los teléfonos, los gobernantes europeos se azacaban en pos de alguna solución, las izquierdas se manifestaban contra el imperialismo yanqui y los comentaristas del mundo entero glosaban la matanza de los iraquíes.

Nadie sabía entonces qué acabaría sucediendo. Por eso nos atrevimos Pepe, que es un audaz, y yo a ponerle al curso el título que tiene. Porque sabíamos que la guerra acabaría en algún momento y, tras ella, seguiría habiendo mundo. En evitación de sonrisas socarronas por lo que pueda parecer un comentario ingenuo, me molestaré en recordar como una de las escasas garantías de tiempos pasados ante la inminencia de una guerra nuclear fue siempre la seguridad generalizada de que, acabada aquélla, no quedaría mundo alguno.

Y ¿cómo iba a ser el mundo después de la guerra? Entre los humos y el estruendo de la tormenta del desierto ya se dibujaban borrosos sus perfiles, los que hoy vivimos y son más característicos: triunfo de una potencia, los Estados Unidos, así como los valores que encarna, esto es, libertad, democracia y capitalismo de libre mercado; hundimiento definitivo del comunismo; resurrección de los nacionalismos, como la reaparición de una pesadilla del pasado, sobre todo en Europa, el continente donde seguramente hay más orates por metro km²; y expansión del fundamentalismo islámico. A todo ello debíamos dedicar nuestra atención. A fuer de españoles, estábamos obligados a rematar la faena mirando al tendido de la madre Patria, de forma que también añadimos una consideración sobre la política exterior de España.

La tarea de encontrar a los mejores especialistas en estas materias no me fue difícil, he de confesarlo, ya que tengo la suerte de contar con la amistad de algunos de ellos. De este modo, para el resurgimiento del nacionalismo llamé a Andrés de Blas quien amablemente dejó de lado otros compromisos para acudir al

llamado de la selva afectiva y participar en el curso, por lo cual le estoy muy agradecido. No es preciso decir que Andrés de Blas es el mejor estudioso de cuestiones de nacionalismo en nuestro país y que su presencia elevó mucho la calidad del curso.

Para tratar del hundimiento del comunismo me puse en contacto con Manuel Pastor, quien lleva años dedicado al asunto y tiene un conocimiento minucioso y hasta la fecha insuperado de él. Pastor ha estudiado —y sigue haciéndolo— otras ideologías, pero, si no me equivoco, ha acabado sintiendo una fascinación especial por la comunista, una mezcla de atracción y repulsión que se percibe en sus escritos y, sin duda, fundamenta ese necesario distanciamiento, crítico a la par que simpatético que su objeto de conocimiento ha de tener para todo buen académico.

El fundamentalismo islámico sí me planteó algún problema, debido a esa tendencia que muestran ciertos arabistas españoles, o especialistas de arábicas cosas, a eliminar ese distanciamiento del que antes hablábamos, de forma que no es infrecuente encontrarse con un especialista en fundamentalismo islámico que sea fundamentalista a su vez. Encontré mi mirlo blanco, sin embargo, en la persona de mi colega Juan Montabes Pereira, profesor titular de Ciencia Política de la Universidad de Granada quien por vocación, dedicación y cercanía territorial a la materia de sus desvelos, es poseedor de una gran competencia sobre la cuestión y a quien deseo largos años de incontaminada dedicación a ella, por si acaso esto del fundamentalismo resulta ser contagioso.

Finalmente, los dos sobornos, el triunfo de la gran potencia y la política exterior española, decidí atribuírmelos más como modesto aficionado a estas quisicosas que como verdadero especialista. Por tratarse de mi persona, el lector, si alguno hubiere, disculpará lo escueto del elogio y lo congruo de las explicaciones que, aún pertinentes, hácense impertinentes cuando versan sobre quien las formula.

Y así echó a andar aquel curso sobre El mundo después de la guerra el día de San Juan, onomástica del Rey. Encontró muy buena acogida no solamente entre los alumnos de la UNED sino también entre la población civil y las fuerzas vivas de la ciudad. La prensa le dedicó gran atención; además del combativo Melilla Hoy, también otra publicación de perioricidad hebdomadaria o quincenal, no recuerdo bien, aportó un jocoso comentario ex-ante en el que brillaba algún ingenio local.

El auditorio estuvo concurrido y, como siempre en esta ciudad, los debates fueron animados y hasta acalorados, si bien jamás descortesos. Recuerdo la asidua asistencia del Delegado del Gobierno, Manuel Céspedes, siempre directo y oportuno, acompañado por su mujer, María de la Merced Hernando Muriel,

parecida a una valquiria venida del norte; Enrique Bohórquez, el propietario de Melilla hoy, con sus apostillas, cargadas de sentido común; el Director Provincial de Cultura, José Luis Fernández de la Torre, taciturno, parco, sentencioso y algo guasón; el comandante José del Valle Chousa también siempre acompañado por su mujer, una dama de impasible ademán.

Los debates proseguían luego por la noche con varios de los asistentes en alguna de esas fabulosas terrazas melillenses en las que se puede beber un cuba libre y comer pipas de girasol debajo de una mata de buganvillas. Tertulias improvisadas en las que brillaba la socarrona ironía de Pepe quien alguna vez habrá de oficiar de cronista de la plaza por sus muchos conocimientos de ella. En ocasiones disfrutábamos también de la serena presencia del Director del Centro de la UNED, mi tocayo Ramón Gavilán, ingeniero, funcionario municipal, impávido padre de familia y competente gestor universitario.

Los cursos son posibles por la colaboración de la Dirección Provincial de Cultura y el Ayuntamiento de Melilla. Precisamente en este curso habíase dado una alternancia en el color político de la Corporación local, pasando el consistorio de los socialistas a los populares y la Alcaldía de Gonzalo Hernández a Ignacio Velázquez. Ninguna otra circunstancia pudo ser más favorecida para demostrar con hechos que, en Melilla, los ediles saben circunscribir la política a sus límites y dedicar la atención que merece a las cuestiones culturales, educativas y universitarias sin coloración de partido.

Espero que el lector encuentre en los textos que ahora se publican y recogen las conferencias en que el curso consistió parecidos solaz y acicate a los que evidenció el auditorio en su día.

Madrid, 6 de enero de 1992, día de Reyes

Ramón Cotarelo

Consideraciones sobre el fin de la bipolaridad*

Ramón Cotarelo _____

UNIPOLARIDAD FORMAL, MULTIPOLARIDAD REAL

INTRODUCCION

13

En nuestra época nos ha correspondido vivir un acontecimiento que, por su carácter hubiera sido impensable solo hace 10 años: el hundimiento del comunismo. Las jornadas siguientes al 19 de agosto de 1991, en las que se puso fuera de la legalidad al PCUS en la URSS marcan el final de un siglo que, a los efectos nuestros, había comenzado en 1917. Todavía hoy, en 1992, y seguramente en muchos años con posterioridad, no acabamos de entender en toda su magnitud un episodio de esta naturaleza que, por sus consecuencias, los historiadores del futuro quizá comparen con otros hitos de la historia mundial, es posible que con la caída del Imperio Romano y, desde luego, con las revoluciones de 1789 y 1917.

En verdad, las razones del hundimiento del comunismo son complejas y requieren un estudio pormenorizado (1) y estamos seguramente lejos de llegar a un acuerdo. No cabe duda de que, entre aquéllas, destacan con gran evidencia las de carácter económico y social. En otros términos, la URSS se ha hundido como

* Publicado en *Debate Abierto*, nº 6, Madrid, invierno 1991

potencia mundial bajo el peso de una catástrofe económica sin precedentes y de la que es único responsable el PCUS, un partido fundado en la doctrina "científica" de Karl Marx, pero incapaz de organizar un sistema económico productivo medianamente viable (2). Y no solamente éstas. También han sido decisivas las tensiones étnicas y nacionalistas en el antiguo imperio zarista, transformado por Lenin en el supuesto ámbito libre del internacionalismo proletario (3). En pocos aspectos se verá con mayor claridad la enorme distancia entre realidad y ficción que siempre caracterizó al comunismo soviético (4) como en éste de las nacionalidades. Amparado en la doctrina leninista al respecto, debidamente continuada por Stalin (5), el comunismo sostuvo haber resuelto un problema hasta entonces sin solución como el de la convivencia pacífica de distintas naciones bajo una sola estructura política en el ámbito de la URSS. Y hacerlo, además, en términos teóricos satisfactorios, desde el momento en que remitía el sentimiento nacional a una emanación de la condición clasista, felizmente superada por la revolución. Por último, entre aquellas razones no cabe ignorar, claro es, los sacrificios y la permanente voluntad de las poblaciones del interior del llamado "telón de acero" de sacudirse el asfixiante yugo de la dictadura del partido único, que no paraba de hablar en términos absurdos acerca de la naturaleza del propio régimen político, como si fuera el orden de lo salvífico (6).

14

Probablemente todas las interpretaciones contengan una porción de verdad y ninguna la haga justicia por entero. De sobra sabemos ya que las explicaciones monocausales no son satisfactorias. En el caso del hundimiento del comunismo, además, la acumulación de informaciones empíricas de que se dispone ya no deja lugar a dudas respecto a que su explicación es claramente multicausal. Los indicadores de la actividad económica son terminantes. El PIB de los países comunistas era sólo una fracción del de los países capitalistas que les fueran comparables (7). En el momento del comienzo de la transición del socialismo al capitalismo —que es lo que, por ironía de la historia, se han visto obligados a hacer estos países—, las tasas de inflación y los índices de descenso de la producción industrial (8) prueban que hemos de habérmolas con Estados en situación económica catastrófica que, en otras circunstancias, hubiéramos asimilado a países del llamado Tercer Mundo. Por supuesto, cualesquiera otros indicadores revelan situaciones similares; por ejemplo, los de contaminación y destrucción de los recursos naturales no renovables o simple esquilma de la tierra (9) por regiones explican en buena medida este resurgir violento y exacerbado de los nacionalismos, que se rebelan contra la imposición centralista no ya en términos lingüísticos o culturales, sino directamente en los aspectos de gestión de los recursos propios y administración del propio patri-

monio (10). Finalmente, los indicadores de carácter social, como la esperanza media de vida (de las más bajas de Europa, o la tasa de mortalidad infantil (de las más altas), sin contar con otros no menos reveladores, como los niveles de consumo (11) explican, a su vez, la cerrada y cuasi universal oposición de los pueblos de estos países a sus regímenes políticos. Tales indicadores dan también al traste con las más caracterizadas patrañas de consumo frecuente en Occidente a la hora de justificar los sistemas comunistas, esto es, la de que, si bien eran regímenes carentes de libertades, cuando menos, las poblaciones gozaban de asistencia y prestaciones sociales universales y de calidad (sistema educativo, sanitario, etc.).

Se puede debatir acerca del verdadero alcance del hundimiento comunista en términos teóricos (12) y seguramente seguirá haciéndose en los años próximos. No hay duda, sin embargo, de que tal hundimiento ha contribuido decisivamente a transformar el orden internacional. Como se daba por supuesto algo más arriba, el sistema comunista ha quebrado bajo el peso de sus insuficiencias y contradicciones internas, sin necesidad de una confrontación bélica (como fue el caso con los fascismos). Pero ello no quiere decir que no se haya producido una confrontación también en el terreno estrictamente militar, aunque sea por nación interpuesta, donde el comunismo tampoco ha mostrado capacidad para resistir el envite de los Estados capitalistas. Es perfectamente sostenible hoy que la Guerra del Golfo terminó con el mito de la bipolaridad mundial ya que en ella los Estados Unidos combatieron prácticamente en solitario, con una escasa aunque valiosa ayuda de ingleses, franceses y algunos países árabes y contra un ejército en lo esencial pertrechado por la URSS. De hecho, ya en las otras guerras de Oriente próximo, el material bélico de fabricación soviética había mostrado su notable inferioridad frente al occidental, en concreto, el estadounidense.

Todos los comentaristas y observadores coinciden en señalar que entramos en una era de *pax americana* (13). En efecto, cualquiera que esté medianamente atento al sucederse de los acontecimientos internacionales no podrá por menos de levantar constancia de cómo éstos aparecen determinados por las opciones estadounidenses exclusivamente. Las imágenes del correspondiente secretario yanqui de Estado viajando por los cinco continentes y mediando en todos los conflictos, al superponerse sobre las del desastroso derrumbarse de la ficción comunista, deja escaso margen a otras opiniones. En principio, los EEUU parecen dominar el mundo casi como, *mutatis mutandis*, en tiempos del Imperio lo hiciera Roma con el entonces conocido. De aplicar aquí un criterio tradicional, habría que admitir —bien fuera por vía de *Realpolitik*, bien por otra de resolución ideológica (14) que asiste a

los EEUU un derecho (y quizá un deber) incontrovertible de pacificar el orden internacional a base de intervenir en todos los contenciosos para prevenir o zanjar los conflictos. Ahora bien, esta interpretación plantea algunos problemas delicados de viabilidad y de conexión con las condiciones reales del mundo que no cabe desconocer y que determinan decisivamente la forma en que se articula dicha *pax americana*. Tales problemas son de tres tipos: económicos, morales y políticos.

I. PROBLEMAS ECONOMICOS

Desde el punto de vista económico y de la potencia productiva e industrial, los EEUU pueden policiar el mundo, evidentemente, pero no está claro que puedan pagar por ello; es decir, no está claro que tengan la capacidad financiera para sostener su empeño arbitral. La distribución de los costos de la Guerra del Golfo ha puesto bien en claro esta dificultad. Los norteamericanos han insistido en que sus aliados pchen con una parte considerable de las deudas, en especial en los casos del Japón y de Alemania (15). Si añadimos a este requerimiento las cuantiosas aportaciones de Arabia Saudí y Kuwait veremos cómo, en efecto, el ejército norteamericano, el primero del mundo, se encuentra en la situación de la tropa mercenaria; un dato que algunos podrán utilizar para mantener la imagen de la decadencia de la gran potencia imperial (16), siempre en la onda de la comparación con el Imperio romano.

De hecho, la hegemonía estadounidense indiscutible en el terreno militar ha de coexistir con una hegemonía financiera que ya no corresponde a los EEUU, sino a Japón en primer lugar y a la Comunidad Europea en segundo (y, dentro de la CE, a Alemania). De los 50 bancos más importantes del mundo, los 4 primeros son Japoneses (17). Se da, por lo tanto, una paradójica situación en este caso en que la potencia militarmente dominante no es —ni puede ser— la económicamente dominante y se atisba, en consecuencia, la tesis que se pretende mantener en este trabajo, esto es, que la unipolaridad actual sólo es posible en la medida en que la potencia hegemónica respete las reglas establecidas por otros Estados o entidades en una situación que, en términos reales, es una multipolaridad. Evidentemente, nadie imagina hoy que los EEUU puedan poner fin a su situación de relativa supeditación financiera y económica en general a base de mandar las tropas al Japón o a Alemania.

La debilidad económica de los Estados Unidos (debilidad, claro es, por relación a los otros dos gigantes) se refleja en su enorme déficit presupuestario,

financiado a través de la absorción masiva de capital extranjero, en especial japonés que está adueñándose literalmente del país. Que esta situación a su vez dé lugar a un peligro cierto de orientación autoritaria e, incluso, antidemocrática en los EEUU es una hipótesis improbable, aunque no imposible, si bien queda lejos de los intereses de este trabajo (18). El hecho aquí indubitable es que, en la actual contradicción entre mantenimiento de las prerrogativas de soberanía de los Estados y transnacionalización del capital, Norteamérica no escapa a la situación general y no puede permitirse el lujo de un retorno a la vieja actitud aislacionista porque su imbricación (e imbricación supeditada en buena medida) se lo impide.

A su vez, esta circunstancia, aparentemente paradójica en el terreno financiero, tiene su correlato en los demás, en especial en el productivo y comercial. El déficit presupuestario de los EEUU, el mayor del mundo, equivalente a la deuda exterior de todos los países subdesarrollados (19) se origina en parte en su balanza comercial deficitaria y, dentro de ese déficit comercial, en el comercio con el Japón (20). Las amargas quejas acerca de las prácticas comerciales ilícitas de los japoneses, no pasan de ser jeremiadas con las que los norteamericanos mezclan a veces veladas amenazas, pero que únicamente pretenden ocultar su falta de competitividad en los mercados internacionales. Una vez más se prueba que la situación de hegemonía militar, al no ir de consuno con otra industrial y comercial, no puede ejercerse como tal y sólo es válida en un contexto de respeto a la multipolaridad real que hay en el mundo (21). ¿O verdaderamente es creíble que los EEUU desencadenarán ahora una guerra como las del siglo pasado contra Japón o la Comunidad Europea por el control de los mercados mundiales?

Pues, cuando de mercados se trata, la situación se hace delicada. Más abajo, en la sección de problemas políticos, hablaremos de las dificultades que plantea el orden comercial mundial y la estructura organizativa que lo ampara a través del GATT. Ahora cabe observar cómo los Estados Unidos muestran una tendencia a razonar de forma tan interesada en lo referente al comercio mundial como en su día lo hicieron aquellos teóricos de la dependencia, quienes trataban de culpar a los países desarrollados del subdesarrollo de los otros mediante la teoría de los intercambios desiguales (22) cuyo núcleo era que los mercados internacionales no se rigen por las condiciones ideales de la ley de la oferta y la demanda, sino que están mediatizados por consideraciones extraeconómicas, normalmente de poder político o de otro tipo, lo que falsea la normal formación de los precios en detrimento de los menos favorecidos (23). Hoy, cuando la teoría de la dependencia está prácticamente desechada, los EEUU aducen razones de índole extraeconómica para

justificar tanto su pérdida de competitividad en las relaciones bilaterales con el Japón, como su progresiva pérdida de cuota de mercado mundial frente a éste, la Comunidad Europea o, incluso, los países recientemente industrializados del Este y el Sureste asiático.

En las condiciones antedichas queda claro que, no siendo posible hoy día recurrir a la política de la cañonera en las relaciones económicas y comerciales internacionales, la unipolaridad estadounidense se ve obligada a coexistir con una multipolaridad real y de hecho que condiciona su acción.

II. PROBLEMAS MORALES

En el delicado terreno de los principios morales y la seguridad jurídica internacionales, la cuestión que se plantea es la de si se puede aceptar una situación de unipolaridad o hegemonía de una potencia en un mundo en que el principio de soberanía estatal compartido por todos ordena atender a los intereses propios a la hora de orientar la acción. De nuevo se trata de un problema de *Realpolitik*. Es decir, ¿por qué ha de suponerse que, a la hora de actuar en un conflicto determinado, los EEUU hayan de regirse por principios desinteresados y éticos en lugar de dar preferencia a los intereses propios?

18

A tenor con lo expuesto más arriba (24) el final de la guerra fría implica también el del comunismo y, con éste, de las concepciones políticas autoritarias y totalitarias. Es decir, implica la posibilidad por primera vez en la historia de la universalización de la democracia (25). A su vez, desde los tiempos de Tocqueville venimos identificando a los Estados Unidos con la democracia (26) y, por lo tanto, no podrá extrañarnos que, en principio, en el ámbito moral, ésta resulte ser la era americana.

En consecuencia, de encontrarnos en el mejor de los mundos, pudiera pensarse que finalmente aquella universalización de la democracia daba contenido y enjundia a la famosa fórmula constitutiva de la identidad yanqui del *Manifest Destiny* (27). Al fin y al cabo, mientras duró la bipolaridad, frente a la pretensión enarbolada por la Unión Soviética de ser el faro de la revolución mundial y el centro de la expansión planetaria del comunismo, sólo se alzaba la simétrica estadounidense de ser el foco de la extensión de la democracia.

Algo de esto cabe atisbar ya hoy, aunque sea de forma algo incierta. Basta para ello con estudiar las reacciones actuales de la opinión pública mundial ante los últimos actos de intervencionismo yanqui en el continente americano desde

la década de los 80. Y considerar también las diferencias evidentes en unos y otros actos de intervención. Resulta evidente que no ha sido lo mismo el apoyo a la contranicaragüense que la invasión de Granada (ambos actos durante la presidencia de Reagan) o que la invasión de Panamá y la detención de Noriega. Si, por un lado, cabe suponer una mayor atención de la administración norteamericana a la opinión pública mundial en su acción exterior en el continente, como se prueba en el caso de Nicaragua (28), por otro se detecta una mayor predisposición de esa misma opinión pública a reconocer a los estadounidenses una competencia de gendarme en la zona y a hacerse cargo también de los argumentos de éstos en contra de la subversión (29). El caso de Panamá, por último, permitirá ver con nitidez esta cuestión. Es claro que, internacionalmente, no hubo mayores protestas cuando los estadounidenses invadieron el país y se llevaron detenido al General Noriega y, en todo caso, las pocas protestas que hubo se refirieron más a la contundencia de la acción que al hecho de que alguien dude de que el citado general vaya o no a tener un juicio justo en los EEUU. Este consenso incipiente, sin embargo, podría romperse si, al final de este decenio, viniera a resultar que la invasión de Panamá sólo trataba de encontrar una excusa para no dar cumplimiento a las previsiones del Tratado Carter-Torrijos de devolución del canal (30). Es decir, el asunto que aquí se ventila no es el de la mayor o menor confianza de la opinión mundial en la sinceridad de los norteamericanos en su *Manifest Destiny*, sino la conveniencia de arbitrar un marco jurídico internacional, aceptado por todos y con eficacia directa, que haga innecesarios los riesgos de la confianza y la intención de los actores. Entre otras cosas, porque la aceptación de ese marco normativo de derecho internacional es, en efecto, la mejor prueba posible de que hay en marcha un proceso de moralización de las relaciones internacionales (31).

19

La cuestión de la aceptación por todos (pero, muy especialmente, por la potencia hegemónica que es la que tiene capacidad para alterar las circunstancias) de un orden jurídico internacional con vertiente judicial es el problema moral primero, del que depende como un apéndice el político de cómo dotar de la fuerza necesaria a ese orden jurídico. Hasta la fecha, el comportamiento de los EEUU, como el de todos los países, ha sido ambiguo. Tras una aceptación de principio, se negó a aplicarse la decisión del Tribunal Internacional de La Haya relativa al minado del puerto de Managua (32). Ahora bien, por entonces todavía era real la bipolaridad y los norteamericanos podían argumentar con la situación de excepcionalidad que siempre supuso la guerra fría. Esta situación ha terminado y ahora se abren nuevas posibilidades. Es cuestión de preguntarnos si darán fruto.

Al respecto es opinión común que se precisa un cambio de perspectiva si se quiere conseguir la moralización eficaz de las relaciones internacionales. Un asunto hoy accesible por cuanto ha dejado de darse la distorsión sistemática de aquéllas que siempre acarrecaba el sistema mundial del comunismo. Dicho en otros términos, hoy día, la propuesta ética en el ámbito internacional afecta a la tendencia de los Estados a seguir criterios de *Realpolitik*, pero no ya a aquella situación del pasado en que uno de los dos polos consideraba que mejoraban sus intereses cuando se extendía la subversión por los otros países. De hecho es sumamente significativo que hayan sido los mismos soviéticos quienes han propuesto un giro de 180° en la política internacional a través de lo que en los tiempos de la *perestroika* llamóse “nueva mentalidad” (33). Esta nueva mentalidad, caso de ser propuesta sincera, significaba un enorme esfuerzo de parte de los comunistas, puesto que venía a ser una paladina confesión de errores en el orden internacional y una aceptación del punto de vista del adversario. Esto es, nada menos que la negación del punto de vista leninista de concebir las relaciones internacionales como un terreno más de la lucha de clases para dejar paso a una concepción que ve a la Humanidad en su conjunto como titular también de unos intereses planetarios. A estos efectos, ha ayudado mucho la repentina materialización de las preocupaciones ecologistas en la ex-Unión Soviética tras la catástrofe de Chernóbyl.

20

Ahora se requiere averiguar en qué medida están Occidente y, sobre todo, los EEUU, dispuestos a actuar de acuerdo con sus enunciados. Ciertamente, nadie en uso de sus facultades mentales en Occidente niega que las cuestiones ecológicas y de conservación del medio sean transfronterizas y que requieran un centro decisorio mundial capaz de adoptar decisiones antes de que sea demasiado tarde. El problema es pasar de esa aceptación sin más a una situación en que se adopten las medidas oportunas. El Presidente Bush, por ejemplo, al negarse a adoptar decisiones a la vista del problema del ozono en tanto no haya estudios científicos más concluyentes (34) puede ser, en efecto, un gobernante sabio y prudente, que no se precipita a malgastar recursos ante un mero rumor, o puede ser un necio insensible que está jugando con el destino de la humanidad de modo irresponsable. En cualquiera de los dos casos, parece evidente que, a la hora de acometer los problemas generales, la Humanidad no puede depender del juicio de una sola persona, por esclarecida y bien asesorada que esté, sino que se requiere un orden internacional y objetivo de adopción de decisiones a escala planetaria. Lo cual nos lleva a la consideración de la multipolaridad concreta y real que se da en la esfera internacional, en el entramado de los aspectos políticos, militares, jurídicos y económicos.

III. PROBLEMAS POLITICOS

Es en el terreno de las organizaciones prácticas, reales, con actuación en la esfera internacional, donde con mayor claridad puede verse la contradictoria naturaleza del orden internacional que se viene considerando en este trabajo, esto es, la de ser un orden formalmente unipolar y materialmente multipolar. Por supuesto que la sociedad internacional está cruzada hoy por una enorme variedad de organizaciones y que fuera tarea tan inútil como prolija mencionarlás a todas y, mucho más, pretender que todas ellas tienen un grado de eficacia parangonable, cada una en su ámbito. Necesidades de espacio, así como conveniencias de la estructura de la exposición nos obligan a concentrar nuestra atención en aquellas organizaciones que, a nuestro juicio, tienen auténtica importancia en el orden internacional y ayudan a entender el planteamiento que aquí se está haciendo. Tales organizaciones son distintas por su objetivo, carácter, alcance y ámbito territorial. Son el Grupo de los Siete países más industrializados, la ONU, la OTAN, el GATT, la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) y la Unión Europea (UE) (35). El elemento esencial a los efectos de este trabajo y que las unifica es que los EEUU pertenecen a todas, al igual que Gran Bretaña, Francia, Alemania, Holanda e Italia. Por lo demás, hay razones para incluir a la UE, a pesar de tratarse de una organización regional. No se quiere con ello hacer de menos organizaciones como la OEA o la OUA, pero habrá de admitirse, a fuer de realista, que la UE sólo es regional en un sentido territorial, no político ni económico.

21

1. El grupo de los siete países más industrializados (G7)

No es exagerado considerarlo como una especie de comité decisorio de la OCDE y como el verdadero gobierno en sentido informal del conjunto de los países occidentales. Las reuniones en la cumbre de estos siete países (EEUU, Canadá, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y el Japón, a los que posteriormente se uniría el Presidente de la Comisión Europea) comenzaron a mediados de los años setenta y por entonces trataban de formular una política económica común de los países de la OCDE frente a los problemas planteados a partir de la guerra del Yom Kippur y de la repentina alza de los precios del petróleo. Posteriormente pasaron a coordinar otros tipos de políticas, no solamente las económicas y cada vez han ido ampliando más el campo de sus actividades y preocupaciones. En la actualidad, el G7 también trata de establecer una actitud común en relación con terceros países, muy especialmente los antiguos estados socialistas y también los del Tercer Mundo.

Tamames cree que el grupo debiera dar entrada en su seno a estos dos grupos de intereses (36), llamados "del Este" y "del Sur", pero, en tal caso, es difícil que el organismo pudiera seguir llamándose de los países "más industrializados"; y, si hubiera de aumentar su composición, en verdad, no está claro porqué no habría de hacerlo en el seno de la ONU.

Ciertamente, el G7 aparece aquejado de un claro déficit de legitimidad en el mundo contemporáneo. Desde un punto de vista de pura *Realpolitik*, ya reiterado en este trabajo, el G7 es el órgano más importante de mando en el ámbito internacional dado, sobre todo, que controla a las dos instituciones internacionales más importantes en el orden financiero, esto es, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Por medio de estos dos órganos, el G7 determina la prosperidad o la ruina de las naciones a base de imponerles determinados recetarios de desarrollo económico considerados "ortodoxos" desde el punto de vista de la teoría económica. Por todo ello, el G7 es un órgano poderoso. Sin embargo, cuando se toman en consideración aspectos morales, no pasa de ser una especie de boceto de gobierno oligárquico, contrario al espíritu democrático de la contemporaneidad. De poder superarse ese déficit de legitimidad, dicho se está, habría de ser en el marco de la ONU.

22

2. La ONU

Se trata de la organización internacional más importante. Sucesora de la Sociedad de Naciones, que tuvo su momento en el período de la entreguerra, ha sido la que más ha acusado el impacto de los vertiginosos cambios de los últimos años. De hecho, la mudanza habida en la política exterior de la antigua Unión Soviética, configurada en la sedicente "nueva mentalidad", ha permitido que la ONU haya superado su tradicional inoperancia y haya comenzado a resultar eficaz, como puede verse en la solución del problema de Namibia, la pacificación de Angola y; más recientemente, el acuerdo de Camboya. No obstante, para muchos, las Naciones Unidas han mostrado su principal punto débil en la Guerra del Golfo donde, siempre según los críticos, han ido a remolque de las decisiones adoptadas por los Estados Unidos y han servido para justificarlas (37). Desde luego, esta impresión se produce porque el orden mundial ha pasado de la bipolaridad a la unipolaridad. Lo cual implica dos cosas: en primer lugar, que la ONU fue imprescindible, aunque sólo fuera como foro de debate, no de adopción de decisiones, en tiempos del enfrentamiento de la guerra fría. En segundo término que si la ONU

aspira a seguir cumpliendo una función en nuestro mundo, tendrá que proceder a una reforma estructural.

Ahora bien, esta reforma estructural de la Carta de la organización aparece condicionada por dos circunstancias. La primera es la composición del Consejo de Seguridad y la segunda, la relación entre el tal Consejo y la Asamblea General. Respecto al Consejo de Seguridad, es evidente que su composición ya no refleja la realidad del mundo contemporáneo. La permanencia en él de la antigua Unión Soviética (todavía sin nombre en el momento de redactar este trabajo) no es menos llamativa que la ausencia de dos vencidos en la Segunda Guerra Mundial pero que en el mundo actual son dos potencias económicas, Alemania y el Japón. Sin duda, la exclusión de un país de este órgano es asunto más difícil que la posible inclusión de otros o de organizaciones, a su vez. Por ejemplo, parece razonable que Francia e Inglaterra hablen en nombre de la Comunidad Europea, ya que ésta pretende tener una política exterior única; lo cual, además, podría ser un gesto en el sentido de resolver el problema de Alemania, pero no el del Japón. En cualquier caso será difícil acometer una reforma del Consejo de Seguridad sin pasar por la aprobación de la Asamblea General y, además, se puede bloquear mediante el uso del veto en el primero.

23

En cuanto a la Asamblea General es evidente que su composición ultrademocrática no es razonable. El mantenimiento del absurdo de que Benin, por ejemplo, tenga un voto, igual que los Estados Unidos es, en parte, el responsable de que sea necesaria luego la existencia de un órgano como el Consejo de Seguridad, que desvirtúa la posible obra de la Asamblea. Una solución intermedia, que permitiría avanzar por la vía de convertir a la ONU en un auténtico gobierno mundial, fuera la ponderación del voto en la Asamblea en un sentido parecido al del Consejo de la UE, sin que ello suponga prejuzgar las dificultades inherentes a este plan y que son muchas. En el Consejo, los países tienen una cantidad de votos proporcional a su población; es evidente que en el caso de la Asamblea General de las Naciones Unidas habría que encontrar un criterio múltiple que no solamente tuviera en cuenta la población sino la extensión territorial y el PIB cuando menos.

Otra carencia evidente en la Organización de las Naciones Unidas es la de una fuerza coactiva propia. El mecanismo actual por el cual la ONU cuenta con tropas puestas a su disposición por los Estados miembros es claramente insatisfactorio.

Quizá pueda remediarse ésta hoy contando para ello con el bloque militar defensivo más importante de nuestro tiempo, es decir, buscando una mane-

ra de vincular orgánicamente a la ONU con la OTAN, para lo cual también sería necesario reformar ésta.

3. La OTAN

El surgimiento de la OTAN en 1949 está indisolublemente ligado a la guerra fría y al enfrentamiento con el bloque de los países del Este de Europa, agrupados luego en el Pacto de Varsovia. La situación internacional ha cambiado desde entonces en tal medida que ya no hay países del Este (en el sentido político) ni Pacto de Varsovia; razón por la cual muchos (sobre todo entre los viejos pacifistas o entre quienes sin serlo del todo, alardeaban de pacifismo para fomentar los intereses del llamado "movimiento comunista") han pedido reiteradamente la disolución de la OTAN (38) por considerarla una amenaza para la paz mundial. Es evidente, sin embargo, que la OTAN, de haber sido amenaza para esa paz, no ha pasado de la amenaza. La OTAN no ha invadido territorio de ninguno de sus miembros (como sí hizo el Pacto de Varsovia) y no se ha visto involucrada en ningún conflicto con terceros países.

34

La OTAN es el bloque militar más duradero y que mejor ha garantizado la seguridad de sus miembros. Ahora, que muchos países ex-socialistas (incluida la ex-Unión Soviética) han mostrado estar interesados en ingresar en ella, la funcionalidad de la organización ha quedado de manifiesto. Con esta reflexión no se pretende conseguir que quienes han sostenido contra toda evidencia que la OTAN era un foco de agresión, de inestabilidad y de peligro para la paz mundial cambien de opinión, pues este tipo de razonamientos suelen encontrar su razón de ser allende sus planteamientos concretos, pero sí que no se alcancen cotas insólitas de marrullería política. Tal cosa sucede cuando se argumenta que, habiéndose disuelto el Pacto de Varsovia (como si los rusos lo hubieran permitido por su amor a la paz mundial), bien pudiera hacer lo mismo la OTAN y, caso de no ser así, quedará clara la finalidad belicista de la organización.

Ahora bien, no es posible olvidar que la OTAN tiene un ámbito de acción geográficamente determinado al Atlántico Norte. En la actualidad, ese ámbito de acción se ha quedado angosto y, de hecho, la organización tendrá que actuar en otras latitudes. Para ello sería conveniente que incorporara a otros países representativos que dieran a la Organización un mayor alcance, cosa que puede hacerse hoy sin abandonar su postulado de incluir solamente a regímenes democráticos y valiéndose para ello también de la red de los pactos defensivos de los EEUU.

Caso de hacerse así quizá pudiera configurarse la OTAN como el brazo armado de las Naciones Unidas.

4. GATT

El Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (GATT) es una de las piezas esenciales del orden internacional de la postguerra y que ha ido aumentando en importancia progresivamente a medida que iba viéndose cómo, en este último, las relaciones más importantes y más potencialmente conflictivas eran las mercantiles. De hecho, en la actualidad, cuando no está claro que pueda salir adelante la Ronda Uruguay, imprescindible sin embargo para la normalización del comercio internacional, las distintas partes coinciden en un solo punto, esto es, que no podemos permitirnos el lujo de prescindir del GATT si no queremos una guerra comercial mundial que traiga consigo una recesión económica y acaso cosas peores. Para nadie es un secreto que buena medida de la crisis de recesión por la que atraviesan los Estados Unidos de hoy tiene su origen en unas relaciones comerciales deficitarias con el Japón que están en la base de una actitud de permanente recriminación estadounidense respecto a las supuestas prácticas restrictivas japonesas en los intercambios comerciales (39).

A diferencia de las organizaciones citadas hasta ahora, el GATT no requiere reforma alguna de importancia. Bastará solamente con que las partes se pongan de acuerdo respecto a su funcionalidad. Y ésta no se agota en la garantía del comercio mundial. Al contrario, también despeja el camino para el buen quehacer de otras instancias. Por ejemplo, es evidente que solo el respeto escrupuloso a los requisitos del GATT puede conseguir que se normalicen las relaciones comerciales entre la UE y los Estados Unidos y que éstos no puedan acusar a la primera de intentar convertirse en una "fortaleza Europa". A la inversa, también Europa habrá de conseguir las concesiones necesarias de los estadounidenses de forma que los productos europeos resulten competitivos en los mercados norteamericanos.

En definitiva, la necesidad del GATT resulta cada vez mayor a la vista de los continuos e imparable procesos de integración económica en todo el planeta, desde el tratado de libre comercio entre los Estados Unidos y México hasta el área económica del Pacífico encabezada por el Japón y en la que puede incluirse un mercado tan inmenso como el chino.

5. La Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE)

No se trata aquí de una organización internacional en el sentido ordinario del término, sino de una Conferencia que ha ido institucionalizándose de un modo paulatino. Su importancia, sin embargo, para los acontecimientos decisivos en la historia más reciente de Europa no se puede exagerar. En buena medida, gracias a ella ha sido posible la evolución de los países del Este y Centro de Europa que ha acabado en la crisis final del comunismo (40). Así, por ejemplo, ha sido en la CSCE donde se ha sentado la doctrina del derecho internacional de fiscalización sobre los derechos humanos en los Estados, doctrina revolucionaria que ha roto el principio de no injerencia en los asuntos internos de otros países, que era lo habitualmente invocado en estos casos y que permitió que se organizara la oposición en los países socialistas a partir de 1975.

La CSCE, que reúne a todos los países europeos así como a los Estados Unidos y Canadá, es un foro adecuado a fin de plantear problemas de alcance europeo y debatirlos, pero no ha resultado ser un órgano útil para imponer soluciones a los conflictos. Al respecto, la CSCE es, en parte, víctima de la situación de desconcierto mundial, al no haber respaldo de coacción física para imponer criterios de carácter moral o simplemente políticos. Por ejemplo, ni la "carta de París", de noviembre de 1990, ni el "Comité de Prevención de Conflictos" han conseguido detener la guerra civil yugoslava. De aquí se sigue que la CSCE, capaz de poner en marcha un proceso de dimensiones y consecuencias históricas, no está en situación de encauzarlo después. En parte ha sido víctima del fracaso de alguna formulación política que aparecía más claramente vinculada a ella, como la de la "casa común europea" (41).

La CSCE puede ser el marco en el que se acabe reorganizando el continente europeo, pues tiene legitimidad sobrada para ello gracias, en realidad, a que no habiendo hecho nada concreto desde mediados de los años ochenta, conserva el respeto generalizado y toda la potencialidad a que se hizo acreedora gracias a sus buenos resultados en los años setenta. Ahora bien, para llevar a efecto esta tarea de convertirse en una especie de foro paneuropeo con presencia de los norteamericanos deberá coordinar su acción, a su vez, con la Unión Europea.

6. La Unión Europea (UE)

La antigua Comunidad Europea se encuentra en un proceso de mayor integración que, quizá no llegue nunca a funcionar como un verdadero Estado tradicional. Ello no impide que sea la principal potencia comercial del mundo y el

modelo reducido de cómo podría funcionar un gobierno mundial, del que todos hablan pero que nadie sabe cómo articular.

De hecho, un análisis sucinto de ese delicado equilibrio que es la UE debe considerar cuatro planos distintos: a) el interno; b) las relaciones con el resto de Europa; c) las relaciones con los antiguos imperios; d) las relaciones con los Estados Unidos y el Japón.

a) El plano interno

Es difícil que los doce países de la UE (que pueden ser más en un plazo relativamente breve) lleguen a conseguir una integración política superior a la que establecieron en el Consejo de Maastricht, de diciembre de 1991. Con todos los respetos a los viejos federalistas, partidarios de los Estados Unidos de Europa, cabe también preguntarse si tal integración fuera conveniente o necesaria. En una época de mayores tendencias al autogobierno de los entes territoriales menores, subestatales, regionales, es evidente que habrá fuertes resistencias a la idea de generar un poder político centralizado único en un ámbito tan variado y plural como el continente europeo. Mucho más sensato parece ser encontrar una fórmula aceptable de división de los poderes entre las diversas instancias y satisfactoria para todas ellas. La UE lo es ahora y es dudoso que pudiera serlo más y conservar al mismo tiempo ese delicado equilibrio entre la vocación políticamente integradora y la conveniencia de incluir en ella a una cantidad mayor de países del continente. En dos palabras: carece de sentido hablar de una Unión Europea que deje fuera a Austria, Checoslovaquia, Suecia, Polonia, Suiza, etc.; por otro lado, resultará imposible hablar de una posible integración de Austria, Checoslovaquia, etc., en una estructura estatal cerrada.

b) Las relaciones con el resto de Europa

La UE no puede vivir de espaldas a su continente. Ahora bien, dentro de éste y fuera de ella quedan dos tipos de países: los de la antigua Asociación Europea de Libre Cambio (AELC), con los que ya tiene un acuerdo preferente (razón por la que nos permitimos llamarla "antigua") y los del antiguo Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). Y conviene distinguir con cuidado entre ambos grupos. Mientras que los de la AELC son países que pueden ingresar en breve tiempo en la UE por compartir con ésta los sistemas político y económico, así como las pautas civilizatorias, los del ex-CAME sólo comparten de momento (y no por entero) el sistema político; el económico está aún en estado de transición; y respecto a las pautas civilizatorias, si bien son básicamente las mismas que las de la UE, el medio siglo de régimen comunista ha dejado un poso extraño cuyas manifestaciones

en las circunstancias nuevas todavía ignoramos. Todo ello implica que su posible integración en la UE será más problemática. En especial por las grandes disparidades económicas. En términos más claros, los países del ex-CAME, con la excepción de Alemania del Este y, quizá, de Checoslovaquia, requieren urgente y masiva ayuda financiera de la UE si quieren reparar sus infraestructuras, contrarrestar la catástrofe ecológica y reponer su capacidad productiva (42). De no recibirla y pronto se enfrentan a una situación de caos social imprevisible y, seguramente, de emigración en bloque. Probablemente puede sostenerse que la UE tiene un deber moral de ayudar a estos países, mezclado también con puras consideraciones egoístas de supervivencia (ayudar para evitar la inundación de inmigrantes procedentes del Este y Centro de Europa. Pero no parece que quepa hacer frente a tales obligaciones (si son tales) con independencia de lo que sea preciso hacer en otras partes del mundo, por ejemplo, en los antiguos imperios y zonas de influencia.

c) Las relaciones con los antiguos imperios

En gran medida estamos hablando aquí de lo que convencionalmente conocemos como Tercer Mundo, esto es, algo con lo que es preciso contar en todo estudio sobre el Nuevo Orden Mundial. Vale para él lo dicho también en el epígrafe anterior respecto a los antiguos países socialistas, es decir, los del primer mundo deben aceptar una responsabilidad moral para subvenir a su desarrollo económico que aparece también imbricada con una consideración de autoconservación en la medida en que dicha ayuda (que habrá de ser además real y no puramente ficticia o simbólica, como ha venido siendo la Ayuda Oficial al Desarrollo) permita que los países puedan desenvolverse económicamente y retengan a su población. Para ello, es evidente, será necesario concentrar este mecanismo de ayuda en alguna instancia internacional eficaz al efecto lo que significará dos cosas: primera, que los beneficiarios habrán de aceptar mermas en el concepto tradicional de soberanía; segunda, que los beneficiantes se pongan de acuerdo para no aprovecharse indebidamente de la política de ayuda.

N O T A S

1. La bibliografía al respecto empieza a ser ya abundante. Una de las últimas y más interesantes obras es Jacques Lesourne y Bernard Lecomte *Después del comunismo*, Arias Montano, editor, Madrid, 1991.

2. Casi todos los estudios sobre la *perestroika* evidencian este aspecto: la Unión Soviética era una ruina y una catástrofe económica. Micher Heller, *El séptimo secretario, Esplendor y miseria de Mijail Gorbachov*, Ediciones de la Tempestad, Barcelona, 1991. Pero no solamente las obras publicadas por los autores occidentales: también las escritas en la URSS. Empezando por la *Perestroika*, de Mijail Gorbachov, Ediciones B, Barcelona, 1987, donde reconoce el fracaso económico no del socialismo en su conjunto, sino de la llamada "economía de ordeno y mando", como si ésta no fuera consubstancial al socialismo marxista, y proponiendo también la construcción de un vago "socialismo de mercado", en expresión que luego haría fortuna en Europa Occidental. Y también los economistas soviéticos han dicho algo al respecto. Abel Aganbegyan (*La perestroika económica*, Grijalbo, Barcelona, 1989), aunque muy apologético con la *perestroika* y vacuamente oficialista, deja entrever lo desesperado de la situación. Entre las obras más recientes, que no deja lugar a dudas sobre el hundimiento económico del comunismo, como "crisis general del comunismo", véase Vladimir Boukovsky, *La Unión Soviética, de la utopía al desastre*, Arias Montano, Editor, Madrid, 1991.

3. Las obras más recientes, vinculadas a esta cuestión y con mayor conocimiento de causa son las de Hélène Carrère D'Encausse, véase, por ejemplo, *El triunfo de las nacionalidades. El fin del imperio soviético*, Rialp, Madrid, 1991. También hay observaciones interesantes en Fernando Luengo, "El problema nacional", en Carlos Taibo (Comp.), *De la revolución de octubre a Gorbachov. Una aproximación a la Unión Soviética*, Fundamentos, Madrid, 1991.

4. En otro lugar he analizado el comunismo de la URSS como un resultado de esta

oposición entre lo ideológico-ficticio y lo real. V. Ramón Cotarelo, "La desintegración de la URSS", *Diario 16*, 1-12-1991 y "El mito del comunismo soviético", *Diario 16*, 8-12-1991.

5. Y también en pocos lugares se verá más claramente cómo Stalin era fiel continuador de Lenin. El libro canónico en la URSS era J. Stalin, *La cuestión nacional*, que refleja fielmente el sentir leninista. No cabe admitir aquí la intención de la historiografía soviética posterior de establecer una distinción entre Lenin y Stalin.

6. El esfuerzo y meritoria actitud de oposición se transparenta en las abundantes páginas de una autobiografía de señalado interés, como la de Andrei Sajarov, *Memorias*, Plaza y Janés/Cambio 16, Barcelona, 1991. Ya teníamos cumplida noticia, por lo demás, de la labor de zapa de la oposición en algunos textos "clásicos", como Fernando Claudín, *La oposición en el "socialismo real"*, Siglo XXI, Madrid, 1981.

7. Tómense, por ejemplo, las cifras del PIB para 1991 en países relativamente comparables: España: 510.000 millones de dólares; Polonia: 112.900 millones de dólares (la 5ª parte); Austria: 172.000 millones de dólares; Hungría: 44.100 millones de dólares (la 4ª parte); Dinamarca: 135.000 millones de dólares; Checoslovaquia: 52.200 (entre la mitad y la tercera parte, con tres veces más población). V. The Economist, *The World in 1992*, Londres, diciembre de 1991.

8. La inflación es hoy galopante. En 1990, las cifras fueron: Checoslovaquia, el 14%; Hungría, el 29%; Bulgaria, el 50%; Rumanía, el 20%; URSS, el 10%; Yugoslavia, el 550% y Polonia el 800% (v. *Der Spiegel*, n° 17, año 45, 22 de abril de 1991). Para el año de 1991, en algunos lugares empeoraron y en otros mejoraron; pero siempre fueron muy altas: Checoslovaquia, 60%; Hungría, del 36%; Polonia, el 64%; Unión Soviética, 150% (v. The Economist, *The World in 1992*, cit.). En cuanto al descenso de la producción industrial, las cifras son también significativas. Por lo que hace al año de 1990, son las siguientes: Checoslovaquia, -3%; Hungría, -5%; Bulgaria, -11%; Rumanía, -12%; URSS, -4%; Yugoslavia, -10%; Polonia, -12% (v. *Der Spiegel*, cit.).

9. En la URSS, por ejemplo, "de acuerdo con una estimación calificada de conservadora, más de la mitad del agua de consumo doméstico e industrial está contaminada", Carlos Taibo, *La Unión Soviética de Gorbachov*, Fundamentos, Madrid 1989.

10. De hecho, una de las primeras cosas que hacen las repúblicas rebeldes en la ex-URSS es recabar pleno dominio sobre sus riquezas y recursos naturales. Por ejemplo, en el verano de 1991, y antes de la recolección, los ucranianos, que ya estaban en un sendero independentista, pensaban en erigir aduanas con el resto de las repúblicas de la Unión, para conservar sus bienes. *The Economist* 20-26 de julio de 1991, pág. 26.

11. Un cuadro comparativo de las cifras referidas al año de 1988, el último año tranquilo del CAME, el Pacto de Varsovia y la RDA, es decir, antes de que empezara el éxodo de 1989 que condujo a la caída del muro de Berlín en noviembre de ese año.

	Esperanza de vida	Mort. inf. (0/00)	PIB/háb. \$ EEUU
Albania	70	43	776
Bulgaria	71	16	5.898
Checoslovaquia	70	15	7.604
Hungría	71	20	2.240
Polonia	72	18	1.930
RDA	69,5	9	11.400
Rumanía	72	24	1.666
URSS	70	25	6.160
Yugoslavia	72	27	2.480
Media de Países del Este	70,8	21,8	4.105
Media de Países de la CE	75,4	10,5	10.211
España	76	10	6.010

FUENTE: elaboración propia a partir de los datos del *Fischer Weltalmanach*, 90, Fischer, Frankfurt, 1989.

12. Llevamos varios años asistiendo a la polémica sobre las enseñanzas del hundimiento del comunismo y hay actitudes para todos los gustos. Una muy extendida entre los militantes e intelectuales comunistas es que lo que ha fracasado no ha sido la teoría, sino su apli-

cación práctica. Véanse como muestra las afirmaciones de Rafael Ribó, secretario general del PSUC, miembro del CC. del PCE y profesor de Teoría del Estado, en el XIII Congreso del PCE en Madrid, el 20-12-91, en las que reconoce el fracaso del modelo "socialismo real" y la contestación de Julio Anguita en el mismo congreso, afirmando que eso afectaría al PCUS, pero no al PCE, que se había independizado de aquél. V. *Diario 16*, 22-12-91. Por lo demás, las versiones pueden ser muy distintas y extremas. Por ejemplo, la organización Unidad Comunista de España cree que el hundimiento de la URSS es, en realidad, el de una forma de fascismo. "Fascismo es la dictadura terrorista del capital monopolista. Fascismo es el régimen policiaco y de terror con que la burguesía soviética ha sojuzgado al pueblo de las nacionalidades de la URSS". V. *De Verdad*, semanario de Unificación Comunista de España, n° 8, Madrid, 1ª quincena de octubre de 1991, pág. 14.

13. Un señalar este con diversas finalidades. Hay quien lo pone de manifiesto como una ventaja y un beneficio del mundo contemporáneo, en un punto de vista muy cercano al de este artículo. V. Manuel Pastor, "De la guerra fría a la unipolaridad", *El Siglo*, n° 5, Madrid, 18-11-1991, y quien lo denuncia con mayor o menor intensidad. Por ejemplo, Ramón Tamames, *Un nuevo orden mundial*, Espasa-Calpe, Madrid, 1991, quien habla de un "segundo siglo americano" (p. 159) si bien en términos críticos y coincidiendo con otras opiniones, según las cuales, la hegemonía internacional estadounidense acaba absorbiendo recursos financieros de las zonas más desfavorecidas del planeta, importando capitales compensadores de su déficit comercial. V. Manuel Gala, "El orden económico internacional", *Sistema*, n° 102, Madrid, mayo de 1991, pág. 12.

14. No cabe duda de que la época de guerra fría, a la que ha puesto fin la *pax americana* se ha caracterizado por un elemento componente de intenso contenido ideológico. Al haberse resuelto, y en favor de uno de los bandos contendientes, resulta lógico que las ideas por las que ese bando ha luchado se consideren victoriosas. La interpretación según la

cual la derrota del comunismo frente al capitalismo no significa la victoria del capitalismo es algo asombroso. "... si bien es cierto que desde una perspectiva histórica hemos sido testigos de la crisis del comunismo, no es menos cierto que el intento neoliberal de los años setenta y ochenta no ha dejado apenas un elemento de realización positiva que permita augurar su continuidad en los años noventa". V. Alfonso Guerra, "Socialismo y economía", en *El socialismo del futuro*, n° 3, Madrid, 1991, pág. 4.

15. Según la Oficina Presupuestaria del Congreso de los EEUU, los costes directos de la guerra estarían entre 40.000 y 45.000 millones de dólares; dado que tenía comprometidos 53.500 millones con los aliados, el país podría estar haciendo un negocio con la Guerra del Golfo. V. "A Nice Little Earner", en *The Economist*, 9-15 de marzo de 1991.

16. Uno de los libros más recientes en este terreno de la producción bibliográfica decadentista es el de Paul Kennedy, *Auge y caída de los imperios*, Plaza y Janés/Cambio 16, Barcelona, 1989.

17. John Naisbitt y Patricia Aburdene, *Megatrends 2000. Las grandes nuevas tendencias para la década de los 90*, Plaza y Janés/Cambio 16, Barcelona, 1990, pág. 246.

18. Mucho se ha aireado el intento de un ex-dirigente del Ku-klux-klan de hacerse con el gobierno de Luisiana. La relativa decadencia estadounidense, en la medida en que sea vivida como una crisis nacional, sin duda aumentará las tentaciones autoritarias, siempre latentes en las democracias. Indudablemente un hipotético triunfo de algo parecido al fascismo en los Estados Unidos (incluso eso que algunos llaman el *friendly fascism*), cambiaría notablemente el escenario internacional pero, hoy por hoy, carece de sentido lucubrar sobre tal eventualidad.

19. El presupuesto de 1991-1992 ya incorpora un déficit calculado en 350.000 a 360.000 millones de dólares, *The Economist*, 2-8 de noviembre de 1991, pág. 44. A comienzos de 1991, el total de la deuda de los grandes países latinoamericanos (México, Colombia, Venezuela, Brasil, Argentina y Chile, era de unos

273.000 millones de dólares; v. *The Economist*, *The World in 1991*, Londres, 1990.

20. Esta situación persistente en los últimos años y que ya ha empezado a afectar también a la UE, ha dado lugar tanto en los Estados Unidos como en la Unión Europea a una nueva moda de *Japan bashing*, consistente, en lo esencial, en echar a los japoneses la culpa de prácticamente todos los males propios, véase el relato de todas las triquiñuelas que los fabricantes y gobiernos occidentales ponen en el camino de una de los coches japoneses, uno de los productos más temidos en nuestros mercados en *The Economist*, 6-12 de julio de 1991, pág. 64.

21. Lo que todo el mundo ha celebrado como un éxito de la diplomacia de George Bush al poner en pie un frente internacional unitario contra Irak en la Guerra del Golfo también puede entenderse más apropiadamente como un hacer de necesidad virtud. Por razones económicas, los Estados Unidos no pueden ejercer solos de gendarme mundial, pues precisan del auxilio y concurso de la comunidad internacional. La Guerra del Golfo sobreviene precisamente cuando el Parlamento norteamericano está aplicando una política de restricción del gasto militar, en concreto, eliminando los créditos destinados a la construcción del bombardero B 2 y reduciendo los efectivos del ejército en 140.000. V. Pierre M. Gallois, "La más extraña de las crisis mundiales", en *Política Exterior. Europa ante la crisis, 1990-1991*, vol. IV, n° 18, Madrid, 1990.

22. Originariamente, la teoría comienza como una del neocolonialismo, según la cual, "la colonia anterior sigue siendo un apéndice económico y social de la antigua nación imperialista y con una estructura socio-económica totalmente dependiente del poder imperialista". Robin Jenkins, *Exploitation. The world power structure and the inequality of nations*, Macgibbon & Kee, Londres, 1970, pág. 108. Posteriormente, esta doctrina, más o menos bilateral (ex-colonia/ex-metrópolis) admite mayor complejidad al hacerse multilateral (conjunto de ex-colonias/conjunto de ex-metrópolis o bien periferia/centro). El análisis tiene perspectiva histórica en Immanuel Wallers-

tein, *El moderno sistema mundial*, Siglo XXI, Madrid, 1979 y pretende explicar el sentido de la época contemporánea en André Gunder-Frank, *La crisis mundial*, vol. 2, *El tercer mundo*, Bruguera, Barcelona, 1980.

23. Uno de los autores más conocidos y respetados de la teoría, Samir Amin, considera la formación del "capitalismo periférico" como un "desarrollo del subdesarrollo" y cree que en el propio modelo de acumulación del capitalismo contemporáneo se encuentra la explicación de la función que corresponde desempeñar a las economías periféricas, dada la especialización internacional desigual y la necesidad de ajustamiento de la periferia al centro. V. Samir Amin, *L'Accumulation à l'échelle mondiale*, Unión Générale d'Editions, París, 1976, vol. 1, pág. 292 y sigs.; vol. 2, pág. 302. A su vez, para un análisis en el que intervienen también proyectos de dominación de clase, v. Fernando Henrique Cardoso, *Politique et développement dans les sociétés dépendantes*, Anthropos, París, 1971.

24. Ver nota 14.

25. Me he ocupado de ello en mi trabajo "La universalidad de la democracia", en *Debate abierto*, n° 4, Madrid, verano de 1991.

26. Esa identificación toquevilleana (a quien, por cierto, no parecía estorbar en modo alguno la existencia de esclavos negros) no ha sido cuestionada nunca seriamente. Ni siquiera por los críticos más radicales de la política norteamericana. Todo lo más que se ha llegado a decir en tiempos de la lucha por los derechos civiles o en contra de la guerra del Vietnam es que los Estados Unidos no eran suficientemente democráticos en el interior (posibilidad que ningún demócrata negará jamás) y tenían una actitud antidemocrática en el exterior. V. Noam Chomsky, *The Backroom boys*, Fontana/Collins, Londres, 1976, págs. 75-77.

27. Hablando de la idea de un "imperio americano", que desecha, William Fulbright, sin embargo, reconoce que toca una fibra sensible en el corazón americano. "Recuerda las consignas del pasado acerca de que el disparo de Concord se oiría en todo el mundo, acerca del 'destino manifiesto' y de universalizar la democracia...", J. William Fulbright, *The*

Arrogance of Power, Penguin, Harmondsworth, 1970, pág. 30.

28. Así se comprueba en las memorias de Reagan, quien deja bien claro que nunca pensó en una intervención directa del tipo de las que los Estados Unidos practicaban aun a mediados de siglo en Centroamérica. V. Ronald Reagan, *Una vida americana*, Plaza y Janés/Cambio 16, Barcelona, 1991, pág. 504.

29. El cuidado de la opinión pública americana y mundial fue especialmente claro en el caso de la invasión de esta pequeña isla de 750 km² y unos 110.000 habitantes, considerada por R. Reagan como una amenaza para los Estados Unidos, V. Richard Hart, "Granada: los americanos desembarcan", en VV.AA., *El estado del mundo 1984*, Ediciones Akal, Madrid, 1983, págs. 518-520.

30. Por ejemplo, Manuel Alcántara, quien considera que la invasión de Panamá fue una "violación del Derecho internacional por parte del gobierno de los Estados Unidos", también dice inmediatamente antes que "Hasta la intervención de las tropas norteamericanas en diciembre de 1989, su gobierno (el del General Noriega) se desenvolvió entre el autoritarismo y el descrédito y repudio internacional, que había hecho salir a Panamá del Grupo de los Ocho y abandonar el país a numerosos embajadores acreditados". Manuel Alcántara Sáez, *Sistemas políticos de América Latina*, vol. II, Tecnos, Madrid, 1990, pág. 236.

31. Proceso que, muy adelantado, depende de la evolución de los países de Europa central y oriental. "Las normas éticas determinarán la forma del nuevo orden mundial que está surgiendo. De ahí la importancia de la moralidad y la ética en las relaciones internacionales". V. Robert J. Myers, "La ética en los asuntos internacionales", en *Facetas*, n° 2, Washington, 1991, pág. 6.

32. V. Pierre Benoit, "Nicaragua: 1984, el año bisagra", en VV.AA., *El estado del mundo 1986*, Ediciones Akal, Madrid, 1985, pág. 545.

33. Una prueba de la "nueva manera de pensar" es el informe de Gorbachov presentado en el XXVII Congreso del PCUS, donde se decía que ya no es posible ver la coexistencia pacífica como una "forma específica de lucha

de clases". V. Mijail Gorbachov, *Perestroika*, Ediciones B, Barcelona, 1987, pág. 135.

34. Desde la izquierda se ha llegado a calificar a Bush por esta actitud de "criminal climático". Jorge Riechmann, "Nuestra normalidad es la catástrofe. Reflexiones sobre la crisis ecológica global a partir del 'efecto invernadero'", en VV.AA., *Las transformaciones en el Norte y el Sur del Mundo: entre la crisis y la reestructuración capitalista*, Fundación de Investigaciones marxistas, Vol. I, Madrid, 1991, pág. 69.

35. En un libro reciente Pedro Orive Rivas, al hacer un planteamiento parecido a éste divide los grupos del modo siguiente: "G-2 (EEUU-URSS); G-7 (países poderosos económicamente); G-12 (nuestra CE); G-23 (Asociación Europea de Libre Comercio); G-5 (miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU); G-12 (OTAN) y G-35 (CSCE)". Pedro Orive Rivas, *Nuevo desorden mundial*, Eudema, Madrid, 1991, pág. 65. Dejando al margen que la OTAN no se compone de 12 países ni la Asociación Europea de Libre Comercio de 23, las coincidencias y discrepancias de ambas clasificaciones son significativas.

36. Ramón Tamames, *ob. cit.*, pág. 177.

37. "Y puede afirmarse que, en vez de un gobierno mundial, lo que sucedió es que el Consejo de Seguridad se convirtió en la caja de resonancia, y en el instrumento legitimador, de las decisiones previamente adoptadas por el Presidente de los EE.UU...". R. Tamames, *ob. cit.*, pág. 284.

38. "Una vez extinguida la organización militar del Pacto de Varsovia, lo lógico sería que desapareciese también la OTAN". José María Laso Prieto, "Las dos Europas: crisis y unificación", en *Nuestra Bandera*, n° 149, Madrid, II trimestre de 1991, pág. 21. Incluso antes de la disolución formal del Pacto de Varsovia, cuando ya había gobiernos no comunistas (y hasta anti-comunistas en algunos países del Este, en la izquierda española se abogaba por la salida del país de la OTAN y se argumentaba acerca de la "obsolescencia de los mecanismos de seguridad tanto políticos como militares". V. Carlos Carnero, "Paz y desarme", en VV.AA., *El P.C.E. y los retos europeos*, P.C.E., Madrid, 1990, pág. 24.

39. La *Japan bashing* llegó a su máxima expresión recientemente con motivo del 50 aniversario del bombardeo de Pearl Harbour. En 1990, el 33 por cien de los ciudadanos estadounidenses y el 20 por cien de sus dirigentes de opinión consideraban el poder militar de la Unión Soviética como una grave amenaza para los Estados Unidos, mientras que el 60 por cien de la gente y el 63 por cien de los dirigentes creían que el poder económico del Japón sí constituía tal amenaza. Suzanne Berger y Kenneth A. Oye, "America's Enemy is not Japan but America's own Shortcomings", *International Herald Tribune*, 9-12-1991, pág. 8.

40. Una opinión contraria, que llega a decir que "el Acta Final no consiguió gran cosa" en Ralf Dahrendorf, *Reflexiones sobre la revolución en Europa*, Emecé editores, Barcelona, 1991, pág. 144.

41. Esta idea gorbachoviana (v. Mijail Gorbachov, *Perestroika*, cit., págs. 180 y sigs.) resultó inviable precisamente en el momento de su formulación pues en seguida fue claro que si la URSS buscaba la casa común en Europa, Europa por ello mismo entraría en proceso de turbulencia y trastorno de fronteras, como así ha sido y cuyo resultado sólo podrá verse al final de este agitado período.

42. De hecho, la Comisión de la UE coordina actualmente un programa de ayuda de los países industriales a los ex-socialistas de 40.000 millones de dólares (aproximadamente cuatro billones de pesetas); si ello parece ya mucho, piénsese que sólo la República Federal de Alemania lleva desembolsados a favor de la ex-Unión Soviética 60.000 millones de dólares o seis billones de pesetas. *Der Spiegel*, año 45, n° 37, 9 de septiembre de 1991.

Del finalismo comunista al fin del comunismo

Manuel Pastor

35

Me propongo en este ensayo una reflexión escéptica sobre las determinantes ideológicas del Pez Cornudo. El escepticismo, como señalara Hegel en el capítulo sobre la Autoconciencia (de su obra *Fenomenología del Espíritu*, 1807) es la realización de aquello de que el estoicismo —primera manifestación consciente de la libertad de la Autoconciencia— era solamente el concepto: “el pensamiento deviene el pensar completo que destruye el ser del mundo múltiplemente determinado, y la negatividad de la autoconciencia libre se convierte, ante esta múltiple configuración de la vida, en negatividad real” (1).

Son la independencia del pensamiento (estoicismo) y la conciencia crítica (escepticismo) quienes encuentran su verdad en aquella figura llamada *autoconciencia desventurada* que “constituye el reverso y el complemento de la conciencia dentro de sí perfectamente feliz, de la *conciencia cómica*” (2). Y, a propósito de comicidad, explicaré que lo del Pez Cornudo era una expresión, una especie de broma, que usaban en sus tertulias algunos intelectuales marxistas críticos (Korsch, Benjamin, Brecht) al referirse al sistema comunista bajo Stalin, aunque seguían pensando que, a pesar de todo, un pez cornudo era mejor que un pez sin cuernos...

Contrariamente a lo que piensan Samuel P. Huntington y James Atlas (3), la moda del “finalismo” no es tan reciente, y desde luego no es Francis Fukuyama, con su brillante ensayo *¿Fin de la Historia?* (4), el responsable. Hace casi treinta años ya señalaba agudamente el politólogo español Jesús Fuego que “los

dos grandes temas que Hegel deja abiertos a la crítica ulterior de tan impresionante impacto social y político, cuales son el *fin de la Historia* y la *muerte de Dios*, son como el canto del cisne del racionalismo europeo" (5).

La *muerte de Dios* como presupuesto del finalismo comunista en Marx y Engels y de los concomitantes totalitarismos ulteriores, aunque fuera anunciado angustiosamente por Nietzsche en el umbral del siglo XX, gozaba ya de una larga tradición desde el maestro Eckart en la teología negativa germano-protestante de Lutero a Hegel. (6) "Esta muerte —escribirá el filósofo prusiano— es el sentimiento doloroso de la conciencia desventurada de que *Dios mismo ha muerto*. Esta dura expresión es la simple expresión del simple saber de sí mismo más íntimo, el retorno de la conciencia a las profundidades de la noche del yo=yo, que no diferencia ni sabe ya nada, fuera de ella" (7). El tópico, incoado literal y conceptualmente en la filosofía hegeliana, preside todo el pensamiento secularizado y radical que desde principios del siglo XIX conduce al comunismo (Marx y Engels) y al nihilismo (Stirner y Nietzsche), así como toda la reacción católica contrarrevolucionaria (Bonald, Maistre, Donoso Cortés y Carl Schmitt) (8).

El finalismo comunista, que es el objeto de este ensayo, prescindiendo de los precedentes utópicos, tiene su primera expresión "científica" en el *Manifiesto Comunista* (1848) de Marx y Engels: "La burguesía —proclaman— produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables... El rasgo distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa. Pero la propiedad privada actual, la propiedad burguesa, es la *última* y más acabada expresión del modo de producción y de apropiación de lo producido basado en los antagonismos de clase, en la explotación de los unos por los otros. En este sentido los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada" (9). Resumiendo, la desaparición de la propiedad privada terminará con la explotación económica y la dominación política. La revolución comunista, por tanto, creará las condiciones para la desaparición del poder político: el Estado se extinguirá, y "surgerà una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos (10). El círculo se cierra, el largo movimiento desde la utopía a la ciencia retorna a la utopía: fin de la propiedad privada, fin de las clases sociales, fin del capitalismo, fin del Estado y fin de Dios. El anunciado *fin de la Historia* de Hegel se traviste en *Anti-Historia*. La muerte de Dios, que lleva incoada la muerte del Hombre, proporciona los fundamentos de la utopía totalitaria, pero el comunismo, el *socialismo real*, incapaz de

sintonizar con los procesos históricos reales, pronto mostrará su faz auténtica y monstruosa: el Pez Cornudo.

Con el inicio del primer experimento comunista de la historia, tras el golpe bolchevique de octubre de 1917, se pondrá de manifiesto la dificultad inherente esencial, que una marxista crítica y sensible como Rosa Luxemburg percibirá antes de que transcurra un año: "Lo negativo, la destrucción, sí se puede decretar; la construcción, lo positivo, NO. Tierra virgen. Miles de problemas. Sólo la experiencia está en condiciones de corregir y de abrir nuevos caminos. Sólo una vida llena de fermentos, sin impedimentos, imagina miles de formas nuevas, improvisa, libera una fuerza creadora, corrige espontáneamente sus pasos en falso... Toda la masa del pueblo debe participar; si no, el socialismo es decretado, autorizado desde la mesa por una docena de intelectuales" (11). Crítica impecable que, por cierto, no tuvo en cuenta ella misma más tarde al encabezar la insurrección espartaquista en Alemania, y que transluce la idea de un socialismo irreal.

El *socialismo real* parece, lógicamente, la única alternativa al socialismo irreal. El erudito trabajo de Rudolf Bahro (*La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente*, 1977) no nos aclara el origen de la expresión, generalizada y asumida por los propios comunistas durante la etapa neo-stalinista, desde Breznev hasta Gorbachov. Mi impresión es que tiene su origen en los debates ideológicos de 1924-1926 acerca del "socialismo en un solo país". En el folleto *Los fundamentos del leninismo* (mayo de 1924) Stalin sostiene que la perspectiva de la revolución mundial —la acción conjunta de los proletarios de todos los países adelantados o, por lo menos, de la mayoría de ellos—, "ya no corresponde a la realidad" (12). La perspectiva real, se infiere, es la del socialismo en un solo país. La afirmación del socialismo real frente a otras consideraciones abstractas se infiere asimismo del texto de Grigori Zinoviev, *El leninismo* (escrito en 1924): "Afirmando: *el triunfo del socialismo en un solo país*, estamos diciendo que los demás países continúan aún siendo burgueses y que el país socialista del que estamos hablando se halla cercado por estados burgueses. No se trata de un país abstracto" (13). En diciembre de ese mismo año, como prefacio a su libro *El camino de octubre*, Stalin escribirá: "la teoría de la imposibilidad de la victoria del socialismo en un solo país, ha resultado ser una teoría artificial, una teoría no viable" (14). Finalmente, en *Cuestiones del leninismo* (enero de 1925) el dictador soviético se propone cerrar la discusión, aclarando dos cuestiones distintas: "la cuestión de la posibilidad de llevar a cabo la edificación del socialismo con las fuerzas de un solo país, cuestión a la que hay que dar una respuesta afirmativa, y la cuestión de si un

país con dictadura del proletariado puede considerarse *completamente garantizado* contra la intervención y, por tanto, contra la restauración del viejo régimen, sin una revolución victoriosa en otros países, cuestión a la que hay que dar una respuesta negativa” (15).

En 1936 (inicio de los procesos de Moscú, promulgación de la nueva constitución soviética que sanciona el *Estado socialista*), cuando Trotsky publica su denuncia anti-stalinista *La revolución traicionada*, confiando, empero, en su regeneración a través de la revolución permanente (interna e internacional), el escritor norteamericano Max Eastman (uno de los primeros comunistas occidentales y, probablemente, el primer ex-comunista) concluye un ensayo titulado *The End of Socialism in Russia* (16) que constituye, por lo que a mí se me alcanza, la primera predicción del fin del comunismo, y, en cierto modo, el inicio de la moda “finalista” (de signo contrario al finalismo comunista) que llega hasta nuestros días: fin del comunismo, fin de las ideologías (A. Camus, R. Aron, D. Bell, E. Shils, etc.), fin de la Historia (A. Kojève, F. Fukuyama) (17). Tras ofrecernos en 1939 el primer análisis comparado nazi-soviético del Totalitarismo (18), Max Eastman sostendrá que, aparte de la realidad socialista en la URSS, no existe otro socialismo, y que el socialismo democrático es imposible (19). Cuando Eastman afirma —con palabras que impresionarán al economista Friedrich A. Hayek, patriarca del liberalismo conservador de nuestro tiempo— que “el stalinismo es socialismo, en el sentido de ser el acompañamiento político inevitable, aunque imprevisto, de la nacionalización y la colectivización que ha adoptado como parte de su plan para erigir una sociedad sin clases” (20), el escritor norteamericano confiere a la expresión *socialismo real* una precisión objetiva, al margen de las especulaciones ideológicas. Es el mismo significado que, recientemente, le atribuye Jan S. Prybyla, en uno de los primeros análisis teóricos que se han publicado acerca de la transición del comunismo al capitalismo: “I use the word *socialism* to denote the system —otherwise known as *real, existing socialism*— that has actually been applied in this century by ruling communist parties all over the world. I restrict the term to centrally planned, administrative, command economies of which the Soviet Union from Lenin to Gorbachev is an excellent example” (21). El autor nos aclara que cuando él habla de socialismo no se refiere a los significados que le dan algunos intelectuales académicos, los clérigos mesiánicos del Tercer Mundo, o los ideológicos visionarios-utópicos. Prybyla evoca oportunamente las palabras de Hayek en uno de sus últimos trabajos, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism* (1989), al señalar agudamente que el declive y fin del comunismo se está produciendo principalmente en los países donde realmente se había

implementado, lo cual facilita la desilusión respecto a la utopía, pero sigue viviendo en el corazón de quienes no han experimentado sus efectos reales: "among Western intellectuals and among the poor ... in the Third World... In the latter, *liberation theology* may fuse with nationalism to produce a powerful new religion with disastrous consequences for people already in dire economic straits" (22).

El también economista y, como su maestro Hayek, premio Nobel, James Buchanan, ha querido emular el nietzscheano anuncio de la muerte de Dios con el no menos dramático *el socialismo ha muerto*: "a statement that seems much less shocking than Nietzsche's because it is being heard throughout the world in 1990. In a very real sense, the loss of faith in socialism is more dramatic than the loss of faith in God, because the god that was socialism took on forms that were directly observable. There were no continuing unknowns waiting to be revealed only in another life, and the promised realization of the socialist ideal could not be infinitely postponed. Socialism promised quite specific results; it did not deliver" (23).

Todos los autores aquí citados (Eastman, Hayek, Buchanan, Prybyla) desde una perspectiva demoliberal coinciden en identificar las causas del fin del comunismo en dos errores interrelacionados: uno material (la abolición de la propiedad privada) y otro intelectual (la "abolición" del mercado), ambos expresivos de una ignorancia acerca de la naturaleza humana y de la naturaleza social. Limitándonos aquí al error intelectual, el comunismo o socialismo real ha sido el resultado tangible de una pertinaz obsesión (*neurosis ideológica*, la llamaremos siguiendo a A. Koestler, *superstición* la denomina Hayek, *impostura y bluff* según K. Popper) (24) de ciertos intelectuales-ideológicos que, desde un enfoque materialista/determinista de la Historia (no exclusivamente marxista) han negado sistemáticamente la autonomía de la conciencia individual (¿hay otra?) y la posibilidad de que las ideas tengan consecuencias. El revisionismo, a partir de Eduard Bernstein, lo intuyó, pero el movimiento socialista internacional no ha sido capaz, hasta la fecha, de ser plenamente consecuente con tal percepción. Aunque es cierto, como ha señalado Ramón Cotarelo, que "tras haber conocido momentos de esplendor, la izquierda se bate en retirada. Los comunistas quisieran ser socialistas: democráticos y los socialistas democráticos, demócratas a secas" (25).

Prybyla ha descrito correctamente, a mi juicio, tal error intelectual que, en síntesis, consiste en pensar: a) que alguien situado en el centro o vértice de una organización jerárquica, deliberadamente construida, pueda obtener y procesar toda la información procedente de numerosas y dispersas fuentes; b) que tal información sea mejor que la obtenida a través del proceso del mercado; c) que tal

información pueda ser utilizada para determinar fines mandatorios, sustitutivos y superiores a los que emergen de las preferencias y elecciones populares. Tales asunciones, efectivamente, no comprenden la naturaleza específica de un conocimiento disperso, autodesarrollado en el proceso del mercado. Desde el punto de vista psicológico y moral el socialismo supone —suposición arrogante y falaz— que los individuos humanos no saben lo que quieren, y por tanto, deben ser aleccionados por alguna “inteligencia superior”, con privilegio epistemológico y especial capacidad para comprender la racionalidad social. Como consecuencia de lo anterior, aparece el problema de los incentivos, de manera que, al final, el único medio de reconciliar las preferencias de los individuos con las de los planificadores es la coerción: la fuerza, normalmente acompañada del miedo, que da como resultado el sistema de terror y el universo concentracionario (26).

Quizás no sea ésta la ocasión para detenernos en la fenomenología del post-comunismo y del post-socialismo. Existe ya una importante, aunque no exhaustiva, literatura sobre el tema (27). En las sucesivas fases que Zbigniew Brzezinski describe para la transición del comunismo al capitalismo (I. Totalitarismo comunista; II. Autoritarismo comunista; III. Autoritarismo post-comunista; y IV. Pluralismo post-comunista) (28) es previsible la supervivencia de estructuras ideológicas comunistas o filocomunistas, que nos permiten pensar en un proceso no irreversible. El riesgo o peligro de regresión resulta evidente en algunas sociedades de la antigua Unión Soviética y del Este de Europa. Por otra parte, la crisis del comunismo no significa la desaparición inmediata del mismo como sistema de dominación sobre un tercio de la población del Planeta, aproximadamente, en países como Afganistán, Albania, Angola, Camboya, China, Congo, Corea del Norte, Cuba, Laos, Mongolia, Mozambique, Vietnam, Yemen, Zimbabue... (29). Pero, desde el punto de vista ideológico, el fin del comunismo, como percepción de la conciencia demoliberal en este fin de siglo-fin de milenio, no significará, desde luego, el fin de las ilusiones ideológico-utópicas de ciertos intelectuales en Occidente, que, como señalará Hayek, no han experimentado precisamente los efectos del socialismo real. Las ya clásicas tesis de Ortega y Benda sobre la responsabilidad y traición de los intelectuales siguen plenamente vigentes (30). El comunismo seguirá siendo, en la afortunada expresión del Raymond Aron, “el opio de los intelectuales” (31).

Por otra parte, la “tentación totalitaria” continuará constituyendo un serio peligro en determinados híbridos ideológicos como el marxista-cristiano de la Teología de la Liberación y el marxista-islámico de ciertas dictaduras y movimientos árabes, tradicionalmente tributarios del comunismo, a los que se puede

aplicar, parafraseando a Revel, el calificativo de *pidgin-comunismo*, una especie de potaje ideológico de postulados marxistas-leninistas e izquierdistas aderezados con ingredientes “tercermundistas” (32). Finalmente, esa misma “tentación totalitaria” puede persistir o reaparecer en el seno de algunos partidos socialistas de Occidente si se obstinan en no admitir que la única alternativa efectiva al socialismo real es un sistema de economía de mercado y democracia política (en un sentido formal —Estado de Derecho— y con una cultura auténticamente participativa), ya que, según el criterio general establecido por Kornai, “la frecuencia y la intensidad de la intervención burocrática en el proceso del mercado (económico y político) tiene cierto *punto crítico*. Una vez que se ha rebasado ese punto crítico, el mercado queda estrangulado y dominado por la regulación burocrática” (33). Criterio que puede ser aplicado, inversamente, en los futuros análisis sobre la intervención de las instituciones del mercado en los sistemas burocrático-colectivistas que están experimentando el fin del comunismo.

N O T A S

1. G. W. F. Hegel, *Fenomenología del Espíritu*, FCE, México, DF, 1978, pp. 122 y 124-125.

2. *Ibíd.*, p. 435.

3. S. P. Huntington, "No Exit. The Errors of Endism", *The National Interest*, New York, Fall 1989. J. Atlas, "Cómo terminar con la historia (La moda finalista)", publicado originalmente en *New York Times Magazine*, en *Diario 16*, 26 de noviembre de 1989.

4. F. Fukuyama, "The End of History?", *The National Interest*, New York, Summer 1989; y "A Reply to My Critics", *The National Interest*, New York, Winter 1989-90.

5. J. Fuego, "El fin de la política moderna", en *Estudios de Teoría Política*, IEP, Madrid, 1968, p. 376.

6. B. H. Levy, *El testamento de Dios*, El Cid, Buenos Aires, 1980, pp. 40 y 50, donde el autor nos ofrece las referencias al concepto de la muerte de Dios en los escritos del maestro Eckart, de Lutero, e, incluso, en Pascal.

7. Hegel, *ob. cit.*, p. 455.

8. Después de Hegel y antes de Marx y Nietzsche, la expresión *Dios ha muerto* aparece en la obra de Max Stirner, *El Único y su propiedad* (1844): cito la versión en inglés, *The Ego and His Own*, Harper & Row, New York, 1971, p. 109. La reacción católica contra el pensamiento revolucionario que se fundamenta en el ateísmo y el agnosticismo, se inspira en Burke, y sus primeros exponentes son Joseph de Maistre (*Ensayo sobre el principio generador de las constituciones políticas*, 1808-1809, Gateway Ed., Chicago, 1967, pp. 84-85; y *Las veladas de San Petersburgo*, 1809, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, p. 190) y Louis de Bonald (*Essai analytique sur les lois naturelles de l'ordre social ou du pouvoir...*, París, 1817). Juan Donoso Cortés en su *Discurso sobre la Dictadura* (1849) establece, por primera vez en el pensamiento contemporáneo, los efectos concomitantes del ateísmo sobre la dictadura totalitaria (*Obras Completas*, vol. II, Ed. Carlos Valverde, BAC, Madrid, 1970, p. 316). Carl Schmitt ha constatado que "las afirmaciones *Dios ha*

muerto y el poder es en sí malo proceden de la misma época y de la misma situación. En el fondo, ambas dicen lo mismo" (C. Schmitt, *Diálogos*, IEP, Madrid, 1962, pp. 86-87).

9. C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, vol. I, Ed. Progreso, Moscú, 1966, pp. 31-32.

10. *Ibíd.*, p. 39.

11. R. Luxemburg, *La revolución rusa*, Anagrama, Barcelona, 1975, p. 76. En este escrito, concluido antes de octubre de 1918, Rosa Luxemburg advierte que "el remedio inventado por Trotsky y Lenin, la supresión de la democracia en general, es aún peor que el mal que se quiere evitar: sofoca, en efecto, la fuente viva de la que únicamente pueden surgir las correcciones de las insuficiencias congénitas a las instituciones sociales, una vida política activa, libre y enérgica de las más amplias masas... Lenin y Trotsky, por el contrario, optan por la dictadura en oposición a la democracia y en consecuencia por la dictadura de un puñado de personas..." (*Ibíd.*, pp. 69 y 81).

12. J. Stalin y G. Zinoviev, *El Gran Debate* (1924-26): *El socialismo en un solo país* (G. Procacci, Ed.), Siglo XXI, Madrid, 1975, p. 114.

13. *Ibíd.*, p. 114.

14. *Ibíd.*, p. 76.

15. *Ibíd.*, p. 115.

16. M. Eastman, *The End of Socialism in Russia*, Little, Brown & Company, Boston, 1937. Refiriéndose a intelectuales occidentales como R. Rolland, W. Frank, H. Laski y el matrimonio Webb, y a revistas liberales como *The Nation* y *The New Republic*, Max Eastman escribirá: "It is a strange experience, for one who has lived through these twenty-five years as a Marxian socialist, to see how in proportion as the Soviet regime drops overboard one by one every vestige of socialism, the liberal scholars and *littérateurs* of the whole world, in so far as they are at all flexible, come over to socialism, and rally with extreme emotion to the defense of the USSR... It is a strange experience, and for one who rests his final hope upon human intelligence, a sad one" (pp. 3-4). Eastman enuncia su tesis con meridiana claridad: "It is the building up of a *new privileged caste*, and aristocracy of labor,

who together with the highly paid foreman and managers can be relied on to support the dictator... The events of August, 1936 (inicio de los procesos de Moscú) are the bloody punctuation of a twelve-year period of counter-revolution. They mean the experiment in socialism in Russia is at an end" (pp. 34 y 46).

17. El escritor francés Albert Camus, en un artículo publicado en 1946, en la revista *Combat*, con el título "Ni víctimas ni verdugos", refiriéndose al socialismo falseado escribe: "Esta época marca el fin de las ideologías, es decir, de las utopías absolutas que se destruyen a sí mismas, en la historia, por el precio que se acaba pagando por ellas". (A. Camus, *Moral y Política*, Alianza Ed., Madrid, 1984, p. 84).

La expresión *fin de las ideologías* se generalizará, a partir de los años cincuenta, en un debate que llega hasta hoy mismo. Véase: C. I. Waxman (Ed.), *The End of Ideology Debate*, New York, 1968; M. Rejai (Ed.) *Decline of Ideology?*, Chicago, 1971; y D. Bell, "The End of Ideology Revisited" (*Government and Opposition*, 2-3, London, Spring-Summer, 1968).

Entre las aportaciones, en lengua española, a la literatura finalista, merecen destacarse: G. Fernández de la Mora, *El crepúsculo de las ideologías*, Rialp, Madrid, 1965; J. Fuego, "El fin de la política moderna", ant. cit.; O. Paz, "Fin de un sistema" y "¿Fin de un Imperio?", en *Pequeña crónica de grandes días*, FCE, México DF, 1990; y R. Cotarelo, "Socialismo y fin del comunismo", en *El Babilisco* (Oviedo, Primavera, 1991) y "La universalización de la democracia", en *Debate Abierto* (Madrid, Primavera, 1991).

18. M. Eastman, *Stalin's Russia and the Crisis in Socialism*, W. W. Norton & Company, New York, 1939. Véase especialmente el capítulo 3: "Stalin beats Hitler Twenty Ways".

19. M. Eastman, en conversación con Freda Utey y Bertrand Russell en New York City (1941) y en *New Leader* (August, 4, 1945), cit. en *Reflections on the Failure of Socialism*, Viewpoint Books, San Diego, California, 1955.

20. M. Eastman, *Stalin's Russia...* p. 82. Cit. por F. A. Hayek, *The Road to Serf-*

dom (1944) (versión española, *Camino de servidumbre*, Alianza Ed., Madrid, 1985, p. 55).

21. J. S. Prybyla, "The Road From Socialism: Why, Where, What, and How", en *Problems of Communism*, Washington DC, January-April, 1991, p.1.

22. F. A. Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*, University of Chicago Press, Chicago, 1989, pp. 137-138.

23. J. Buchanan, "Socialism Is Dead; Leviathan Lives", conferencia pronunciada en Sidney, Australia (en marzo de 1990) y publicada en *The Wall Street Journal*, New York, July, 18, 1990.

24. "La evidencia sugiere que el hombre del siglo XX es un neurótico político... Un neurótico político puede ser descrito como alguien que tiene un contacto falso con la realidad, y cuyos juicios están basados, no en hechos, sino en sus propios deseos y temores... El neurótico político lleva su propio Telón de Acero dentro del cráneo." (A. Koesler, en *Encounter*, London, noviembre de 1953). Según Hayek, "superstición (es) todo sistema en el que los individuos se imaginan que saben más de lo que en realidad conocen... El liberalismo es, por tanto, científicamente superior al socialismo, y sobre todo al marxismo... que es una superstición... un error científico... una vanidad fatal..." (entrevista con Guy Sorman, *Los verdaderos pensadores de nuestro tiempo*, Seix Barral, Barcelona, 1991, p. 189). En la misma línea, Karl Popper sostiene que los enemigos de la sociedad abierta son "los fabricantes de ideologías, los impostores... desgraciadamente dominan las ciencias humanas... El bluff ha reemplazado a la inteligencia de los hechos, y los intelectuales se han precipitado por esta brecha. Junto a Hegel, Marx instauró en los tiempos modernos el culto a las ideas abstractas: la religión del Estado, de la Nación, del Proletariado... El éxito de estas ideologías proviene de que eximen de reflexionar" (entrevista con Guy Sorman, *ob. cit.*, p. 253).

25. R. Cotarelo, *La izquierda: desengaño, resignación y utopía*, Ed. Drac, Barcelona, 1989, p. 11. Nada ilustra mejor estas palabras que contemplar la escena política internacional y española. En la presentación

del libro del profesor Cotarelo, Fernando Claudín, prestigioso escritor de izquierdas hoy lamentablemente desaparecido, ex-comunista y gran conocedor de la historia del pensamiento socialista-comunista, tuvo la honestidad intelectual de reconocer que el fin del comunismo en Europa necesariamente afectará (intelectual y políticamente) a toda la izquierda, incluido el socialismo democrático. Esto, dicho en 1989, significa que la socialdemocracia occidental (revisionista y reformista) desde 1917 no ha llegado todavía al fondo de la cuestión.

26. J. Prybyla, *ob. cit.*, p. 2

27. A. Touraine, *El postsocialismo* (1980), Planeta, Barcelona, 1982; del mismo, "El nacimiento de las sociedades post-comunistas", en la revista *Claves*, n° 11, Madrid, abril de 1991; Z. Brzezinski, *The Grand Failure* (The Birth and Death of Communism in the Twentieth Century) (1980), Macmillan Pub. Company, New York, 1990; del mismo, "Toward A Common European Home", en *Problems of Communism*, Washington DC, November-December 1989, y "Beyond Chaos. A Policy for the West", en *The National Interest*, N. Y., Spring 1990; J. Prybyla, "The Road From Socialism", *ant. cit.*

28. Z. Brzezinski, *The Grand Failure*, *ant. cit.*, p. 255.

29. R. F. Staar, "Checklist of Communist Parties in 1989", en *Problems of Communism*, Washington DC, March-April 1990.

30. J. Ortega y Gasset, "Imperativo de la intelectualidad", en la revista *España*, Madrid, 1922; J. Benda, *La traición de los intelectuales* (1927), FC ed., Buenos Aires, 1974.

31. R. Aron, *El opio de los intelectuales* (1955), Ed. Siglo Veinte, Buenos Aires, 1967. Este gran escritor político francés hizo también su aportación a la literatura finalista (fin de las ideologías, fin del socialismo) a principios de los años cincuenta: R. Aron, "The End of the Socialist Myth" (1951), en su libro (versión inglesa) *The Century of Total War*, The Beacon Press, Boston, 1955.

32. J. F. Revel, *La tentación totalitaria* (1976), Plaza y Janés, Barcelona, 1976, pp. 87 y ss. Revel cita una preciosa frase de Roger Garaudy en 1965: "Vamos hacia el

socialismo con el Corán en una mano y *El Capital* en la otra." (p. 104). Se trata, sin duda, de un intelectual emblemático, ya que previamente, siendo militante comunista, había abogado por el "diálogo marxista-cristiano", e, incluso, hizo sus pinitos como teólogo de la muerte de Dios (Véase su libro *Dieu est mort. Etude sur Hegel*, PUF, París, 1962).

33. Cit. por J. Prybyla, *ob. cit.*, p. 7.

János Kornai, economista húngaro y que sabe de lo que está hablando, es autor de algunos trabajos fundamentales, desde la perspectiva económica, para una sociología de la transición del comunismo al capitalismo: "Hungarian Reform Process", en V. Nee y D. Stark (Eds.), *Remaking the Economic Institutions of Socialism*, Stanford UP, Stanford, California, 1989; y *The Road to a Free Economy. Shifting from a Socialist System: The Example of Hungary*, W. W. Norton, New York, 1990.

Democracia y Nacionalismo: unas difíciles relaciones*

Andrés de Blas Guerrero

47

Al margen de la polémica entre *primordialistas* y *modernizadores* a la hora de dilucidar los orígenes del nacionalismo, hay pocas dudas acerca del hecho de que la revolución liberal inicial necesita la construcción de la idea de nación y del nacionalismo consiguiente para la justificación de sus propias realidades estatales. Cuando quiebran viejas instancias de legitimidad (de la religión a la fidelidad dinástica pasando por el alojamiento del todopoderoso vínculo de la tradición), la nación soberana tiene que pasar a un lugar preferente. Tanto el ejemplo norteamericano como el francés ilustran la búsqueda de un nacionalismo *ad hoc* capaz de garantizar la legitimidad de los nuevos Estados. El discurso rusoniano se da la mano con la movilización de un patriotismo de raíces greco-romanas—tan del gusto de la estética neoclásica— y con los primeros impulsos románticos en el diseño de la indispensable fidelidad a las nuevas patrias.

La importancia de esta primera visión liberal de la ideología nacionalista es un tema que levanta pocas discusiones: de H. Kohn y C. Hayes a E. Kedou-

* Publicado en *Cuadernos de Alzate*, n° 12

rie, por citar nombres especialmente significativos, no ha habido historiador del nacionalismo que haya dejado de subrayar esta evidencia. Tan arraigada estuvo la creencia en el emparejamiento entre liberalismo y nacionalismo que, cuando surge en Europa un nacionalismo de base cultural y dotado de una nueva sensibilidad política, el empeño del pensamiento liberal-democrático será seguir prestándole su apoyo, ignorando la inevitable complicación del cuadro inicial.

Hay razones de orden táctico que explican el empeño en no querer ver las diferencias entre el nacionalismo liberal-democrático y el nacionalismo cultural emergente. Más allá del hecho de que no siempre resulta fácil la distinción entre lo que P. Alter ha llamado nacionalismos de *Risorgimento* y nacionalismos *integralistas*, lo cierto es que el nacionalismo cultural, el nacionalismo *orgánico* que adelantan los planteamientos herderianos y que concretará después la reflexión predominante ante la cuestión del pensamiento germano, es estrictamente funcional en el enfrentamiento del liberalismo con los viejos Estados multinacionales. Austria-Hungría, las realidades imperiales zarista y otomana, podían caer en buena medida gracias al empuje de los nacionalismos culturales. No es extraño que éstos sean vistos como realidades progresistas por un mundo liberal que por otro lado, y como señalaba Ruggiero hace ya años, estaba dispuesto a prolongar la lógica de la autonomía individual a la autonomía de los pueblos.

48

Para una línea predominante en el grueso del liberalismo británico que iría de Bentham a J. Stuart Mill, hay una equiparación sustancial entre las visiones del nacionalismo liberal y el nacionalismo cultural. Es la misma actitud visible en las posiciones de Mazzini o en los escritos de Mancini, y en ella coincidirán teoría y práctica liberales hasta avanzado el siglo XIX. En el terreno de las ideas, creo que corresponde al influyente ensayo de Lord Acton, *Nacionalidad*, subrayar los riesgos y las contradicciones de esta equiparación. El que los Estados tengan que coincidir con los límites de una nacionalidad cultural no es solamente una propuesta revolucionaria, sin respaldo en la historia y en la realidad política del momento, sino una doctrina sumamente discutible, aliberal en su naturaleza y amenazante para una de las bases más significativas del orden liberal como es el pluralismo. La visión de Acton, llamada a tener profundas repercusiones en el pensamiento liberal democrático, encontrará un inesperado apoyo en el propio nacionalismo cultural, dispuesto a reconocer su desinterés por un liberalismo que se está dispuesto a sacrificar a las más urgentes necesidades nacionales. Treitscke puede ser el exponente de un modo de ver las cosas que rompe con el viejo empeño armonizador del liberalismo entre la causa de la nación cultural y la causa de la libertad.

No voy a intentar seguir la pista de las relaciones entre nacionalismo y pensamiento liberal-democrático a lo largo de las últimas décadas del siglo pasado y el primer tercio del siglo XX, unas relaciones caracterizadas por la creciente distancia entre el nacionalismo de raíces liberales (el que puede venir representado por una tradición francesa que iría de Michelet a E. Renan) y el nacionalismo de los *nacionalistas* (el ilustrado, por seguir con el ejemplo francés, por hombres como M. Barrés y Ch. Maurras). Por el contrario, les propongo ahora dar un salto en el tiempo para tratar de ver el modo en que una lógica democrática, concretada a partir de 1945 en la visión de la socialdemocracia europea, ha reaccionado ante el problema nacional en Occidente a partir de los años sesenta. El punto de partida es la constatación de la irritación y hasta la hostilidad hacia los efectos destructores atribuidos al nacionalismo y que tendrían su explicitación trágica en el período 1939-1945. Pasados los cincuenta se constata, sin embargo, que el nacionalismo no es un discurso político desaparecido de la escena europea. Tratando de resumir al máximo, se pueden identificar a partir de esos años cuatro tipos ideales de nacionalismo que exigen otras tantas respuestas del pensamiento democrático de izquierdas. La breve descripción de aquéllos y de éstas será el tema que nos ocupe en lo que resta de conferencia.

49

EL NACIONALISMO DE LA IZQUIERDA RADICAL

Esta apuesta nacionalista, definida a lo largo de los años sesenta, es inseparable sin duda de una tradición comunista en el modo de ver el problema nacional. Permítanme que les tranquilice con la advertencia de que no voy a intentar una enésima aproximación a la visión del nacionalismo por los grandes autores marxistas. Tiene algo de ritual la referencia en estos casos al relativo desinterés en la cuestión de los precursores (Marx y Engels), al oportunismo de los grandes autores comunistas (Lenin, Stalin), al criticismo de la izquierda (R. Luxemburg) y a la aproximación más detenida de algunos de los grandes teóricos de la ortodoxia marxista de signo socialdemócrata (Bauer, Renner, Kautsky). Amén de ritual, lo cierto es que ésta es una lección del programa del estudio del nacionalismo que, con mejor o peor nota, todos los presentes tenemos seguramente aprobada. Y en todo caso, no nos podemos quejar del estado del estudio de esta cuestión, en el que destacan los trabajos de Bloom, Davis, Haupt, Lowy, Petrus, Bourdet, Rodinson, Carrere, Weill, etc., además de interesantes contribuciones españolas (desde la pionera de A. Nin a las de M. García Pelayo, J. R. Recalde, J. Solé, R. Ribó, T. Aubet y otros).

Quiero referirme en este momento únicamente a una izquierda radical europea que, a partir de esos años sesenta, vio en renovados o novedosos nacionalismos culturales la última oportunidad de un movimiento revolucionario traicionado, sucesivamente, por la socialdemocracia y por el movimiento eurocomunista. Habría que dar cuenta aquí del descubrimiento del colonialismo interior, tal como fue planteada la cuestión por Hatcher y Lafont; también interesaría en este momento considerar la paradójica defensa de la introspección etnicista como paso previo para el avance revolucionario, y que tan bien ilustró el conocido libro de T. Nairn. Y debería hacerse mención igualmente al nacionalismo surgido del tránsito del imperio a la nación (valga la fórmula como reconocimiento al pionero y valioso libro de R. Emerson), así como al curioso proceso de retroalimentación de los nacionalismos culturales occidentales de los sesenta y los setenta vía la reflexión surgida del proceso de descolonización. Teoría (el libro de Fanon especialmente, incluido el perverso prólogo de J. P. Sartre) y práctica (Argelia, Cuba, Vietnam), crearon las bases para que el izquierdismo nacionalista pudiera rehabilitar el discurso nacional de anteriores décadas occidentales gracias a la adaptación que había hecho de éste un tercer mundo en revolución.

50

Este tipo de nacionalismo no resultó especialmente problemático para el pensamiento democrático de izquierdas del momento. De hecho, el transcurso del tiempo evidenció la debilidad del maridaje entre nacionalismo y revolución en el mundo occidental. Aquellos movimientos nacionalistas que permanecieron atrapados por este discurso se vieron condenados a la irrelevancia o a la desaparición. Su significado quedó reducido a servir de impulso a otro tipo de nacionalismo moderado, el *nuevo nacionalismo cultural* al que luego me referiré, tal como evidencian con especial plasticidad los casos de Quebec o del País Vasco.

Acaso la excepción en cuanto a su irrelevancia venga dada por el caso español. Y no porque los nacionalismos radicales del País Vasco, Cataluña o Galicia hayan tenido o puedan tener un papel político significativo en términos directos (la relativa excepción vendría dada por el nacionalismo etarra en cuanto creador de las circunstancias que permitieron el triunfo posterior del nacionalismo moderado). Sino porque el discurso de la extrema izquierda radical ante el nacionalismo coincidió con una difícil transición política de la dictadura a la democracia que complicó la correspondiente elaboración doctrinal ante el tema de la izquierda democrática. Y en más de una ocasión, los límites de esa elaboración o la simple ausencia de reflexión se intentó salvar por esta izquierda democrática con un insincero y frívolo recurso al modo de ver las cosas por los sectores radicales. Pero sal-

vada esta atipicidad española, puede decirse que el nacionalismo de la izquierda radical ha causado unos moderados quebraderos de cabeza al pensamiento democrático y progresista europeo.

LOS NACIONALISMOS DE BASE ESTATAL

No voy a incurrir en el riesgo de intentar resumir precipitadamente una de las más ricas discrepancias que atraviesa la historia del pensamiento político occidental desde sus orígenes a nuestros días: la actitud ante el poder político y su trasunto práctico más significativo, el Estado. Dejando a un lado los precedentes del pensamiento clásico y de la teoría política de la modernidad europea, intentaré, sin embargo, recurriendo a lo escrito por mí en otro lugar, resumir los puntos claves del modo de ver el hecho estatal desde el liberalismo y el socialismo.

La cosmovisión política liberal, en coherencia con un iusnaturalismo racionalista del que es heredera, estableció una inevitable distancia en relación al Estado. De la supremacía de la sociedad civil sobre el Estado se derivaba que las libertades civiles eran anteriores a la organización política; en realidad lo eran también a la propia sociedad, puesto que la libertad civil no es, desde esta perspectiva ideológica, sino adaptación de la libertad natural a las necesidades de una convivencia social. Lejos de cualquier pretensión invasora en esa esfera de libertad, el Estado debe ser un instrumento de intervención tasada que confíe en la capacidad de acción de los individuos y de su sociedad civil como instancias adecuadamente dotadas para la solución del grueso de los problemas sociales. El pensamiento liberal fue sumamente agudo en descubrir los aspectos opresivos, los componentes dictatoriales, incluso los elementos parasitarios, susceptibles de encubrirse en los pliegues del manto estatal. En autores como Burke, Bentham, Tocqueville, Acton o Renan pueden espigarse algunos de los juicios críticos más inteligentes que nunca se han escrito sobre el poder político y el Estado. No fue tan afortunado ese pensamiento en la valoración de los aspectos liberadores, racionalizadores, civilizadores en última instancia, que estaban potencialmente presentes en las realidades estatales. El caso es que la apuesta liberal lo fue por un *Estado mínimo*, bandera que hoy parecen aspirar a reconquistar los herederos, acaso no del todo legítimos, de la compleja y rica visión de la cuestión que generó el liberalismo inicial.

No tiene demasiado sentido recurrir a la crítica radical de esta actitud liberal ante el Estado. Sin duda, es cierto que el *dejar hacer* a las libres fuerzas sociales encubría la defensa de unas muy concretas situaciones de privilegio, aun-

que no puede ignorarse la profunda fibra social de grandes pensadores liberales (las obras de J. Stuart Mill o el propio Acton pueden ser ilustraciones significativas). Pero más allá de los componentes hipócritas de esta actitud —pocos defectos cuadran tan acertadamente como la hipocresía con el entramado moral e ideológico de la sociedad liberal en su momento de esplendor—, lo cierto es que el papel secundario concedido al Estado pronto habrá de entrar en contradicción con las necesidades de una sociedad en expansión y con la agobiante urgencia de poner punto final a una *nación dividida* que no puede salir de su situación de conflicto social sino con el recurso a una franca dictadura antiliberal o con la ayuda del Estado. El grueso del mejor pensamiento liberal entenderá pronto la lección y se aprestará a una nueva lectura de los hechos estatales que se irán transformando de liberales en democráticos y de democráticos, no sin dolorosas conmociones, en Estados del Bienestar.

La tradición socialista, sino la tradición del movimiento obrero, sí entenderá desde muy pronto el papel racionalizador y liberador que podía corresponder al Estado. Puede parecer ésta una afirmación paradójica si se tiene en cuenta la actitud marxista ante el tema. Es cierto que Marx, Engels en mayor medida, insistirá en la condición del Estado como instrumento privilegiado al servicio de la clase dominante, y es innegable que ello habría de marcar decisivamente al movimiento comunista posterior y, de modo más matizado, al movimiento socialista. Pero ello no quiere decir que toda la reflexión socialista haga suyo el discurso marxista sobre el particular, ni que se obre en coherencia con lo que se dice que se piensa sobre el tema.

Una poderosa línea de reflexión socialista, tanto en Alemania (Lasalle) como en Francia (Blanc), discurre de muy distinto modo que el marxismo en relación al Estado. En conexión con una tradición socialista de raíces muy complejas y anteriores desde luego a la obra de Marx, estos autores siembran las bases de una actitud reformista que tiene poco que ver, en la práctica, con la propiciación de su disolución. A la socialdemocracia histórica no se le puede pedir que, de la noche a la mañana, ajuste sus palabras a sus actos, y durante mucho tiempo se mantendrá una fraseología marxista en relación al Estado negada cotidianamente en la acción política. No solamente Kautsky y los apóstoles de la ortodoxia teórica incurrirán en esta actitud. Dirigentes moderados en Francia, Bélgica, Alemania y España seguirán proclamando la condición del Estado como instrumento en manos de la burguesía, al mismo tiempo que se engolfarán en complicadas discusiones para diferenciar el ejercicio, la ocupación y la toma del poder. No hay que extra-

ñarse, sin embargo, que dentro de la tradición socialdemócrata surjan las voces que quieran poner punto final a una retórica no siempre fácil de diferenciar de algo muy parecido a la esquizofrenia, y sigan a Bernstein en la defensa de una comprensión de la realidad estatal que andando el tiempo, a partir de 1945, hará suya la práctica totalidad del socialismo democrático occidental.

Por supuesto que sería posible la referencia a otra tradición de izquierdas empeñada en subrayar los aspectos opresivos y parasitarios de una realidad estatal susceptible de ser vista como el *sumo latrocinio* denunciado ya por S. Agustín. Pero lo cierto es que ante la ambivalencia consustancial al Estado, el grueso de la izquierda europea, con la socialdemocracia a la cabeza, prefirió subrayar el componente civilizador y pacificador de un artefacto político nacido en medio de las convulsiones bélicas intrínsecamente unidas a la desnuda lucha por el poder.

Les ruego que me disculpen este aparente abandono del hilo de la cuestión, pero es que me parece evidente que la apuesta a favor del Estado democrático arrastra la apuesta a favor de un nacionalismo liberal, de un patriotismo moderado, que asegure a ese Estado los mínimos de lealtad y solidaridad indispensables para su existencia. Podemos enredarnos en una discusión terminológica acerca de lo conveniente o inconveniente de los términos al uso para describir esta situación. Pero la realidad estatal termina manifestándose siempre como algo que rebasa los estrictos términos jurídicos y que necesita del cemento legitimador aportado por alguna suerte de patriotismo moderado, capaz de garantizar el equilibrio entre el estricto respeto a los derechos y libertades individuales y ese medido sentimiento de identificación requerido por la comunidad estatal. Los abusos de un patriotismo desbordado a lo largo de estos dos últimos siglos, no deben en todo caso llevarnos a la convicción de que solamente es posible un modelo chauvinista y conservador de entender la solidaridad estatal.

El reconocimiento de la funcionalidad y necesidad de un cierto patriotismo democrático no va más allá en todo caso de la necesidad de practicar la coherencia entre fines y medios. Pero resulta innegable la posibilidad de introducir una alteración en los fines (la existencia misma del Estado nacional) que arrastraría la correspondiente alteración de uno de sus medios (el nacionalismo democrático). En la medida que los Estados nacionales pueden dar paso a otras formas de organización política de base supranacional, es lógico prever la modificación de viejas solidaridades de ámbito estatal a favor de nuevas identificaciones con base en las organizaciones políticas emergentes. Una modificación que no hará sino reproducir

el proceso de construcción de unos nacionalismos estatales levantados sobre el parcial sacrificio de viejas lealtades de signo localista.

Para terminar con la referencia a este tipo de nacionalismo y a su correspondiente percepción por el pensamiento político de izquierdas, puede ser oportuno recordar la conveniencia de la prudencia a la hora de propiciar su desaparición. Esta es una cuestión de tiempo y de medida que debe ir acompañada a la transformación de los viejos Estados nacionales europeos. La superación de éstos no parece, sin embargo, que vaya a producirse de modo inmediato en un marco europeo complicado en buena medida por la emergencia de otros modelos de nacionalismo. Mientras los Estados permanezcan, sigue teniendo sentido respetar sus mínimos requisitos de supervivencia entre los que se encontraría algún tipo de solidaridad nacional de signo democrático y de carácter moderado, capaz de ser compatible, como antes señalaba, con la indispensable observancia de los derechos y libertades individuales y el respeto al pluralismo.

LOS NUEVOS NACIONALISMOS CULTURALES

54

La instrumentalización del nacionalismo cultural por el comunismo, amorosamente mantenida por una izquierda radical convencida de los efectos beatíficos de cuanto manifieste capacidad destructiva del *statu quo*, se encontró, a partir de finales de los sesenta, con el renacer o el surgimiento de los nacionalismos culturales occidentales. No eran los desenganchados de la historia, que tanta importancia pudieron tener en las primeras manifestaciones de los movimientos nacionalistas de este signo, los que estaban a la cabeza de la protesta. Ciertamente que lo viejo no resultaba ajeno a estos movimientos, sabedores del valor de lo sincrético en la defensa de su causa. Pero lo importante era ahora la capacidad de estos nacionalismos para conectar con nuevos agentes sociales, amplios sectores de las nuevas clases medias especialmente que, en adición a las viejas clientelas (inteligencias locales, gentes de Iglesia, oligarquías tradicionales en declive), podían convertirles en actores políticos importantes en el seno de sus Estados. Renegociar salidas a la crisis abierta en 1973, buscar posiciones de ventaja en momentos de crisis de la solidaridad estatal, alimentar las demandas al disfrute y administración de unos aparatos públicos en expansión, eran y son los terrenos favorables para el desarrollo de unos nacionalismos culturales modernos que, contra el empeño de sus detractores, han probado entender muy bien las alteraciones económicas, sociales e ideológicas de sus sociedades.

Reconocer estos cambios, hacer justicia a la realidad y no empeñarse en combatir fantasmas ideológicos que cada vez tienen menos importancia en este tipo de nacionalismos, no equivale por supuesto a la asunción de sus postulados. En cierta medida, una lectura más realista de este tipo de discurso nacionalista resulta al mismo tiempo una lectura de acento más crítico. Por poner un ejemplo español, resulta indudable que los componentes reaccionarios del nacionalismo sabiniano resultaban y resultan inasimilables para una conciencia liberal-democrática. Pero ello no supone para el espectador ponderado negar el reconocimiento a lo que en ese nacionalismo había de defensa de una realidad cultural seriamente amenazada. El que esa defensa estuviera entremezclada con la preocupación por mantener injustificables posiciones de privilegio en el orden político, ideológico o cultural no resta una cierta altura de miras a ese discurso nacionalista, altura de miras que no es tan fácil descubrir en el bien trabado conjunto de intereses amparados por los nuevos nacionalismos culturales.

El adecuado tratamiento de este tipo de nacionalismos pasa necesariamente, en primer lugar, por el reconocimiento de un sincero pluralismo cultural que es consustancial a la perspectiva democrática. Pluralismo cultural, innecesario es decirlo, incompatible con posiciones de ventaja para nadie que han hecho imposibles las consecuencias de una historia compartida y libremente asumida. Y un pluralismo cultural que debe tener su manifestación en el terreno que le es propio, y no servir de pretexto para la lucha por el poder en el complejo campo de las realidades económico-sociales. En segundo lugar, parece razonable proceder a un reparto vertical del poder que satisfaga la demanda de autonomía política y administrativa que los nuevos nacionalismos culturales parcialmente expresan. Y en tercer y último lugar, resulta indispensable interesar a los sectores sociales que se expresan a través de estos renovados nacionalismos culturales en proyectos políticos de dimensión más amplia, tanto de carácter estatal como supraestatal. Porque es sumamente probable que la renuncia a proyectos de solidaridad con base en las naciones políticas esté creando al mismo tiempo los espacios indispensables para una respuesta nacional menos coherente, en mi opinión, con las aspiraciones democráticas de signo progresista.

LA CUESTION NACIONAL EN EL CENTRO Y ESTE DE EUROPA

En el Centro y Este de Europa se están viviendo hoy dos conflictos nacionales de notable envergadura. El primero tiene que ver con la lógica de unos nacionalismos culturales dispuestos a utilizar en su provecho el viejo principio de

las nacionalidades remozado ahora por la supuesta legitimidad democrática de una auto-determinación presentada como un derecho incuestionable de los pueblos. El segundo conflicto tiene como protagonista al nacionalismo de los Estados surgidos de la crisis de los imperios. Uno de los efectos más perniciosos del imperialismo soviético ha sido su predisposición a impedir formas de cooperación desarrolladas entre los Estados incluidos en su zona de influencia. El modelo de relaciones bilaterales en que una de las partes era siempre la Unión Soviética ha hecho que esos Estados permanezcan en un estadio de la historia europea ya sobrepasado en Occidente como consecuencia de la densificación de las relaciones internacionales de todo orden. De modo y manera que al ya de por sí explosivo panorama derivable de una activación de las nacionalidades culturales que no han conseguido formas de realización política satisfactorias, se une el riesgo de unos nacionalismos estatales anclados parcialmente en una lógica internacional propia de etapas históricas ya superadas.

56

Puesto que esta conferencia se está prolongando en exceso, me permitirán el empleo de un cierto esquematismo en la descripción del modo de ver este tipo de nacionalismos desde la que considero más congruente perspectiva democrática de signo progresista, la cuestión clave es, una vez más, la constatación de las dificultades teóricas y prácticas del principio de las nacionalidades y del llamado derecho de auto-determinación aplicados a un escenario caracterizado por la complejidad nacional y cultural. El desarrollo de ese principio y ese supuesto derecho en la Europa del Centro y del Este solamente ha sido posible desde la elaboración de un compromiso cínico (resultado de la Primera Guerra Mundial), la aplicación de la fuerza (defensa por Hitler del derecho de autodeterminación para el pueblo alemán) y los desastres de una Segunda Guerra Mundial prolongados por el imperialismo soviético y su esquizofrénico modo de entender el problema nacional. Los horrores que vivió esta parte de Europa de 1939 a 1946 (genocidio del pueblo judío, deportaciones masivas, la expulsión de población alemana de territorios en que había vivido pacíficamente durante siglos) apenas simplificaron el panorama. Y hoy, como ayer, se pueden constatar las insalvables dificultades que rodean el intento de solución de un problema a través de expedientes que evidencian su capacidad para generalizar y animar aquello que teóricamente desean eliminar: la frustración nacional.

En contraposición a las pretensiones del discurso cultural-nacionalista, hay que insistir en la capacidad de los Estados democráticos para generar en su seno los procesos de reparto vertical del poder capaces de satisfacer las legítimas

demandas de autonomía que puedan ser a su vez garantía de pluralismo cultural. Un nuevo proceso de balcanización no solamente abriría el camino a situaciones de riesgo en el panorama internacional, sino que sería, muy probablemente, pretexto para nuevas situaciones de opresión cultural. Los nuevos caminos de integración que tienen que abrirse en Europa, corrigiendo en parte la futura Europa de los Doce, deberían ser un argumento complementario en favor de la moderación de los renovados nacionalismos de los países del Centro y el Este de Europa.

Mi opinión es que la causa de la democracia tiene poco que ganar con los actuales procesos de auténtica recreación de la historia que están viviendo los países bálticos, o con las tensiones secesionistas en otros puntos de la Unión Soviética. La eventual descomposición de Estados marcadamente plurinacionales como Yugoslavia o Checoslovaquia, las tensiones étnicas en Rumanía y Bulgaria, los conflictos nacionales que enfrentan a Hungría con Rumanía o a Bulgaria con Yugoslavia, son circunstancias que difícilmente pueden generar sociedades más libres, justas y prósperas. Mi diagnóstico, y discúlpenme lo que puede haber de grandilocuente en el término, es que el nacionalismo cultural del Centro y Este de Europa puede empeorar las cosas en la región. Y que los intereses de una izquierda democrática no pasan por la crispación de esos nacionalismos, sino por la utilización al máximo de sus posibilidades de los efectos conciliadores y mediadores del pluralismo democrático.

Hasta aquí el objetivo de mi exposición. Me temo que he intentado abarcar demasiado, vistas las dificultades intrínsecas de la empresa y mis propias limitaciones. Les pido disculpas por ello, aunque tengo la esperanza de haber justificado con mis palabras el título de esta conferencia. Muchas gracias.

La Política y el Islam en el Mundo Árabe tras la Guerra del Golfo

Juan Montabes Pereira _____

59

La profunda crisis política que en estos días se está viviendo en Argelia que ha llevado a provocar una situación de excepción y a la suspensión de las primeras elecciones generales democráticas convocadas en ese país desde su independencia, nos ha vuelto a poner de manifiesto la inmensa capacidad de movilización de que disponen las organizaciones y movimientos frecuente y extensamente llamados *fundamentalistas* (1).

El aparente e intenso resurgimiento de los movimientos islamistas a lo largo y lo ancho del mundo árabe, es generalmente considerado por comentaristas y analistas internacionales occidentales como una vuelta a los orígenes, como una *vuelta al Islam*.

Con ello se quiere significar, de común, el retroceso ideológico y político que en buena parte de los países árabes se ha iniciado con la extensión de este tipo de movimientos de manera generalizada, con mayor o menor intensidad según los casos particulares. Tras el fracaso en esos países de las más variadas experiencias políticas y de sus fundamentos ideológicos en los últimos cuarenta y cinco años, el islamismo se presenta en esos contextos como la verdadera y auténtica respuesta de los países árabes ante su actual situación política y social.

El liberalismo, el socialismo e incluso los mismos nacionalismos, han sucumbido en su aplicación práctica en unas sociedades donde sus fundamentos culturales y sociales difieren en extremo de los sistemas sociales sobre los que generalmente se reflexionó en el nacimiento de tales ideologías. Las experiencias políticas del Irán del Sha, del Egipto de Sadat o de la Argelia popular, socialista e independiente de los años sesenta y setenta, así nos lo pondrían de manifiesto.

El fracaso de la exportación-adopción indiscriminada de experiencias y doctrinas políticas occidentales hacia estas sociedades entre 1920 y finales de los años cincuenta, han podido en efecto empujar, a determinados movimientos y organizaciones, a adoptar posiciones más enraizadas, desde el punto de vista de la práctica y teoría política en sus respectivas sociedades. Desde tales postulados se pretende estrechar a gobernantes y gobernados aproximando en la teoría y en la práctica la política y la religión. Para ello nada mejor que el Islam para combinar en un solo espacio religión y política.

El respeto a las escrituras —el *Corán*— y a la tradición —a la sagrada tradición islámica—, según la interpretación auténtica que de ellas vienen haciendo los *ulemas*, se convierte en esta perspectiva como la única razón política de sentido válido. Indudablemente el añadido carismático de determinados líderes fraguará la contextura necesaria para poner en práctica tales modelos. Sin embargo, por completar el esquema weberiano, nada o poco queda a lo que la legitimidad legal-racional podría aportar a la acción política, guía y conductor primario de la vida política occidental.

En la teoría política del Islam los principios de legitimidad que se barajan difieren sensiblemente de los que desde Occidente se han venido entendiendo como válidos en los últimos doscientos años. En opinión de Ernest Gellner en el Islam, desde sus comienzos, “coexistieron (no siempre pacíficamente) tres principios importantes de legitimidad: el principio de las escrituras, el del sagrado liderazgo y el del consenso de la comunidad, con peso especial asignado a sus miembros ilustrados”. La combinación de estos tres componentes legitimadores del poder político ha frenado, como el propio sociólogo americano reconoce, conflictos continuos desde las primeras generaciones de musulmanes, cumpliendo efectivamente un papel integrador importante para esas sociedades.

La alternancia en la jerarquía de esos principios habría permitido sobreponerse a situaciones bien distintas de la historia moderna y contemporánea del mundo árabe. Es decir que en atención a la “prioridad o énfasis que se daba a cada unos de estos principios” se daba la respuesta adecuada a cada situación, acu-

diendo a la revelación de la palabra divina, a la divina selección del mensajero y al disputado acuerdo de la iluminada comunidad o por lo menos el acuerdo de sus dirigentes cultos y letrados (2).

De los tres componentes de legitimidad, que según Gellner, pone en práctica el Islam para el ejercicio del poder se deduce un común denominador trazado por la base religiosa del ejercicio del poder. Incluso el proceso de racionalización que pudo suponer la constitucionalización de esos regímenes incluyó siempre el carácter confesional del Estado al proclamar en sus respectivos textos fundamentales el Islam como la religión adoptada por el Estado correspondiente (3).

Las causas de los fracasos detectados en el proceso de implantación de modelos experimentados en los países occidentales encontrarían bases distintas en función del país y del sistema adoptado. De todas formas unos elementos comunes podrían ser adelantados en estos momentos de manera general.

En primer lugar, y ante todo, es necesario poner de manifiesto que en el camino a la independencia de la mayor parte de los países árabes se desarrollaron unos procesos de cambio, por lo general promocionados o controlados por la potencias coloniales, que se limitaron a las esferas administrativas y técnicas. Por contra los cambios en las esferas sociales y culturales quedaron relegados a un segundo término o, más a menudo, ni siquiera existieron. De esta manera en los procesos de descolonización o independencia de los países árabes, los cambios introducidos en estas sociedades fueron dirigidos por lo general hacia las instituciones centrales del Estado y de la sociedad, relegando a un segundo término la periferia, mucho más amplia y en muchas ocasiones de mayor peso social.

En el terreno político, como ha escrito Eisenstadt, los cambios se centrarían en "la introducción de sistemas unitarios de administración, la unificación o regularización impositiva, el establecimiento de procedimientos judiciales modernos y, en etapas posteriores, la introducción de tipos limitados de representación". Este conjunto de cambios no llegaría a trasladarse al orden local, con lo que más tarde o más temprano se originaría una contradicción básica: "por un lado se hicieron tentativas de establecer estructuras administrativas, políticas y económicas amplias y modernas, mientras que por otro estos cambios estuvieron limitados y basados en grupos locales y tribales relativamente inmutables, y en actitudes y adhesiones tradicionales" (4).

De no menos relevancia en el fracaso de los modelos de organización social y política occidental sería el proceso de formación de élites políticas en esas sociedades. Por lo general tales élites se han encontrado vinculadas, por su forma-

ción e intereses, al pensamiento, prácticas y valores propios de las sociedades occidentales, pero al mismo tiempo condicionadas por las prácticas, costumbres, ideas y valores, de sus sociedades nativas, y, en consecuencia, ligadas a la selección que su religión propicia, es decir al Islam.

En el primer caso se respondía a una política explícita de la potencia colonial que pretende impartir nuevos tipos de educación moderna pero limitada a las élites locales selectas. Entre ellas habría que resaltar la importancia que las élites militares han tenido para estos países no sólo en sus respectivos procesos de descolonización sino también, incluso, de los tímidos intentos de modernización que a este respecto han existido en algunas sociedades árabes.

En el segundo plano permanecerían las pautas de autoridad tradicional de origen tribal y religioso que, sobre todo en las periferias, se mantendrían prácticamente inalteradas con el paso de los años.

Estas contradicciones contenidas en lo que podríamos denominar como políticas cosméticas de cambio para el desarrollo y modernización sociales, encontrarían en el terreno político sus máximas expresiones. Como explica acertadamente Eisenstadt, tanto las potencias coloniales como los gobernantes nativos estaban interesados en mantener la fidelidad política de la población en aras de una mayor estabilidad del nuevo sistema. Para ello "tendían a mantener un tipo de obediencia e identificación relativamente pasivo, y estaban listos para utilizar, donde fuera posible las fidelidades tradicionales existentes, o para transferirlas a la nueva estructura, *sin mayor modificación en sus orientaciones sociales y culturales básicas* (5).

Vinculado a ello habría igualmente que resaltar el desconocimiento generalizado de las bases o de las pautas de la cultura política de esos países, no sólo por los gobiernos occidentales sino incluso también por la propias élites nativas. La ausencia de estudios especializados de carácter sociopolítico que pusiesen de manifiesto las claves sociales correspondientes, así como la mediación histórica de la religión, han sido dos de las constantes en los procesos de creación de los nuevos Estados árabes y de lo que es más grave aún, de la práctica política seguida en sus primeras fases. Este alejamiento de la realidad social, obviamente bien distinta de la realidad occidental, ha provocado, por lo general, una falta de adecuación entre estructura y cultura políticas. Este desfase o *gap cultural* habría provocado que sólo por vía de la imposición, la dominación o cuando no la represión generalizada, se hayan podido mantener inalterados durante años regímenes políticos de más que dudosa consideración democrática.

En esta enumeración de causas comunes del fracaso de las ideologías políticas occidentales en el mundo árabe habría también que incluir aquéllas que con una base económica, han podido condicionar las pautas generales de esos sistemas. El alto grado de dependencia económica de esos países, con una estructura económica tan variada y distinta como la que puede darse entre Kuwait y Mauritania, bien sea en cuanto a materias primas bien sea en cuanto a mercados, ha imposibilitado un desarrollo integral de esas sociedades y, en consecuencia, el fracaso de las teorías del desarrollo que tanta incidencia pudieron tener en un primer momento no sólo para estos países, sino también y con otro resultado, para otros procesos de transición a la democracia como en los de los países de la ribera norte del Mediterráneo.

En este contexto procesos políticos tales como los que está viviendo en estos días Argelia podrían ser reveladores de la insuficiencia de estos sistemas para dar respuesta a las exigencias sociales que aunque no generalmente expresadas sí manifestamente presentes, en mayor o en menor medida en estas sociedades árabes. En el caso argelino más allá del dato meramente cuantitativo del amplio número de apoyos electorales o de personas movilizadas por el Frente de Salvación Islámico (FIS) (6), desde Occidente han llamado profundamente la atención no sólo las formas con las que se presentan sino también los contenidos sobre los que se sustentan tales actuaciones. Desde la óptica de la cultura política occidental propia del racionalismo ilustrado, difícilmente se llega a entender cómo esa ingente masa de fieles-militantes pueden lanzarse a la calle al grito de "*Ni carta constitucional ni Constitución, sólo la palabra de Dios y de Mahoma*" (7).

63

Sé podría pensar que tal *slogan* no es más que la reacción más o menos visceral de unos cientos de miles de personas enloquecidas por una fiebre religiosa que pretenden traspasar las barreras de lo terreno, para alcanzar en este *valle* los privilegios del paraíso. Como de forma gráfica ha expresado Bichara Khader con respecto a la situación descrita "*la vuelta al Islam* les parece a muchos —árabes— un salvavidas. Frente al vacío ideológico el Islam se convierte en un *refugio de seguridad*. Frente al autoritarismo de los regímenes, él aparece, al contrario, como la *expresión de una participación popular*. Frente a las escandalosas desigualdades, da la impresión de borrar las diferencias y nivelar las clases" (8).

En cualquier caso el fenómeno debe ser considerado como algo mucho más profundo e intenso que va más allá de manifestaciones particulares y esporádicas. En primer lugar porque desde hace más de un siglo el mundo árabe ha visto resurgir y posteriormente languidecerse corrientes islámicas, *fundamentalis-*

tas, o *integristas* de todo tipo. No es casual en este sentido que, como afirma Khader, “cada vez que el movimiento nacional árabe entra en una fase de repliegue o de reflujo, los *neo islamistas* reaparecían en la delantera de la escena para canalizar los descontentos y dar nuevas esperanzas a unas masas deprimidas” (9). En segundo lugar hay que tener en cuenta que tras el llamado fundamentalismo islámico subyace toda una elaboración teórico-ideológica-religiosa que circunda en torno al fenómeno descrito. El fundamentalismo sunní, representado por la doctrina de los Hermanos Musulmanes, en su tendencia más pacífica que intenta la consecución del poder por la vía política, toma como estandarte de su actuación el siguiente enunciado: *No hay más Constitución que el Corán* (10).

Efectivamente estas declaraciones podrían sorprender la *razón política* del *bon pensant* occidental al chocar frontalmente con la base de la racionalidad de la política del pensamiento ilustrado. Los fundamentos contractualistas del actual modelo de Estado difícilmente pueden encajar y mucho menos comprenderse, sino es a través de explicaciones simplistas y desatinadas del fenómeno y de la sustancia de tales manifestaciones que nos reenvían a la teoría política del Islam.

64

Es necesario adelantar de forma explícita y sin paliativos que desde las premisas del Islam determinados conceptos tremendamente interiorizados y asumidos como *naturales* por las culturas políticas occidentales, en la cultura musulmana no tienen una correspondencia directa o lo que es más importante quizás ni tan siquiera existen. Es por ello que para comprender el Islam en sus componentes políticos debemos de tener constancia, entre otras, de la inexistencia de la idea de Estado, tal y como desde el siglo XVI lo entendemos desde los llamados Estados-nación.

Esta noción-concepto europeo de Estado es sustituida por la idea de *Comunidad de los Creyentes (Umma)* que unidos por el contrato de sumisión (Islam) es efectuado entre los propios individuos y Dios. Tan sólo se puede admitir que la *Comunidad* se pueda subdividir en entidades políticas menores a consecuencia de factores y exigencias de orden geográfico, de comunicaciones o incluso de historias nacionales particulares (Corán, 49:13).

En cualquier caso, como ha puesto de manifiesto Zartman, “esta entidad política no tiene ni personalidad moral ni estatuto jurídico y ni el *Corán* ni el pensamiento jurídico-religioso le conceden tal función” (11). De ahí derivaríamos igualmente que las ideas, conceptos e instituciones ligadas al desarrollo del Estado liberal en el mundo occidental carecen no ya sólo de sentido, sino incluso de correlato en la teoría política del Islam. Instituciones como la representación política,

conceptos como el de soberanía o Estado de Derecho carecen de sentido dentro del pensamiento y práctica política islámica, por más que, como señalábamos al principio, se haya pretendido exportar o implantar tales ideas de forma automática e indiscriminada.

Habría que señalar, en contrapartida, el gran desconocimiento que desde Occidente se ha tenido sobre la organización y modelos políticos del Islam, de tradición y práctica tan enraizados y desarrollados como los modelos occidentales. Tengamos presente que desde el siglo VII en que el Profeta Mahoma predica su religión monoteísta en la Península Arábiga, los contenidos políticos comienzan a estar presentes a través de una institución: la *umma* islámica. En el año 622 Mahoma establecería los tipos y modelos de organización de la Comunidad Islámica a través de lo que vino a llamarse como *Constitución de Medina* (12). Esta Comunidad organizada políticamente a través de tal *constitución*, y mal llamada de común por arabistas como *Estado*, se expandería, como ha señalado María Jesús Viguera Molins, "rápidamente desde la India hasta el Atlántico", conformando sus características y estructuras políticas. Estos planteamientos quedarían marcados, desde esos primeros momentos "por esta amplitud espacial propia de la civilización islámica, cuyo ámbito cronológico es en la actualidad muy extenso, pues ha cumplido en la actualidad catorce siglos" (13).

65

De todas formas, y antes de avanzar en el desarrollo del tema deberíamos hacer una precisión fundamental sobre lo que concierne al Islam y al Mundo o Nación árabe que nos permita discernir con claridad conceptos que, utilizados de común como sinónimos, reflejan realidades y representan ideas o nociones diferenciadas en sus contenidos y referentes.

Con respecto a la expresión *mundo árabe* se produce comúnmente una polisemia que debemos aclarar. Con esta expresión no hacemos exactamente referencia ni a una nación, ni a una raza, ni a una religión. Este término no puede definirse más que a través de una serie de componentes.

El árabe es en primer lugar UNA LENGUA, que a diferencia de las demás no sólo es un vehículo de comunicación y una estructura de pensamiento como muchas otras lenguas. Se trata de una lengua sagrada, desde su propia consideración, en la cual Dios ha expresado su mensaje a los hombres por la intermediación del Profeta. Su escritura misteriosa, su sintaxis difícil, sus expresiones a la vez precisas y múltiples cierran el acceso a los extranjeros, es decir a los no musulmanes.

El árabe califica también a un TERRITORIO. En él vive una comunidad de árabes o de hombres que se dicen tales. Sobre el mismo pesan siglos de histo-

ria de asentamientos no árabes que han marcado su propio desarrollo como nación o comunidad y del que la actualidad es buena expresión de tales tipos de conflictos.

Se puede también hablar de una NACIÓN árabe, aun cuando sus componentes no sean en sentido estricto arabófonos. Como dice la plegaria, lo esencial es querer sentirse árabe, incluso aunque lingüísticamente se pertenezca a otro grupo. Sin embargo la imposibilidad histórica de construir una verdadera nación política resalta también las dificultades y diferencias que se integran en el seno de esa comunidad.

Todo ello ha podido llevar a algunos autores a poner en duda, cuando no a negar la existencia de tal entidad. Es así como Felix Ortega llega a afirmar que "realmente, el nacionalismo árabe no ha existido nunca. La palabra ha sido usada por amigos y enemigos. Pero es sólo eso, una palabra, un estereotipo que esconde la complejidad de una sociedad en la que lo único que une es el idioma y, eventualmente, la fe"(14).

En definitiva LENGUA, TERRITORIO, NACIÓN y VOLUNTAD DE ARABISMO entran en la definición que daba el manifiesto del Comité Nacionalista de Siria en abril de 1936:

66

La nación árabe es la población que habita sobre el territorio árabe y que está unida por la comunidad de lengua, de mentalidad de recuerdos históricos, de hábitos y de costumbres, de intereses y de esperanzas. Nuestra patria, la patria árabe está formada por la regiones comprendidas en los límites siguientes: al Norte el monte Taurus y el Mediterráneo, al Sur el Océano árabe (Indico), las montañas de Abysinia, las cordilleras del Sudán y del Sahara; al Oeste con el Océano Atlántico y sobre las costas de Syria el Mediterráneo; al Este las Montañas del Irán y el golfo de Basora (Pérsico) (15).

El mundo árabe se define también por su religión. Es necesario, no obstante, no confundir arabismo e Islam. Estos son dos conceptos que no se solapan, aunque muy a menudo ellos vienen a reafirmarse mutuamente. El Islam es la religión de la casi totalidad de los árabes. Hay de todas formas árabes no musulmanes (los árabes cristianos de Medio Oriente), como gráficamente se expresa en el Cuadro Final. Pero junto a ello y en contrapartida la mayor parte de los musulmanes no son árabes.

Por tanto podríamos concluir de todo ello que es un árabe el que Allah ha elegido como mensajero; es la lengua árabe la que transmite o vehicula el mensaje religioso, es a partir de la Arabia como se ha organizado la expansión árabe y la que le da nombre a la misma etnia.

Descritos hasta aquí los caracteres definitorios de *lo árabe* podríamos preguntarnos si los componentes reseñados constituyen por sí mismos un factor de cohesión suficiente para definir por sí mismo a los países árabes desde Marruecos hasta Irak. Junto a ellos, en efecto podríamos enunciar toda una serie de factores diferenciadores (temperamentos opuestos, dialectos, sectas, niveles de riqueza, condiciones naturales y geográficas) que pondrían seriamente en cuestión un tratamiento unitario para ese conjunto. Pese a ello el arabismo se suele presentar también en los textos constitucionales y en la literatura política como una profesión, como una manifestación. Jacques Berque llama a este afán por superar estas diferencias como la “energía unitaria” del pueblo árabe que le lleva a las continuas tentativas de unidad.

Esta tentativas no han sido exclusivas del mundo árabe sino que también el Islamismo ha intentado trazar su propia unidad. El *Panislamismo* surgiría en este sentido como “un nacionalismo religioso para superar la crisis de liderazgo ejercida por el califato otomano, donde se revitaliza el concepto de *umma* o nación islámica y que aspira a la unidad de las tierras y los hombres del Islam”. Por su parte, como ha escrito López García, *el Panarabismo*, que sucederá al Islamismo en el principio del siglo XX, “supone una reacción de los árabes, situados en la periferia del imperio otomano, contra su centro, tras unas décadas de decadencia en el resurgir de la idea de nación árabe en los años cincuenta de este siglo bajo el liderazgo del Egipto de Nasser” (16).

67

Definido de esta forma, el mundo árabe no llega a coincidir con la geografía musulmana. El mundo árabe comprendería una serie de países que se extenderían desde el Atlántico y que podríamos dejar enmarcados en tres grandes bloques:

- El Machrek (Levante) u *Oriente Arabe*, que incluye los países del Levante: Líbano, Jordania e Israel y Palestina; el Creciente Fértil: Siria e Irak; y los de la Península Arábiga: Arabia Saudí, Kuwait, Bahrein, Emiratos Arabes Unidos, Omán y Yemen.

- El Magreb (Poniente) u *Occidente Arabe*, constituido por los países del Mediterráneo (Marruecos, Argelia, Túnez y Libia) más Mauritania que pese a incluirse en la llamada Africa subsahariana ha venido formando un conjunto histórico en este bloque.

- El Valle del Nilo constituido por Egipto y Sudán.

Con independencia del papel y del lugar en que situemos el concepto de *la umma* islámica, sí podemos afirmar la recíproca repercusión de los aconteci-

mientos que afectan al mundo árabe. En efecto, a pesar de las diferencias de todo orden que encontramos dentro del llamado mundo árabe la solidaridad interna que en este grupo se puede detectar ante determinadas situaciones puede en algún caso ser mayor que la que desde Occidente podríamos detectar en algunos Estados.

Por tanto pese a los puntos que anteriormente se han señalado como favorecedores de la cohesión árabe se podrían apuntar otra serie de factores favorecedores del desacuerdo o del conflicto interno. Entre ellos y en un primer plano resaltan las condiciones económicas en las que se sitúan los países antes enunciados.

De forma similar a como lo hacíamos desde la perspectiva geográfica, desde el punto de vista económico se podrían conformar tres grandes bloques de países, de acuerdo con la clasificación que a este respecto realiza Bichara Khader en un completo y minucioso estudio socioeconómico sobre el mundo árabe (17):

a. Aquel bloque de países que podríamos considerar como ricos, o con posibilidad de equiparación económica con los países occidentales. Estos serían aquellos países con más de 5.000 \$ de Renta Per Cápita. Es decir que aquí deberíamos incluir a Arabia Saudí (5.433 \$), Bahrein (6.513 \$), Emiratos Arabes Unidos (16.882 \$), Kuwait (11.584 \$), Libia (5.439 \$), Omán (5.657 \$) y Qatar (15.288 \$). Esto significa que 24,3 millones de habitantes —11,03% de la población árabe—, aporta el 42,61% del PIB del mundo árabe.

b. Un segundo bloque constituido por lo países económicamente intermedios cuyas rentas se situarían entre los 1.200 y 2.500 \$ por persona y año. Argelia (2.273 \$), Irak (1.950 \$), Siria (1.800 \$), Túnez (1.315 \$) y Jordania (1.134 \$). En este caso estos países reuniendo el 30,85% de la población concentrarían el 36,84% del PIB.

c. Por último un tercer bloque de los que sin ningún reparo podríamos denominar como países pobres con una Renta Per Cápita inferior a los 1.000 \$ se encontrarían: Egipto (675 \$), Marruecos (815 \$), Mauritania (420 \$), Sudán (335 \$) y Yemen (500 \$) (18).

Las diferencias económicas que nos revelan los datos anteriormente expuestos nos pueden dar una idea de las posibles divergencias que entre los intereses de la *umma* podríamos encontrar. Sólo un ejemplo que por sus trascendentales consecuencias puede ser más que revelador a este respecto. El incremento del precio del petróleo derivado de la pasada Guerra del Golfo ha situado en posiciones bien distintas a los diferentes países árabes en función de su condición de que fuesen productores-exportadores de petróleo o consumidores-importadores. Lo que para Argelia o Libia, por señalar sólo dos casos, ha supuesto una revalorización de

su principal materia prima y una extraordinaria entrada de divisas, para Marruecos, Túnez o Jordania ha conllevado un fuerte endeudamiento que incrementa sus críticas situaciones económicas.

Por otro lado, la debilidad del comercio intrárabe hace que la mayoría de los países dependan en cuanto a sus exportaciones o importaciones de sus relaciones con el resto de las potencias Occidentales. Pensemos que en el caso concreto de los países del Magreb sólo un 5% del total de sus intercambios se realiza internamente entre los cinco países que constituyen la UMA (Unión del Magreb Árabe). Paralelamente más de un 50% del total de su comercio lo realizan estos países (Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Mauritania) con países miembros de la CEE (19).

De lo que se desprende del Cuadro Final, en similares términos podríamos pronunciarnos sobre el conjunto de los países árabes, ya que sólo en el caso del Emirato de Bahrein y de Jordania aparecen otros países o conjunto de países árabes como principales clientes o proveedores comerciales.

Esa debilidad comercial del conjunto árabe hace que difícilmente se puedan trazar lazos económicos que proyecten hacia el exterior un conjunto homogéneo con fuerza suficiente para adoptar posiciones autónomas en el orden internacional.

69

En este contexto la llamada Guerra del Golfo ha venido a fomentar las fisuras interárabes provocando un realineamiento de los distintos países no sólo con el resto de países occidentales, sino también dentro de la geografía árabe.

Esta guerra que, a pesar del sugerente trabajo de Jean Baudrillard, *sí ha tenido lugar* (20), ha contribuido, junto a otros factores de orden internacional tales como el derrumbamiento de los regímenes comunistas del Este de Europa, el debilitamiento de la URSS y el auge los nacionalismos *periféricos*, a colocar al mundo árabe en una situación sensiblemente diferenciada de la que en los últimos treinta años, al menos, ha venido manteniendo. Esta nueva posición la podríamos sintetizar en los siguientes seis puntos:

1º. Las organizaciones árabes en su conjunto —Liga Árabe, Conferencia de Países del Golfo e incluso la Unión del Magreb Árabe— han salido tremendamente debilitadas de la resolución del conflicto. Las diversas posiciones adoptadas por los distintos países miembros en el conflicto, así como los intereses que de ellas se han derivado han incidido sobremanera en sus relaciones internas. Sólo el paso del tiempo volverá a acercar posiciones tan alejadas hoy en día como la de Egipto o Arabia y Libia o Irak, por mencionar sólo algunas de las más emblemáticas.

2º. Movimientos u organizaciones de liberación nacional como la OLP se han visto seriamente dañadas en sus apoyos internacionales en la medida en que su causa es vista desde sus aliados árabes con la única misma posibilidad de solución, pero sin que ésta deba ser necesariamente articulada por la organización de Arafat.

3º. La posición y apoyo que Arabia ha venido manteniendo a determinados movimientos islámicos pueden verse reducidos, cuando no eliminados, por el papel que éstos han jugado durante la Guerra. La utilización de estos movimientos por parte del régimen de Sadam Hussein que habría provocado una auténtica solidaridad popular árabe a favor de él, ha desprestigiado al mismo tiempo la política que hasta esas fechas había mantenido Arabia.

4º. El giro dado por Siria durante el conflicto a su posición tradicional con respecto a los Estados Unidos ha mostrado a éstos la posibilidad de encontrar nuevos aliados en el mundo árabe.

5º. La posición mantenida por Israel durante la Guerra ha puesto de manifiesto, sobre todo a determinados países árabes, la posibilidad de arreglo pacífico que pudiera existir en torno a los territorios ocupados, siempre que se mantengan las actuales correlaciones interárabes y de éstos con los Estados Unidos.

6º. Por último, con la Guerra del Golfo y sobre todo con su resolución, se habría fortalecido la posición de los Estados Unidos, y en menor medida de la CEE, como principal socio político y económico de estos países. Ello constituye a los Estados Unidos, y a Occidente en general, como el principal responsable de la estabilidad política de la zona. Una vez que el comunismo prácticamente se ha hundido y que la URSS tiene un menor protagonismo internacional es a los Estados Unidos de Norteamérica a los que les corresponderá la responsabilidad de sentar las bases de una convivencia pacífica en la zona donde siguen existiendo intereses encontrados. La unanimidad árabe existente sobre la cuestión de Israel y los territorios ocupados obligará a los americanos a buscar una solución adecuada a las pretensiones de los ahora *aliados árabes* con la defensa de los intereses de su tradicional socio israelita. Como escribía recientemente Michel Faure en *L'Express* con respecto a este punto, "si después de la Guerra, no se llega a obtener un arreglo del problema palestino, Occidente quedará desacreditado" (21).

En definitiva todas estas consecuencias nos demostrarían la fragilidad de los intereses árabes, pese a su tremenda importancia, ante un proceso de escala internacional como el que recientemente se ha vivido en esa zona.

Un tercer y último motivo de diferenciación interárabe, en esta relación no exhaustiva, ha venido a producirse por los diferentes tipos de procesos his-

tóricos que se han vivido en los últimos cien años en lo que hoy podríamos llamar los distintos Estados árabes. A pesar de los caracteres comunes antes enunciados con respecto a los cambios sociales y políticos generados con los procesos de independencia o descolonización de manera general, cada uno de ellos en atención a su propia estructura y a sus relaciones con la potencia colonizadora tuvo sus propias especificidades. Tales procesos han contribuido a formar unas culturas y, sobre todo, unas élites y un entramado de intereses que en mayor o en menor medida habrían podido condicionar las posiciones respectivas.

El hecho de que ningún país árabe haya desarrollado un sistema democrático estable en los últimos cien años nos puede poner de manifiesto hasta qué punto han podido fracasar de común las políticas seguidas en el proceso de independización y consolidación autónoma. No obstante la incertidumbre se asienta en la actualidad en las posibilidades de triunfo de los procesos de transición a la democracia que tímidamente se han iniciado recientemente. Los casos de Argelia, Túnez o Egipto no parecen más que una respuesta, también según el modelo occidental, a las profundas crisis que se vienen viviendo en esos países en los últimos años.

Entre los elementos comunes más resaltados en los procesos de transición en el Magreb, destaca en el apartado del común denominador, la existencia más o menos desarrollada y articulada de movimientos religiosos de carácter islamista con incidencia directa en el proceso político y no obstante con caracteres institucionales diferenciados en Argelia, Túnez o Marruecos. La incompatibilidad manifiesta de los presupuestos ideológicos y religiosos de estos movimientos con los principios de las democracias pluralistas, han llevado a muchos observadores políticos a manifestar la imposibilidad de éxito de un proceso de democratización en las sociedades musulmanas. No obstante, la complejidad y desconocimiento extendido del problema, no deben llevarnos a aseveraciones rotundas que impidan un análisis pormenorizado y multifactorial que conjugue la posibilidad de compatibilizar la democracia con la religión musulmana (22).

Junto a él, otros factores como el *neo-patrimonialismo*, en expresión de Camau, o la tendencia a la juridificación de la vida social y política y *judicialización del espacio neo-patrimonialista*, suponen unos de los elementos comunes de mayor relevancia en cuanto a lo que a la modernización de esas sociedades afecta y que modifican sustancialmente situaciones precedentes más arriba descritas (23).

En definitiva, toda esta serie de factores específicos nos llevan a concluir la imposibilidad de aplicar o trasladar los modelos preexistentes de democra-

tización a estas sociedades, aunque ello no signifique ignorar esos precedentes para tenerlos en cuenta en aspectos tales como el papel de los liderazgos del antiguo y del nuevo régimen, la articulación política de la oposición y del propio régimen, la estructura de clases y económica de las sociedades o el mencionado de los militares para comprender plena y más ricamente los procesos que en estos países se están viviendo.

La incertidumbre de estos procesos nos hace coincidir con Camau cuando a modo de conclusión del trabajo antes mencionado proclama sus dudas sobre la indefectibilidad de los procesos de transición que se están viviendo en el Magreb. Los problemas sociales existentes, las dificultades políticas expuestas, la extrema situación económica de esos países, así como las actuales coordenadas del orden internacional, hacen surgir las dudas sobre las posibilidades de éxito de estos procesos. Más aun cuando nos encontramos ante una ausencia teórica que establezca las pautas de tales procesos de democratización y que, en todo caso, en atención a los factores expuestos parecen "jugar un papel de reforzamiento de la tutela estática del autoritarismo" (24) actual más que de incentivo a la democracia.

En conclusión y ante la situación expuesta, se pone de manifiesto la necesidad de profundizar en el estudio de los procesos políticos del mundo árabe. Es así como a través de las aportaciones de politólogos, economistas, historiadores o sociólogos se posibilitará no sólo conocer en profundidad las claves de tales procesos, sino además se cumplirá con la responsabilidad que la comunidad científica tiene a este respecto en cuanto a la aportación de los conocimientos y análisis necesarios que permitan una mejor canalización de tales *transiciones* hacia unos regímenes democráticamente más abiertos y con mayores grados de libertad y de justicia social.

ALGUNAS CARACTERISTICAS SOCIOECONOMICAS DE LOS PAISES ARABES

	Religiones		Etnias		Deuda	P.I.B.	Renta per Capita	Proveedores	Clientes político	Régimen
ARABIA Pob. 14,43 (1)	Suníes 97%	Shiíes 2%	Arabes 99%		15,3 (2)	100	5.433 \$	USA, JPN	JPN, PVD (3)	Monarquía abs. Islám.
ARGELIA Pob. 24, 60	Suníes 98%	Beréber 22%	Arabes 78%		18,2	50,5	2.273 \$	CEE, PVD	CEE, USA	Repúbl. Presidenc.
BAHREIN Pob. 0,49	Suníes 60%	Shiíes 40%	Arabes 99%		—	5,1	6.513 \$	ArS, CEE	USA, JPN	Monarquía abs.
EGIPTO Pob. 53,08	Suníes 94%	Cristianos 6%	Arabes 99%	Nubios 1%	28,3	54,9	640 \$	CEE, USA	CEE, USA	Presidencial.
EMIRATOS A. Pob. 1,55	Suníes 87%	Shiíes 13%	Arabes 99%		—	27,6	16.882 \$	CEE, PVD	JPN, PVD	Monarquía abs. Islám.
IRAQ Pob. 18,28	Shiíes 51%	Suníes 46%	Arabes 72%	Kurdos 22%	50-85	45,1	1.950 \$	CEE, USA	CEE, USA	Régimen Militar.
IRAN Pob. 54,90	Shiíes 96%	Suníes 3%	Persas 45%	Arabes 2%	5,0	—	3.264 \$	CEE, JPN	CEE, JPN	República Islámica.
JORDANIA Pob. 4,10	Suníes 92%	Crist./Otros 8%	Arabes 95%	Otros 5%	5,53	4,1	1.134 \$	CEE, Or Med	CEE, Or Med	Monarquía absoluta.
KUWAIT Pob. 2,05	Suníes 79%	Shiíes 21%	Arabes 100%		7,2	20,9	11.584 \$	CEE, JPN	PVD, CEE	Monarquía abs. Islám.
LIBIA Pob. 4,39	Suníes 98%		Arabes 92%	Beréber 6%	3,3	33,6	5.420 \$	CEE, JPN	CEE, URSS	Régimen Militar.
MARRUECOS Pob. 24,5	Suníes 98%		Arabes 66%	Beréber 33%	20,8	11,2	950 \$	CEE, USA	CEE, CAEM	Monarquía absoluta.
MAURITANIA Pob. 1,97	Suníes 99%		Arabes 62%	Beréber 20%	2,1	0,7	480 \$	FRANC, PVD	JPN, PVD	Régimen militar.
OMAN Pob. 1,42	Suníes 40%	Ibadit 60%	Arabes 99%		2,9	9,8	5.657 \$	GB, EAU	JPN, COR	Monarquía abst. Islám.
QATAR Pob. 0,35	Suníes 90%	Shiíes 10%	Arabes 99%		0,7	5,4	15.288 \$	CEE, PVD	JPN, PVD	Monarquía abst. islám.
TUNEZ Pob. 7,99	Suníes 99%		Arabes 97%	Beréber 3%	5,6	8,9	1.315 \$	FR, PVD	CEE, CAEM	República Presidenc.
YEMEN Pob. 11,72	Suníes 75%	Crist. 10%	Arabes 89%	Kurdos 8%	5,0	20,7	1.800 \$	CEE, JPN	PVD, URSS	Régimen militar.
YEMEN Pob. 10,17	Suníes 5%	Zaidíes 35%	Arabes 98%		5,4	4,0	581 \$	PVD, CEE	RFA, USA	En Transición.

1. Millones de Personas.

2. Miles de Millones de Dólares.

3. PVD: Países en Vías de desarrollo. CAEM: Consejo de Asistencia Económica Mutua

FUENTES: Los porcentajes de etnias y religiones provienen del Atlas du Monde Arabe, Rafic Boustani et Philippe Fargues. Ed. Bordas, Paris, 1990. La población, Deuda Exterior, Renta Per Cápita y Proveedores y Clientes de El Estado del Mundo 1991. Anuario Geopolítico y Mundial. Ediciones Akal. Madrid, 1991. El Producto Interior Bruto proviene de Bichara Khader: El Mundo Arabe ante el año 2000. Estudios de sociología y economía. Editorial CantArabia. Madrid, 1988.

1. El término *fundamentalismo*, generalmente utilizado para referirse a los grupos islámicos radicales y militantes puede llevar a confusión en sí mismo y mucho más si no va acompañado del adjetivo *islámico*. En efecto como recientemente ha escrito Bernard Lewis (*El lenguaje político del Islam*. Taurus. Madrid, 1990), el término *fundamentalismo* tiene un origen y un desarrollo contextual netamente cristiano. Es un término "que parece haber entrado en uso a principios de este siglo y se refiere a algunas iglesias y organizaciones protestantes, en especial a aquellas que afirman el origen divino y la infalibilidad de la Biblia". Este se contrarrestaría con la corriente imperante hoy en día en la práctica totalidad del cristianismo que tiende a una visión de las Escrituras más crítica e histórica. Es en este sentido en el que Lewis señala que todos los musulmanes en su actitud ante el Corán son *fundamentalistas*. Donde según este autor los fundamentalistas islámicos se separan del resto de los musulmanes es en su *escolasticismo* y en su *legalismo* ya que no se basan sólo en el Corán sino también en las tradiciones del Profeta y en el cuerpo de enseñanza teórica y legal transmitida a través de los *ulemas* o sabios en las ciencias religiosas que deciden lo que en la sociedad islámica debe ser considerado como legítimo o ilegítimo según sus interpretaciones coránicas y la vida del Profeta. Es por todo ello preferible hablar, en puridad de términos, de Islamismo para referirnos al fenómeno descrito, que de fundamentalismo, no sólo por los orígenes del término sino también por no incluir a la totalidad de los musulmanes en esa categoría, exclusiva de determinados sectores.

2. Gellner, Ernest: *Nación y nacionalismo*. Alianza Edit. Madrid, 1988. Pág. 150.

3. La totalidad de los textos constitucionales árabes en vigor proclaman al Islam como la religión del Estado. Cfr. López García, B. y Fernández Suzor, C.: *Introducción a los regímenes y Constituciones árabes*. Centro de Estudios Constitucionales. Madrid, 1985.

4. Eisenstadt, S. N.: *Modernización. Movimientos de protesta y cambio social*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1972. Pág. 187.

5. *Ibidem*, pág. 189.

6. Recordemos que en las últimas elecciones municipales de Argelia el FIS llegó a obtener el 54% de los votos emitidos. En Egipto los *Hermanos musulmanes* obtuvieron 38 diputados en las elecciones de 1987. En Túnez los Independientes, apoyados por la *Nahda* obtuvieron el 13% de los votos en las elecciones municipales de 1989. En ese mismo año los islamistas obtuvieron en Jordania 30 de los ochenta escaños de que consta el Parlamento de ese país.

7. Ver diario *El País* de 4 de junio de 1991, sección Internacional, pág. 10.

8. Khader, Bichara: *El Mundo Árabe ante el año 2000. Estudios de Sociología y Economía*. Editorial CantArabia. Madrid, 1988. Pág. 13.

9. *Ibidem*, pág. 13.

10. Cfr. Martín Muñoz, Gema: El fundamentalismo Islámico como actual fuerza desestabilizadora, aproximación al tema en el Magreb. En Africa Internacional *El empuje del Islam*. Iepala Editorial, Madrid, 1989. Págs. 39 y 40.

11. Zartman, William I.: "Pouvoir et Etat dans l'Islam" en *Pouvoirs*, n° 12, 1983. Pág. 5.

12. Cfr. • Vernet, Juan: *Mahoma*. Edit. Planeta. Barcelona, 1987.

• Montgomery, W.: *Mahoma, profeta y hombre de Estado*. Edit. Labor. Barcelona, 1973.

• Lamdton, Ann K.S.: *State and government in medieval Islam*. Oxford University Press. Oxford, 1981.

13. Viguera Molins, M^a Jesús: "El mundo islámico" en Vallespín, Fernando (Ed.): *Historia de la Teoría política*. (Vol. 1). Alianza Editorial. Madrid, 1990. Pág. 325.

14. Ortega, Félix: "¿Pero hubo alguna vez nación árabe?", en la Revista *GeoEspecial*, dedicada monográficamente al Islam. *Geo*, n° 59. Pág. 96.

15. Citado en Flory, Korany, Mantran, Camau y Agate: *Les régimes politiques arabes*. PUF. París, 1990. Pág.17.

16. López García, Bernabé: "Estrategia y política del mundo árabo-islámico en el contexto internacional. Elementos para una interpretación de los sucesos del Golfo", en *Ayeres. Cuadernos de Historia*, Año II, n° 4. Págs. 18-19.

17. Khader, Bichara: *El Mundo Árabe ante el año 2000. Estudios de Sociología y Economía*. Editorial CantArabia. Madrid, 1988.

18. Los datos referidos a la población, Producto Interior Bruto y Renta Per Cápita han sido obtenidos de *El Estado del Mundo 1991. Anuario económico y geopolítico mundial*. Ediciones Akal. Madrid, 1990. Todos ellos están referidos al año 1989.

19. Cfr. Información Comercial Española: *Argelia, Marruecos, Túnez. Las economías de los países del norte de África. Sus relaciones con España*. Publicación de la Secretaría de estado de Comercio. N° 2.283. Del 10 al 16 de junio de 1991.

20. Baudrillard, Jean: *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Edit. Anagrama. Barcelona, 1991.

21. Faure, Michel: "Convoitises au pays de l'or noir", en *L'Express*, n° 2.065, de 7 de febrero de 1991. Especial "Le Monde arabe et l'Occident". Pág. 35.

22. Cfr. *Revue Povoirs* n° 12, 1983. Dedicado monográficamente a este tema.

23. Camau, M.: "Le Maghreb", en Flory, M. y otros: *Les régimes politiques arabes*. Op. cit. Pág. 434 y ss.

24. Camau, M.: "Le Maghreb", en... Op. cit. Pág. 446.

Sobre la política exterior de España

Ramón Cotarelo

I. LOS ANTECEDENTES

Hay un acuerdo generalizado en situar la fecha de la desaparición de España del escenario internacional en el Tratado de Viena de 1815. El fin de las guerras napoleónicas y la recomposición de Europa dejan cinco potencias en el continente: Inglaterra, Francia, Austria, Prusia y Rusia. Cinco potencias que llegan a un acuerdo respecto al orden europeo en lo venidero, a través de la llamada Santa Alianza, fundamentada en el binomio trono-altar y en el principio de legitimidad dinástico.

A pesar de haber colaborado de modo decisivo en la derrota de Napoleón (entre otras cosas, por haber sido en suelo español donde el Emperador perdió sus primeras batallas), España no es invitada a Viena (1) y su voz no se hace oír en el concierto posterior. La vieja potencia imperial ha comenzado ya su imparable declinar, suficientemente conocido y estudiado entonces y ahora (2). Ahora se reconoce que España pertenece al área de influencia francesa, que es, en efecto, donde se mueve durante casi todo el siglo XIX y hasta bien entrado el XX. Efectivamente, cuando se trata de restaurar en el trono a Fernando VII, lo que la Santa Alianza manda a España es un ejército francés al mando del Duque de Angulema, los "Cien mil hijos de San Luis".

El declinar exterior de España se agudiza con los conflictos que llevarán a la pérdida del imperio, cosa que queda saldada luego de la batalla de Ayacucho en 1824. El reconocimiento de la independencia de los países americanos deja definitivamente a España al margen de las decisiones internacionales. Todavía

habrá sucesivos intentos de afirmar una presencia española en África, pero serán esporádicos, convulsos y de resultados más que discutibles. En realidad, la ausencia de España de los escenarios internacionales (esencialmente europeos, que son los que determinan la política internacional en el resto del mundo) se hace particularmente patente en los conflictos de los Balcanes y con los turcos. En la guerra de Crimea, por ejemplo, el sagaz Cavour había mandado un cuerpo del ejército del minúsculo Reino del Piamonte a los efectos de contar luego entre los vencedores. España, una vez más ausente, parece prepararse para lo que será luego su largo período de neutralidad y de exclusión europea.

De hecho, el episodio siguiente en la política exterior española es el constituido por la formidable derrota en la guerra hispano-norteamericana. Liquidada ésta la presencia ultramarina de España y sume al país en una agónica crisis de identidad de la cual saldrá el último movimiento intelectual centrado en la reflexión y la introspección de la esencia nacional (3). En las reflexiones de los historiadores que se forman bajo esta influencia, como Claudio Sánchez Albornoz (*España, un enigma histórico*) o Américo Castro (*La realidad histórica de España*) se percibe la preocupación por ahondar en las raíces de España como medio de comprender su destino en un intento que, como ha puesto de relieve la crítica posterior (4), constituye la base misma de la peculiaridad que estudia.

La neutralidad en la Gran Guerra del 14 no solamente es consecuencia de la indecisión del Rey y de la división en el seno de la sociedad española, sino también de la escasa influencia exterior del Reino de España, al extremo de que los bandos contendientes no mostraron tanto interés en recabar su apoyo como en garantizar su neutralidad (5). Coincidió ello con los intereses de la por entonces algo más que incipiente burguesía industrial y comercial española, que hizo pingües negocios con la neutralidad (6) y acabó por remachar la imagen de un país tan alejado del centro europeo de los acontecimientos y tan marginal que hasta cabía dudar de que perteneciera al continente hablando en sentido cultural y político, no geográfico.

Los años posteriores a la Gran Guerra, los de la Dictadura de Primo de Rivera, acusan la influencia del africanismo en España. Salvo alguna ocasional expedición, normalmente desafortunada (como la de O'Donnell en Indochina o la de Prim a México), la única proyección exterior de España desde la segunda mitad del XIX será África y, aun aquí, notablemente condicionada por el concierto de las potencias europeas, en el que los intereses españoles carecen de relevancia. La proyección africanista tiene peso en la política española en la época. De hecho, la dic-

tadura de Primo adviene precisamente a consecuencia del desastre de El Annual y la existencia de una comisión parlamentaria de investigación que, se temía, hubiera podido probar el desatino del Monarca.

La IIª República, un régimen convulso y de corta duración, no tiene tiempo de elaborar las líneas de una política exterior nueva. La República mantiene el protectorado de Marruecos (de donde llegará posteriormente la invasión) y forma parte de la Sociedad de Naciones en el crispado ambiente internacional de los años treinta. Esta falta de iniciativa alcanza su punto culminante cuando, a raíz de la Guerra Civil, España pasa de sujeto a objeto de la política internacional.

La Guerra Civil, efectivamente, se vive en Europa y el mundo entero como el campo de batalla entre el fascismo y el comunismo, entre la reacción y la revolución, si se quieren términos más ambiguos. Si bien el comunismo aparece al principio oculto tras la causa de la legalidad republicana, tarda poco en manifestarse. La debilidad material y organizativa del gobierno de la República le obliga a confiar en las organizaciones comunistas, más disciplinadas y que cuentan con la ayuda de la URSS. Por otro lado, los países democráticos no tardan en percibir esta situación y, unos con más convencimiento que otros, se pronuncian por una política de neutralidad y de no intervención en los asuntos españoles (curiosa reciprocidad al neutralismo español en Europa). El aspecto más afamado de esta contienda es el problema de la intervención en ella. Intervienen los países fascistas mediante la ayuda directa a Franco e interviene la Unión Soviética ya de modo también directo, ya a través de la IIIª Internacional y del llamado movimiento comunista internacional que envía a España las famosas Brigadas Internacionales (7). La Guerra Civil se salda con el triunfo franquista y la clara alineación de España en un primer momento con las potencias del Eje.

79

II. LA POLITICA EXTERIOR DE FRANCO

Habitualmente se divide la política exterior del régimen de Franco en cuatro etapas distintas que coinciden con las características de la política interna. A saber: 1ª) la etapa de "no beligerancia" o beligerancia vergonzante (1939-1945); 2ª) la del aislamiento internacional (1945-1953); 3ª) la de normalización (1953-1961); 4ª) la de integración internacional incompleta.

1. La etapa de "no beligerancia" o beligerancia vergonzante (1939-1948)

Alineado, como decíamos con las potencias del Eje, Franco, sin embargo consigue mantener la neutralidad cuando estallan las hostilidades en septiembre de 1939 (8). Evidentemente, un país que acaba de pasar una extenuante Guerra Civil de tres años, con una fabulosa destrucción de bienes y haciendas, no está para más aventuras militares (9). Ello no impedirá, sin embargo, al primer Franco, al caudillo victorioso en la guerra, prodigar afirmaciones retóricas sobre la disponibilidad de España para ayudar a la causa del fascismo, con las que suplía la falta de colaboración material (10). No obstante, el dictador encontró una forma de participación en la guerra que, en sus cálculos sólo podrá reportarle beneficios pues mientras que no le enemistaba con las democracias, le situaba del lado del Eje. Para ello envió un contingente militar, la División Azul, compuesta de voluntarios (11), equipado y pertrechado por los alemanes, a combatir en la Unión Soviética en contra del comunismo.

Esta situación de "no beligerancia" o beligerancia vergonzante fue atenuándose progresivamente, hasta convertirse en "neutralidad" a medida que se comprendía que el Eje acabaría perdiendo la guerra, cosa que Franco percibió, probablemente, cuando los EEUU entraron en ella (12). Para entonces ya había decidido el Régimen franquista jugar en su valor la carta del anticomunismo, confiando en que éste le sea de utilidad durante la guerra fría que forzosamente había de avecinarse (13). Contaba asimismo con las reticencias de Churchill a intervenir, luego de que el régimen hubiera hecho oídos sordos en repetidas ocasiones a las ofertas alemanas de permitir la conquista de Gibraltar o, incluso, ayudar en ella.

Durante esta etapa de beligerancia vergonzante, la política exterior española, al mando de uno de los personajes más interesantes del régimen de la época, Ramón Serrano Súñer, se orienta casi exclusivamente a las relaciones con los países del Eje, especialmente Alemania e Italia (14), si bien la condición de neutralidad de España permite al país mantener discretos contactos con las potencias aliadas, interesadas éstas, a su vez, en que España no sirva como base de abastecimiento a los alemanes (15).

2. El aislamiento internacional (1945-1953)

El régimen de Franco alcanzó notoriedad merced a la resolución condenatoria de las Naciones Unidas de 12 de diciembre de 1946, fecha en que este organismo declara solemnemente que "por su origen, naturaleza, estructura y com-

portamiento general, el régimen de Franco es un régimen fascista, organizado e implantado en gran parte merced a la ayuda de la Alemania nazi y de la Italia fascista de Mussolini" (16). Es el momento en que prácticamente todos los países occidentales deciden romper las relaciones diplomáticas con España. Entre 1947 y 1951, fecha en que la ONU decide levantar su interdicto, por lo tanto, España se ve sometida a un bloqueo casi total. Pocas embajadas se mantienen abiertas; entre ellas la de Argentina (17).

En estos años de aislamiento, España no puede, por tanto, beneficiarse de las ventajas del Plan Marshall, que empieza a aplicarse a la reconstrucción de los países de Europa Occidental (18). Y, mientras éstos echan las bases de su prosperidad posterior en los años 60, el país, sometido a unas condiciones de penuria material extraordinaria, de racionamiento total, se ve obligado a tolerar un discurso imperial y autárquico, fuera de sentido común (19).

Como es de suponer, en plena época de aislamiento, el régimen de Franco carecía de una política exterior con nombre de tal. La actividad internacional se reducía a intensificar las relaciones con las "repúblicas hermanas" que habían condenado la declaración de la ONU (Argentina, Costa Rica, República Dominicana, Ecuador, El Salvador y Perú) (20) y a utilizar el contencioso de Gibraltar como un mecanismo de movilización reivindicativa y de legitimación del régimen (21). Una reivindicación que Franco seguía buscando, sobre todo a partir de 1947, con el comienzo de la guerra fría, en su ejecutoria de guerrero anticomunista. Así se lo comentaba Carrero Blanco en un informe secreto que hizo llegar a Franco relatándole su entrevista con D. Juan de Borbón los días 31 de marzo y 2 de abril de 1947. Decía el Almirante al Príncipe: "Pues por propio instinto de conservación los países anglosajones y todos los que quieran librarse del vasallaje de Moscú tendrán que cerrar esas fisuras y acabarán adoptando más o menos vergonzantemente un sistema como el nuestro" (22). No le faltaba razón al Almirante y, si bien los anglosajones no iban a copiar aquel sistema "nacionalsindicalista", sí acabarían restableciendo relaciones.

81

3. La normalización (1953-1961)

Dos acontecimientos —que venían preparándose desde hacía algún tiempo— dan un giro a la situación en 1953: la firma del Tratado de Amistad y Cooperación con los EEUU y la del Concordato con la Santa Sede. Ambos hechos suponen el comienzo del fin del aislamiento español (23). El Concordato con la Santa Sede es sobre todo obra de los sectores católicos afines al régimen que se sien-

ten incómodos con las tirantes relaciones entre Roma y el Estado español (24). En cuanto al tratado con los EEUU es, sobre todo, obra de ellos, convencidos ahora de que el valor estratégico de España en cualquier sistema defensivo de Occidente ha aumentado (25). Este tratado constituye un conjunto de estipulaciones públicas más algunos pactos secretos que son gravosos para la soberanía española (26). Pero, en todo caso, también debe considerarse el significado que tuvo para los EEUU romper el bloqueo internacional y firmar un tratado con el apestado mundial de la época, tras haber comprobado que no lo harían sus demás aliados de la OTAN.

De esta forma, España, sin estar en la OTAN, contribuía al esfuerzo defensivo occidental por medio de una relación bilateral con los EEUU. De esta relación bilateral surgirán dos posiciones típicas en la vida política española: una genéricamente considerable de izquierda, que rechaza los pactos por considerarlos lesivos para la soberanía española y otra, aproximadamente de derecha, que se felicita del Tratado y hace hincapié en la modernización de las fuerzas armadas y en el hecho de que las bases que se establezcan al amparo del Tratado sean de utilización conjunta.

En todo caso, la punta de lanza empleada por los EEUU y el Vaticano, abre el camino a la normalización posterior de las relaciones internacionales de España. Poco a poco van retornando las embajadas y España, pese a la resolución condenatoria de 1946, ingresa en la ONU en 1955, al tiempo que las repúblicas populares y en intercambio con ellas.

Poco después, la normalización de relaciones exteriores, supone también que España puede acudir a los organismos financieros internacionales en demanda de ayuda. De este modo, se pone en marcha la política de estabilización, una especie de transición de la economía autárquica, intervencionista y dirigista a la de libre mercado, siguiendo las pautas que marca el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (27). Gracias a este plan y la inversión sobre todo privada que atrajo, España conoció, aunque con retraso, la prosperidad que los restantes países europeos habían iniciado por esas fechas (28). Ello permitió asimismo que el país tratara de integrarse ya por entero en el contexto internacional, como habría de suceder de inmediato.

4. La integración internacional incompleta (1963-1975)

Iniciamos esta etapa en el momento en que el entonces Ministro de Asuntos Exteriores, D. Fernando María Castiella solicita formalmente la adhesión española a la Comunidad Económica Europea, en 1962. Por aquel entonces, la reacción de los países europeos a la solicitud de integración española habría de ser

negativa, como cabía suponer, en función de motivaciones democráticas. Ello no impide que las cancillerías de los países de la Comunidad no traten de paliar el desplante que se hace al régimen y la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa no apruebe una moción en la que se recomendaba al Comité de Ministros que buscara la forma por la que los países miembros de la CEE lleguen a fórmula de acuerdo económico entre la CEE y España, "antes de que pueda tomarse en consideración cualquier fórmula de asociación política" (29). La cautela no está de más. Todavía en septiembre de 1975, cuando ya se ha iniciado la transición democrática en Portugal y Grecia, la dictadura de Franco ejecuta a cinco personas.

En todo caso, la progresiva integración internacional del franquismo permitió a éste elaborar una política exterior propia por primera vez desde su comienzo. El régimen instrumentó con loable rapidez las líneas maestras de dicha actividad internacional que pronto apareció configurada en seis frentes, prácticamente los mismos que luego ha heredado la democracia. Es evidente, por lo tanto, que no hay más diferencia entre la política exterior de la dictadura y la de la monarquía parlamentaria que la que se deriva del hecho de que la primera no era considerada un gobierno legítimo por sus interlocutores, mientras que la segunda, sí. Los dichos frentes de la política internacional de España desde los tiempos de Franco son: a) la Comunidad Europea y Europa por extensión; b) Hispanoamérica; c) la relación bilateral con los Estados Unidos; d) los países árabes; e) el Vaticano; y f) Gibraltar.

83

De hecho, en todos estos frentes no cabe decir que los Gobiernos de Franco cosecharan triunfos. Antes al contrario. Sin embargo, su mérito —que suficiente fue, dadas las condiciones de falta de legitimidad de un régimen cuyo Jefe de Estado no se atrevió a viajar al extranjero nunca— consistió en haber planteado los problemas. Fueron estos:

a) *La Comunidad Europea.* Como ya se ha dicho, España no pudo ingresar en ella, dada su condición de paria de la comunidad internacional. Oficialmente se esgrimieron razones políticas, cual es el carácter no democrático del régimen, pero también había razones de carácter económico, especialmente esgrimidas por Francia, que se harían patentes cuando, restablecida la democracia en España, el país tardó otros 10 años en ingresar en la CE. Ello no quiere decir que España no articule un eje fundamental de su política exterior en la referencia a la Comunidad Europea. Sin embargo, cuando se pide formalmente el ingreso de España en la CEE, el Movimiento Europeo, reunido en Múnich afirma que, si no hay inconveniente en solicitar un estatuto especial para España, el ingreso pleno está fuera de

cuestión en tanto no haya una homologación política (30). Hasta 1964 no se creará la Comisión que ha de estudiar la solicitud española y recomendar un régimen especial para España.

Durante los años sesenta, asimismo, la integración europea de España se percibe también en otros dos fenómenos, que dejarán una huella importante en el desarrollo del país: la migración en masa de mano de obra al continente y, a la inversa, la expansión de la industria turística en la Península. Ambos factores son concomitantes con los más técnicos de la liberalización de los mercados a raíz del Plan de Estabilización, y suponen una vinculación clara de España con el resto de Europa.

b) *Hispanoamérica*. El régimen de Franco tuvo siempre intensas relaciones con el continente hispanoamericano, envueltas en gran medida en la retórica imperial que, si las hacía inservibles en el aspecto práctico, sin duda las convertía en valiosos instrumentos de propaganda exterior e interior. La dictadura mantuvo relaciones cordiales con las diversas dictaduras que fueron sucediéndose en el continente en los años sesenta y la mejor prueba de que nunca condicionó estas relaciones a la coincidencia en los sistemas políticos o económicos es que no rompió relaciones diplomáticas con Cuba luego de la revolución castrista (31). No tanta fortuna tuvo en el caso de las relaciones con México, país con el que estuvieron interrumpidas hasta su restablecimiento en diciembre de 1975.

c) *La relación bilateral con los EEUU*. El tratado de 1953, que estuvo negociándose desde 1951, imponía a España la obligación de admitir el estacionamiento en su territorio de armas, navíos y aeronaves del ejército de los Estados Unidos. A cambio de ello y también del ya mencionado uso conjunto de las bases, que siempre resultó más ficticio que real, los Estados Unidos contribuían a la modernización de las fuerzas armadas españolas mediante la entrega de material bélico (habitualmente usado) y aportaban otras contraprestaciones, por lo general en especie, como las becas Fulbright para estudios en las universidades estadounidenses, otorgadas por el Comité Conjunto Hispano-norteamericano. Pero, en realidad, la importancia de estas relaciones bilaterales con los EEUU residió en el hecho de que, con ellas, España comenzó a pensar en serio en una normalización de sus relaciones exteriores en el mundo occidental, al tiempo que elaboraba un discurso autojustificativo de toda su trayectoria (32).

d) *Los países árabes*. También en este ámbito cultivó el franquismo unas relaciones fundamentalmente retóricas que solían justificarse por razones vagamente históricas y, en realidad, se amparaban sobre todo en la inexistencia de

relaciones diplomáticas con Israel. En un aspecto sí tuvo el régimen de Franco alguna mayor preocupación en el mundo árabe y fue en las relaciones con Marruecos, a causa, sobre todo, del pasado de conflictividad mutua. No obstante, debe recordarse que también Marruecos tuvo exquisito tacto en sus relaciones con España mientras vivió Franco. Probablemente los marroquíes recordaban su condición de militar africanista que había hecho parte de su carrera en Marruecos y, aunque presionaron mucho a comienzos de los años 70, no llevaron los asuntos más allá del terreno diplomático (33). De hecho, Hassan II sólo envió la "Marcha Verde" para apoderarse del Sahara cuando estuvo seguro de que, merced a la enfermedad de Franco, la capacidad de respuesta de su régimen era prácticamente nula.

e) *El Vaticano*. Las relaciones con la Santa Sede fueron siempre un asunto de primer orden durante la dictadura de Franco. En primer lugar porque los católicos hicieron una aportación decisiva a la causa de la Guerra Civil, tanto en los aspectos más directamente combativos como en los indirectos de la legitimación ideológica. En segundo, porque los seguidores de una especie de catolicismo político (pues casi todos los ministros de Franco fueron católicos), tanto en la rama de ACNP como en la del Opus Dei, fueron un puntal importante del régimen franquista (34). Estas relaciones vaticanas eran también tanto más necesarias para la dictadura cuanto que el Sumo Pontífice podía cambiar su punto de vista respecto a sus aliados en la tierra y ser sensible, como lo fueron Juan XXIII y Paulo VI, a las formas democráticas de organización política (35). Por lo demás, como ya se ha dicho, el Concordato con la Santa Sede, de 1953, tuvo una importancia para España paralela a la del Tratado bilateral con los EEUU.

85

f) *Gibraltar*. El Peñón ocupó siempre un aspecto destacado en la conciencia del régimen de Franco. Fue un punto decisivo de su política exterior y un mecanismo permanentemente funcional para la movilización política del pueblo. Fueron muchas las movilizaciones instigadas desde el gobierno sobretexto de la reivindicación del Peñón, pero lo cierto es que la Dictadura no consiguió nunca avance sustantivo alguno en este campo, salvo la vagorosa decisión del "Comité de los venticuatro" de la ONU en 1964 y la resolución de la Asamblea General de ésta por las que se insta a ambas partes, España y Gran Bretaña, a que inicien conversaciones sobre el futuro de la colonia (36). Tras la edición del *Libro Rojo* sobre la materia, en tiempos de José María Castiella y en contestación al *Libro Blanco* británico, por el que se cerraba la puerta a toda negociación de conformidad con la decisión del "Comité de los venticuatro" y la resolución de la Asamblea General (37), el

único cambio que advino fue un incremento de la tensión entre España y la colonia, que obligó a cerrar la frontera entre ambas en mayo de 1968.

III. LA POLITICA EXTERIOR DE LA TRANSICION Y LA UCD

86 Como era de suponer, el restablecimiento de la democracia en España, abriría nuevas perspectivas al país en el contexto de las relaciones internacionales normalizadas. No obstante, en los primeros tiempos de la transición (hasta la aprobación del texto constitucional) e inmediatamente después (durante la segunda legislatura de la UCD) el país se vio tan absorbido en sus problemas internos que apenas pudo dedicar atención sostenida a la elaboración de una política exterior propia. De los seis frentes heredados del franquismo, los gobiernos de UCD intensificaron sus afanes en las relaciones con Europa sin conseguir por ello resultados dignos de mención. Sin duda, España ingresó por fin en el Consejo de Europa en noviembre de 1977 lo que, en definitiva es el comienzo de la larga marcha hacia la normalización de las relaciones exteriores del país. Algunos meses antes, en julio de 1977, uno después de las primeras elecciones democráticas del postfranquismo, el Gobierno de UCD había presentado la solicitud de ingreso en la Comunidad Económica Europea, sólo para escuchar que ésta admitiría a España cuando aquí se diera un régimen plenamente democrático. A esta finalidad, precisamente, se había presentado la solicitud de ingreso de España en el Consejo de Europa y, también, aunque en segunda línea, habíanse restablecido las relaciones diplomáticas, también en 1977, con todos los países socialistas.

No hubo un empuje especial en Hispanoamérica, fuera del ya citado restablecimiento de relaciones diplomáticas con México en diciembre de 1975. En todo caso, si algo parece haber hecho la UCD en tiempos de Adolfo Suárez tanto respecto a América Latina como al Tercer Mundo en general, parece haber sido un intento de elaborar una política de no alineamiento que, en su día recibió muy acerbias críticas por la confusión que introducía en las opciones internacionales de España (38).

Las relaciones bilaterales con los Estados Unidos, asiduamente cultivadas por los gobernantes, dieron un giro inesperado y espectacular cuando el último gobierno de la UCD, bajo la presidencia de Leopoldo Calvo Sotelo, probablemente a causa de la inminente victoria socialista en las próximas elecciones legislativas, decidió el ingreso de España en la OTAN. Si bien la medida fue muy ácidamente criticada en su día por el PSOE, completaba el marco en el que había de articularse

la política internacional de España, integraba a ésta en el complejo defensivo internacional como miembro de pleno derecho y disipaba las dudas que hubieran podido surgir con motivo de las veleidades tercermundistas del ex-presidente Suárez.

En un ámbito de los tradicionales en la política exterior española provocó la acción de la UCD un cambio considerable en las circunstancias, concretamente en el de las relaciones con el Vaticano. Un asunto nada fácil por cuanto el Gobierno centrista que pilotó la transición en España se vio obligado a aplicar medidas y decisiones liberalizadoras y abiertas que la Iglesia católica consideraba con gran suspicacia. Por ejemplo, la ley de divorcio. En ese mismo espíritu, se imponía la necesidad de renovar o renegociar el Concordato con la Santa Sede. Da idea del cambio de los tiempos el hecho de que aquel Concordato no fuera sustituido por otro, sino por una serie de acuerdos en diversas materias, económicas, educativas, sociales, jurídicas, culturales, en 1979. Estos acuerdos eran, en realidad, el último paso en el ya largo proceso de la separación de la Iglesia y el Estado, puesto que preveía que la Iglesia habría de financiarse mediante sus propios recursos, como todos los demás.

IV. LA POLÍTICA EXTERIOR DEL SOCIALISMO

87

La aplastante victoria electoral socialista del 29 de octubre de 1982, abrió en realidad la etapa de la consolidación de la democracia en España. Sobre todo por venir, como vino, luego de una temporada de inestabilidad política de los gobiernos centristas y, lo que es más grave, también de una intentona militar frustrada. Desde el punto de vista de la legitimidad gubernativa parecía claro que los diez millones de votos que obtuvo el PSOE en aquella ocasión venían a corroborar claramente la voluntad del pueblo español de respaldar el propósito socialista de conseguir un "cambio" en la vida nacional y consolidar la democracia.

Curiosamente y a pesar del claro mandato popular en un sentido de renovación, la política exterior del PSOE ha mostrado notable continuidad con la de la dictadura y, cuando se ha separado en algo de la UCD, ha sido para acercarse más a aquélla (39). Ello prueba, a nuestro parecer cómo la política exterior, rectamente entendida, es más un asunto de Estado que de partido. Sin duda, en los primeros momentos del Gobierno socialista hubo un notable cambio de ritmo, de forma que la política internacional entró en la habitual marcha trepidante en que suele encontrarse en las democracias, siendo así que tal no había sido el caso durante las legislaturas de la UCD. Ahora bien, esta mayor celeridad de la política

exterior socialista tanto puede atribuirse a la poderosa personalidad del primer Ministro de Asuntos Exteriores del PSOE, Fernando Morán (40) como a la misma aceleración de los acontecimientos.

Consideremos ahora la política internacional del PSOE dentro de la distribución que ya va siendo tradicional en España.

a) *Europa y la CE.* Es en este campo donde la política exterior del Gobierno socialista ha obtenido su más resonante victoria y una de consecuencias de todo tipo para la evolución posterior de España, desde el momento en que es la que de verdad rompe la tradición de extrañamiento y neutralidad española en el continente. España es miembro de pleno derecho de la CE desde el uno de enero de 1986. Las negociaciones fueron arduas y difíciles y en ellas pudo verse que, tras las razones políticas habitualmente esgrimidas por los otros países y a las que ya hemos hecho alusión (necesidad de que España se homologue en los términos democráticos), existían también razones de índole económica mucho más difíciles de vencer, en concreto, la oposición de los agricultores franceses a la entrada en la CE de un España muy competitiva en los mercados de los productos agropecuarios (41).

El ingreso de España en la CE ha constituido un reforzamiento de las posiciones de los sectores más federalistas en el seno de la Comunidad. Dos factores políticos hay en nuestro país que apuntan en el mismo sentido del aumento de la unidad política de Europa. De un lado, los europeístas de siempre, entendiendo por tales a los federalistas. De otro, las fuerzas políticas nacionalistas, sobre todo la vasca y la catalana, interesadas en fomentar una "Europa de las regiones" que quepa distinguir de la "Europa de los Estados", a fin de disolver éstos y alcanzar más cómodamente sus fines (42).

Al ingresar en la CE, España ha conseguido, en efecto, eliminar los malos efectos de una actitud equivocada en el pasado. Ello no quiere decir, sin embargo, que todo haya de resultar sencillo en el nuevo escenario europeo para los intereses españoles. Por ejemplo, en los tiempos de la primera legislatura socialista, sin duda por el entusiasmo de la victoria y por el hecho de compartir condición gubernativa con los socialistas franceses, los españoles entendieron que la salvaguardia de sus intereses residía en fortalecer las relaciones con sus correligionarios del norte, los cuales, a su vez, tenían la llave para resolver dos asuntos pendientes en la política española (43). El tiempo, sin embargo, se ha encargado de demostrar que, pese a todo, aún se mantiene una considerable rivalidad entre españoles y franceses. Efectivamente Francia sigue poniendo inconvenientes a una colaboración más estrecha de las policías de ambos países para acabar con la ETA, cuestión

de la máxima importancia para la democracia española; igual que fue Francia la que con mayor denuedo se opuso al ingreso de España en la CE, mientras que Alemania lo alentó en lo que pudo. Finalmente, tendrá más razón Laureano López Rodó, también Ministro de Asuntos de Exteriores en tiempos de Franco (pero participante en un asunto internacional que en nada desmerece de la CE, como es la Conferencia de Seguridad y Cooperación, en 1973), cuando señala en uno de sus libros que Alemania será siempre la gran amiga de España (44). Por supuesto, estas relaciones internacionales están todas condicionadas a los intereses de unos y otros. En el caso de las de España y Alemania, es evidente que dependen de que sigan siendo beneficiosas, cosa que puede estar clara para los alemanes, pero quizá no sea así para los españoles.

b) *Hispanoamérica*. Las relaciones con Hispanoamérica han experimentado un notable impulso, al amparo, ante todo, de la celebración del Vº Centenario en 1992 y, lo que es más importante, del hecho de que España, ya en la CE, ofrezca sus servicios de intermediación entre el continente latinoamericano y la Comunidad Europea. El restablecimiento de la democracia en España también ha aumentado mucho el prestigio de que goza el país entre las llamadas "naciones hermanas" hasta el punto de que a veces se han despertado suspicacias en los Estados Unidos (45). De hecho, por primera vez en muchos años contamos hoy con una posibilidad extraordinariamente verosímil de hacer realidad una vieja aspiración que ha encontrado reflejo en el vigente texto constitucional, en el que se encomienda a la Corona española la tarea de asumir "la más alta representación del Estado en las relaciones internacionales, especialmente con las naciones de su comunidad histórica" (46), algo que, así de flexiblemente formulado, puede ocupar un lugar intermedio cualquiera entre la nada actual y algo parecido a la *Commonwealth* británica.

c) *Relación bilateral con los EEUU*. También en este aspecto se han producido cambios importantes. De hecho, prácticamente ha dejado de tener sentido hablar de "relación bilateral" con los EEUU, pues ésta se ha canalizado a través del mantenimiento de España en la OTAN y la práctica liquidación de las bases norteamericanas en nuestro país, ya porque los españoles pusiéramos condiciones cada vez más restrictivas, ya porque, en las actuales condiciones internacionales, los EEUU no estén ya interesados en su mantenimiento.

La permanencia de España en la OTAN mediante un referéndum que se celebró en marzo de 1986 fue a todos los efectos un cambio radical de rumbo y de tendencia en el socialismo español y también una alteración considerable del mapa político español. Efectivamente, a raíz del ingreso decidido por el último gobierno

de la UCD, el PSOE se opuso, bien es verdad que de un modo ambiguo que hacía presagiar su extraordinaria *volte face* cuatro años después con su lema de "OTAN de entrada no", cuyo significado, a la vista de los acontecimientos posteriores, no hay quien entienda, suscitando desconcierto y desorientación en la opinión pública (47). A su vez, la oposición conservadora, atrapada en una incómoda contradicción, optó por propugnar un criterio absurdo en el referéndum (la abstención), sin posible encaje en la lógica de la derecha española (48), mientras que la izquierda mantuvo su oposición cerrada y movilizó cuantas fuerzas políticas y sociales tuvo a su alcance, sólo para cosechar un fracaso más. En esa derrota del amplio frente de izquierdas en contra de la OTAN se encuentra también la explicación de la dificultad de articular una opción izquierdista viable alternativa al PSOE (49).

d) *Los países árabes.* De nuevo un terreno en el que se ha dado un verdadero terremoto. El gobierno socialista ha hecho lo que ni el régimen de Franco ni los gobiernos de la UCD, por establecer relaciones diplomáticas con el Estado de Israel. En contra de lo que algunos temían, estas relaciones diplomáticas no han afectado en nada a la consideración en que los países árabes tienen a España. Al contrario, la coincidencia generalizada de musulmanes e israelíes en aceptar la capital de España como sede de la primera ronda de la Conferencia de Paz sobre el Oriente Próximo muestra bien a las claras que para los dos bandos enfrentados España es una potencia amiga y neutral (50).

En cuanto a las especiales relaciones de España con Marruecos, que forma país aparte en el conjunto del "mundo árabe", es evidente que se han visto muy afectadas también por los cambios en los escenarios internacionales. Después de la invasión del Sáhara mediante la "Marcha Verde", España ha continuado manteniendo en los foros internacionales el derecho del pueblo saharaui a la determinación y ha apoyado la celebración del referéndum de autodeterminación bajo patrocinio del la ONU en su antigua colonia, por lo demás, el ingreso de España en la CE ha eliminado uno de los principales obstáculos en el entendimiento entre los dos reinos, en concreto, la tendencia del de Marruecos de someter al de España a una especie de extorsión perpetua en materia de derechos de pesca. Desde la entrada de España en la CE, es ésta la que negocia los cupos de pesca con los países interesados.

e) *El Vaticano.* Así como en otros ámbitos tradicionales de la política exterior española ha habido alteraciones de importancia en los últimos años, las relaciones con la Santa Sede a lo largo de las legislativas socialistas no han sufrido variaciones sustanciales. Probablemente debe atribuirse a la habilidad de la diplo-

macia española el que los habituales contenciosos entre la Iglesia y el Estado en España (aborto, financiación eclesiástica, régimen educativo, etc.) no hayan obstaculizado las relaciones entre ambos. Las visitas del Papa a España han contribuido a mantener un clima de comprensión y colaboración. El Vaticano ha actuado hasta la fecha con respeto al principio de no injerencia, a pesar de alguna invitación en sentido contrario hecha por la jerarquía catalana, que ha solicitado una conferencia episcopal propia. La única fricción parece haberse producido a raíz de la destitución del embajador español ante la Santa Sede, Gonzalo Puente Ojea (51).

f) *Gibraltar*. También en lo relativo al viejo contencioso entre España e Inglaterra a causa del Peñón actuaron los socialistas con rapidez y contundencia, si bien no les acompañó aquí el mismo éxito que en otros terrenos. Casi inmediatamente a la constitución del primer Gobierno del PSOE, el Ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Morán, mandaba abrir la verja (52). No obstante, los interlocutores en Inglaterra habían cambiado y la Sra. Thatcher había de mostrar una inflexibilidad en su actitud, fundamentada en la primacía del derecho de autodeterminación de los gibraltareños que había de resultar imposible de vencer para la parte española. España mantiene viva su reivindicación y está dispuesta a llevarla al seno de la misma Comunidad Europea. Sin embargo, hasta la fecha, no parece haber hecho avances dignos de mención en la solución de tan difícil asunto.

N O T A S

1. "... una actitud semejante hubiera sido inconcebible en 1759, al acceder al trono Carlos III". Raymod Carr, *España 1808-1939*, Ariel, Barcelona, 1978, pág. 51.

2. Así dice Napoleón III que se expresaba su tío al hablar a los españoles: "¡Españoles! Después de una larga agonía, vuestra nación se encuentra en trance de disolución". Luis Napoleón Bonaparte, *Ideas napoleónicas*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1947, pág. 125. Y un historiador contemporáneo: "El diagnóstico muestra que el decaer de España pasó por tres fases: en primer lugar, el debilitamiento económico y financiero, que comenzó muy pronto y contribuyó a acelerar el proceso de la caída; en segundo lugar, la disminución, curiosamente retardada, de su potencia militar; y finalmente, la mengua de los sentimientos patrióticos y religiosos, mengua que, cual túnica de Neso, acabó con las fuerzas del coloso". R. Trevor Davies, *La decadencia española, 1621-1700*, Labor, Barcelona, 1969, pág. 9.

3. "El tema de la decadencia provocó toda una literatura que alcanzará su culminación también en los años finales del siglo XIX y primeras dos décadas del XX con la denominada "generación del 98", José Luis Abellán y Luis Martínez Gómez, *El pensamiento español de Séneca a Zubiri*, UNED, Madrid, 1977, pág. 361.

4. Alberto Prieto Arciniega, "Problemas sobre la romanización de la Península Ibérica", en VV.AA, *Estudios sobre historia de España*, Vol. I, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Madrid, 1981, pág. 69.

5. Los aliados, por no querer que España pudiera reclamar Fez o Gibraltar, los alemanes porque pensaban que el país estaba muy aislado. Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth*, Cambridge University Press, Cambridge, 1969, pág. 57.

6. Se discute si el boom de la guerra fue generalizado o unos sectores como los mencionados se beneficiaron más que otros (campesinos, sobre todo), pero es claro que, para aquéllos, fue un período de bonanza. V. Sal-

vador de Madariaga, *Spain*, Jonathan Cape, Londres, 1946, págs. 240-241. También, Gerald H. Meaker, *La izquierda revolucionaria en España 1914-1923*, Ariel, Barcelona, 1978, págs. 54-55.

7. Estas Brigadas Internacionales fueron muy celebradas en el campo antifascista durante la Guerra Civil. Algunos historiadores han puesto de manifiesto que se trató de uno de los habituales recursos de los comunistas en estos casos: siendo pocos dentro de España, se valieron de la ayuda exterior, invocando la solidaridad (Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage*, Hollis and Carter, Londres, 1961, pág. 100. Stanley Payne, *The Spanish Revolution*, Weidenfeld and Nicholson, Londres, 1970, pág. 264.

8. En el lado franquista ha sido costumbre valorar esta neutralidad como un signo de la entereza, sagacidad y sentido diplomático de Franco que tendría así fama de "hombre perspicaz, prudente, hábil y tesorero al mismo tiempo, reservado en sus propósitos y diestro en zafarse de todo compromiso contrario a su rígida voluntad y a su particular interés en el servicio de España". Agustín del Río Cisneros, *Viraje político español durante la II Guerra Mundial 1942-1945 y réplica al cerco internacional*, Ediciones del Movimiento, Madrid, 1965, pág. 112. En todo caso sí parece cierto que, si de la entrevista de Hendaya salió aquel famoso protocolo secreto de que no hablaba Ramón Serrano Súñer en *Entre Hendaya y Gibraltar*, por el que España se comprometía vagamente a entrar en la guerra del lado del Eje, también parece serlo que eran tales las condiciones ejecutivas, que jamás se pondría en práctica, v. Ramón Serrano Súñer, *Entré el silencio y la propaganda, la historia como fue*, Planeta, Barcelona, 1977, pág. 184 y sigs.

9. Así se lo hace saber Franco a Hitler en la carta que le envía antes de su encuentro en Hendaya, con fecha 3 de junio de 1940. "Conocemos la existencia de la carta y lo esencial sobre su contenido gracias a las alusiones de otros documentos alemanes y españoles simultáneos; pero el original no se ha encontrado ni Franco ha publicado la copia". Ricardo de la Cierva, *Historia del franquis-*

mo. *Orígenes y configuración (1939-1945)*, Planeta, Barcelona, 1975, pág. 172.

10. "... si el camino de Berlín fuese abierto, no sería una división de voluntarios españoles la que allí fuese, sino que sería un millón de españoles los que se ofrecerían" (Sevilla, 14, II, 1942). Cit. por Daniel Sueiro y B. Díaz Nosty, *Historia del franquismo (I)*, Sarpe, Madrid, 1986, pág. 173.

11. Los falangistas cubrieron con creces el cupo de voluntariado, de forma que fue necesaria una disposición de la autoridad castrense por la que se requería que el 50 por cien de los divisionarios fueran militares. Daniel Sueiro y B. Díaz Nosty, *ob. cit.*, pág. 174.

12. El 1º de mayo de 1943, Franco dice al nuevo embajador alemán, Dickhoff, que ya no cree "en la posibilidad de una derrota completa de los soviets", v. Max Gallo, *Histoire de l'Espagne franquiste*, Marabout, París, 1969, 1ª. vol., pág. 147. Con anterioridad, según confiesa Serrano Súñer, todo el gobierno español, a excepción del General Aranda, esta convencido de la victoria del Eje, v. Serrano Súñer, *ob. cit.*, pág. 283.

13. Max Gallo, *ob. cit.*, pág. 146.

14. Véanse sus memorias, que tienen muy interesantes aclaraciones respecto a la función que le correspondió desempeñar en la época y en las que aclara con documentación pertinente no haber sido el intervencionista por que siempre se le ha tenido. Ramón Serrano Súñer, *ob. cit.*, págs. 348-350.

15. V. Max Gallo, *ob. cit.*, págs. 150 y sigs.

16. El texto completo de la resolución condenatoria aparece como Anexo 16 en Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía*, Noguer, Barcelona, 1977, págs. 528-529.

17. "No es una frase literaria la afirmación de que Perón salvó a Franco". Ramón Tamames, *La República. La era de Franco*, Historia de España Alfaguara, VII, Alianza, Madrid, 1981, pág. 518.

18. *Ibid.*, pág. 424.

19. Decía Carrero Blanco el 2 de noviembre de 1948, "No queremos ONU, ni Plan Marshall, ni Bloque Atlántico, ni ninguna de esas monsergas. Subemos nuestros deberes de

cristianos y de europeos, y sobre todo sabemos lo que a España le conviene, y eso nos basta. ¿Está claro?" Cit. por Daniel Sueiro y B. Díaz Nosty, *ob. cit.*, vol. II, pág. 67.

20. Por estos años de retórica imperial se crea el famoso Instituto de Cultura Hispánica, que había de fomentar las relaciones con los países latinoamericanos y del que hasta 1973 fueron directores Joaquín Ruiz Giménez, Alfredo Sánchez Bella, Blas Piñar y Gregoria Marañón Moya.

21. V. Daniel Sueiro y B. Díaz Nosty, *ob. cit.*, págs. 135-138.

22. Vid. Laureano López Rodó, *ob. cit.*, pág. 87.

23. "La definitiva consolidación exterior del Régimen, y la llave para acceder al ámbito de los organismos internacionales" los llama Ramón Tamames, *ob. cit.*, pág. 471.

24. "Al aceptar negociari y concluir el Concordato de 1953 (...) la Santa Sede toma, según todas las apariencias, la decisión de conceder la prioridad a su estrategia anticomunista global y de pasar por alto los aspectos más incómodos de la ideología político-religiosa del régimen franquista, así como las fricciones que subsisten entre el Estado y el episcopado españoles". Guy Hermet, *Los católicos en la España franquista. II Crónica de una dictadura*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1986, pág. 234.

25. Cf. Arthur P. Whitaker, *Spain and the Defense of the West. Ally and Liability*, Harper and Brothers, Nueva York, 1961.

26. Sobre los pactos secretos con los EEUU v. Angel Viñas, *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos*, Grijalbo, Barcelona, 1981.

27. Recientemente se han publicado dos libros que son esenciales para comprender estos momentos del desarrollo económico español, Laureano López Rodó, *Memorias*, Planeta/Cambio 16, Barcelona, 1990 y Mariano Navarro Rubio, *Mis memorias*, Planeta/Barcelona, 1991.

28. Laureano López Rodó insiste repetidas veces en este aspecto del desarrollo económico de la época y en que, en aquellos años de 1956 a 1959, se echan las bases de lo que podríamos llamar un Estado de derecho en

sentido administrativo. La historiografía izquierdista española ha querido siempre ignorar estos aspectos y se ha concentrado en los acontecimientos de 1956, como si fueran más significativos y reveladores que la promulgación de la Ley de Régimen Jurídico de la Administración del Estado o la de Procedimiento Administrativo. Evidentemente, López Rodó tiene razón parcialmente. Lo que él y sus correligionarios del Opus Dei ponen en marcha es un "Estado administrativo" en el sentido schmittiano, cuyos elementos fundamentales están hoy en vigor, por no encontrarse afectados por la cláusula derogatoria de la Constitución. Trátase, en último término también, de una transición autoritaria a la democracia, si tal cosa puede decirse, de cuyo ejemplo pudieran obtener enseñanzas los países ex-socialistas.

29. V. Laureano López Rodó, *Memorias*, cit., pág. 316.

30. V. Ramón Tamames, *ob. cit.*, pág. 478.

31. Así lo subraya un ideólogo del régimen, Carlos Iglesias Selgas, *Un régimen social moderno*, Mensajero, Bilbao, 1971, pág. 390.

32. V. Ángel Viñas, *ob. cit.*, 278.

33. Ver el minucioso relato que hace el entonces Ministro de Asuntos Exteriores de España, Laureano López Rodó, *Testimonio de una política de Estado*, Planeta, Barcelona, 1987, págs. 140-150.

34. Para un buen estudio sobre la composición de los gobiernos de Franco y la afiliación y confesión de sus ministros, v. Amando de Miguel, *Sociología del franquismo*, Editorial Euros, Madrid, 1975 y también Joaquín Bardavío, *La estructura del poder en España*, Ibérico Europea de Ediciones, Madrid, 1969. Para el conocimiento de la acción más genérica de los católicos en la España de Franco, v. Guy Hermet, *Los católicos en la España franquista* (2 vols.) cit.

35. De hecho, como recuerda Fraga Iribarne en sus memorias, la publicación de la encíclica *Pacem in Terris*, que él considera muy progresista, fue como un aldabonazo en la conciencia del catolicismo nacional. Ver Manuel Fraga Iribarne, *Memoria breve de una vida pública*, Planeta, Barcelona, 1980, pág. 69.

36. V. Carlos Iglesias Selgas, *ob. cit.*, págs. 398-399.

37. V. Laureano López Rodó, *Memorias*, cit., págs. 516 y 584.

38. "Suárez, pese a su limitada cultura, tenía un designio personal exterior de carácter populista, con tintes tercermundistas, que le llevaba a ciertas aspiraciones de liderazgo internacional en relación con los países de Iberoamérica". Ricardo de la Cierva, "La política exterior durante la transición", en VV.AA, *España diez años después de Franco (1975-1985)*, Planeta, Barcelona, 1986, pág. 27.

39. Los innumerables análisis sobre la transición no suelen hacer especial hincapié en un hecho sorprendente como es el de la manifiesta continuidad del régimen de Franco con el posterior. Como señala Javier Rupérez al hacer balance de la política exterior de Franco, ésta fue reducida y lo más que se pudo en las condiciones de forzoso aislamiento debido al rechazo internacional de un régimen empeñado en decir que tal rechazo no era al régimen sino a España. Pero el mismo autor reconoce que, habiendo cierta distancia entre la retórica interna y los logros externos, la política exterior franquista fue "modesta y pragmática". V. Javier Rupérez, "Diez años de política exterior", en VV.AA, *Diez años en la vida de los españoles*, Plaza y Janés, Barcelona, 1986, pág. 223.

40. Fernando Morán, por cierto, ha publicado un libro sobre su experiencia como Ministro de Asuntos Exteriores de España, Fernando Morán, *España en su sitio*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid 1990.

41. Este ingreso de España en la CE no ha pasado, sin embargo, sin críticas. Habitualmente se dice que España ha ingresado en la CE a un precio excesivamente bajo, o sea que, por conseguir la baza política del ingreso, los gobernantes no han tenido inconvenientes en hacernos correr el riesgo de pagar a la comunidad más de lo que ingresamos de ella. Un riesgo que, poco antes de la "cumbre" de Maastricht ya era suficientemente claro como una realidad. V. Vidal Coy, "¿Qué se juega España?", en *Diario 16*, 8 de diciembre de 1991.

42. Cruz Martínez Esteruelas distinguía tres propuestas en el proceso de unificación europea: a) la federación de los Estados nacionales actuales; b) la Europa de las etnias, que supondría la desaparición de los Estados actuales mediante la federación directa de las regiones; y c) la Europa de los pueblos como solución intermedia, sin disolución de los Estados, pero con disminución de sus funciones. Cruz Martínez Esteruelas, "El Estado de las autonomías", en VV.AA., *España diez años después de Franco (1975-1985)*, cit., págs. 54-55.

43. "En el curso de 1984 se produce un gran viraje francés respecto a España. En dos puntos esenciales de las relaciones nuestros vecinos flexibilizan sus posiciones cuando no las cambian dramáticamente: en las negociaciones con la Comunidad Europea y en el tema de los refugiados vascos y del apoyo a ETA de algunos de los mismos desde territorio gal". V. Fernando Morán, *ob. cit.*, pág. 279.

44. V. Laureano López Rodó, *Testimonio de una política de Estado*, cit. pág. 87.

45. "Nuestra posición respecto a la iniciativa de los cuatro (Contadora) y nuestras posiciones en Centroamérica crearán siempre una necesidad de clarificación con los Estados Unidos". Fernando Morán, *ob. cit.*, pág. 88.

46. No es frecuente que los tratadistas glosen este *desideratum* del constituyente y, cuando lo hacen, arbitran suficientes cauciones: "La referencia a las naciones de su comunidad histórica" —dice Sánchez Agesta— tiene un valor emotivo que justifica constitucionalmente alguna especialidad de las relaciones políticas españolas, pero que no se traduce en una acción efectiva personal del rey, independiente del refrendo. Luis Sánchez Agesta, *Sistema político de la Constitución Española*, Editora Nacional, Madrid, 1980, pág. 191. Sin embargo, si en 1992 se pone en marcha algo parecido a una Comunidad Hispánica de Naciones, será merced al ascendiente del Rey en América Latina.

47. V. Ramón García Cotarelo, "En favor del sí, con sus razones", en *El País*, Madrid, 11 de marzo de 1986.

48. "La tragedia de la OTAN" titulan a su capítulo al respecto Carlos Dávila y Luis

Herrero, *De Fraga a Fraga, crónica secreta de Alianza Popular*, Plaza y Janés, Barcelona, 1989, págs. 137 y sigs.

49. No hace mucho, en un debate en el seno del PCE podía observarse una notable disparidad de juicios y bastante perplejidad en la acción. Así, Carlos Carnero, en la ponencia "Paz y Desarme" afirmaba que "Nosotros debemos mantener el objetivo, unilateralmente hablando. Es decir, España debe salir de la OTAN y debe salir de la UEO", VV.AA., *El PCE y los retos europeos*, PCE, Col. de Debate, n° 1, Madrid, 1990, pág. 31. En cada una de las réplicas, en cambio, Salvador Milá decía: "Yo creo que simplemente es necesario aprender, ponernos al día sobre qué cuestiones se están planteando en estos foros nacionales, la OTAN y la UEO, en los cuales estamos aunque no nos gusten, como no nos gusta el sistema capitalista en el que estamos." *Id.*, pág. 61.

50. V. "Bienvenidos a España", editorial de *Diario 16*, de 30 de octubre de 1990.

51. Un buen retrato, muy favorable, de Puente Ojea se encuentra en Fernando Morán, *ob. cit.*, págs. 120-122.

52. *Ibid.*, pág. 99.

